

*I*nvestigación activista y luchas por la tierra

Saturnino M. Borrás Jr. y Jennifer C. Franco



Investigación activista y luchas por la tierra

Investigación activista y luchas por la tierra

Saturnino M. Borrás Jr. y Jennifer C. Franco

Traducido al castellano por
J. Sebastian Reyes-Bejarano



MÉXICO

2024

Título original: *Scholar-activism and land struggles*

© 2023, Practical Action Publishing Ltd

338.19

M478r

Saturnino M. Borrás Jr. y Jennifer C. Franco

Investigación activista y luchas por la tierra = Scholar-activism and land struggles / Saturnino M. Borrás Jr. y Jennifer C. Franco -- 1ª ed. -- [Zacatecas, Zac.] : Universidad Autónoma de Zacatecas.

Red Internacional de Migración y Desarrollo, 2024 , 194 p. ; 14 X 21 cm. -- (Serie Estudios Críticos del Desarrollo)

Incluye bibliografía: p. 165-189

ISBN 978-607-555-210-1

1. Provisión de alimentos - Aspectos sociales. 2. Agricultura - Aspectos económicos

Primera edición en español, octubre de 2024

© 2024

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

RED INTERNACIONAL DE MIGRACIÓN Y DESARROLLO

© 2024

Textos: Saturnino M. Borrás Jr. y Jennifer C. Franco, con licencia para la Universidad Autónoma de Zacatecas "Francisco García Salinas"

Coordinación: Georgia Aralú González Pérez

Edición: Israel David Piña García

Cuidado de la edición: Selene Carrillo Carlos y Jonatán Aarón Piña García

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-555-210-1

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito de los editores.



International
Institute of
Social Studies



Hecho en México / *Made in Mexico*

Dedicamos este libro a la memoria de Manuel P. Quiambao
(1954-2012) aka Ka Taning, Gerry Acuña, Steve, Steve Guerrero,
Esteban, Teban, Tebs, Maning Mentor, camarada, amigo y *ninong*

Sobre los autores

El doctor Saturnino M. Borras Jr. es profesor de estudios agrarios en el Instituto Internacional de Estudios Sociales (ISS) de La Haya, profesor distinguido de la Facultad de Humanidades y Estudios de Desarrollo de la Universidad Agrícola de China en Pekín y asociado del Transnational Institute (TNI). Es coautor con Marc Edelman de *Political dynamics of transnational agrarian movements* (2016).

La doctora Jennifer C. Franco es investigadora del TNI, específicamente en el programa Myanmar-in-Focus y en el programa de Justicia Agraria y Medioambiental. Es profesora adjunta en la Facultad de Humanidades y Estudios del Desarrollo de la Universidad Agrícola de China en Pekín. Es coeditora junto a Saturnino M. Borras Jr. de *The Oxford handbook of land politics* (2023).

Prólogo a la serie

Investigación activista y luchas por la tierra es el undécimo volumen de la serie Agrarian Change and Peasant Studies de ICAS (en español Iniciativas en Estudios Críticos Agrarios). En conjunto, estos once libros reafirman la importancia estratégica y la relevancia de aplicar la economía política agraria en los estudios agrarios críticos contemporáneos y sugieren que los próximos volúmenes de la serie serán igual de políticamente relevantes y científicamente rigurosos. Una breve explicación de la serie ayudará a poner en perspectiva el presente volumen de Borrás y Franco en relación con el proyecto intelectual y político de ICAS.

En la actualidad, la pobreza mundial sigue siendo un fenómeno significativamente rural, ya que las poblaciones rurales representan las tres cuartas partes de los pobres del mundo. Así pues, el problema de la pobreza mundial y el reto multidimensional (económico, político, social, cultural, de género, medioambiental, etcétera) de acabar con ella están estrechamente vinculados a la resistencia de los trabajadores rurales al sistema que sigue generando y reproduciendo las condiciones que sostienen la pobreza rural, y a sus luchas por unos medios de vida sostenibles. Por lo tanto, centrarse en el desarrollo rural sigue siendo fundamental para el análisis sobre el desarrollo.

Sin embargo, este enfoque no significa desvincular las cuestiones rurales de las urbanas. El reto consiste en comprender mejor

los vínculos entre ambas, en parte porque las vías para salir de la pobreza rural, allanadas por las políticas neoliberales y la guerra contra la pobreza global dirigida por las principales instituciones financieras y de desarrollo internacionales, en gran medida, simplemente sustituyen las formas de pobreza rural por las urbanas.

Los enfoques dominantes en los estudios agrarios son generosamente financiados y, por lo tanto, han dominado la producción de investigaciones y estudios acerca de temas agrarios. Muchas de las instituciones que promueven estos enfoques (como el Banco Mundial) también han adquirido destrezas en la producción y propagación de publicaciones muy accesibles y orientadas a la formulación de políticas que se difunden ampliamente por todo el mundo. Los pensadores críticos de las principales instituciones académicas cuestionan este enfoque dominante, pero su trabajo suele limitarse a los círculos académicos con un alcance e impacto social limitados.

Tanto en el Sur como el Norte global existe la urgente necesidad de que académicos (profesores, investigadores y estudiantes), activistas y profesionales del desarrollo adquieran de manera constante libros sobre estudios agrarios críticos científicamente rigurosos, políticamente relevantes, asequibles y orientados a la generación de políticas. En respuesta a esta necesidad, ICAS ha lanzado esta serie de libros. La idea es publicar libros cortos que sirvan como “estados del arte” para explicar un tema específico en torno de estudios del desarrollo a partir de preguntas clave, entre las que se incluyen: ¿cuáles son los problemas y debates actuales en este tema? ¿Quiénes son los principales académicos-estudiosos y los profesionales en políticas públicas? ¿Por qué y cómo es importante que los profesionales de las ONG, los activistas de movimientos sociales, los círculos oficiales de cooperación para el desarrollo, los organismos donantes no gubernamentales, los estudiantes, los académicos, los investigadores y los expertos en políticas se comprometan críticamente con los puntos clave explicados en el libro? Cada libro combina el debate teórico y

práctico orientado a la política con ejemplos empíricos de diferentes entornos nacionales y locales.

Aspiramos y trabajamos para hacer que la mayoría, sino todos, de los libros de la serie sean publicados en múltiples idiomas además del inglés: chino, español, portugués, indonesio, tailandés, japonés, coreano, italiano, ruso, turco y árabe. La edición en chino es producida en colaboración con el Colegio de Humanidades y Desarrollo de la Universidad de Agricultura de Pekín, bajo la coordinación de Ye Jingzhong; la edición en español con el programa de Doctorado en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas en México, bajo la coordinación de Raúl Delgado Wise, y la Fundación Tierra en Bolivia, coordinada por Gonzalo Colque; la edición portuguesa con la Universidade Estadual Paulista, campus Presidente Prudente (UNESP) en Brasil, bajo la coordinación de Bernardo Mançano, y la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS) en Brasil, coordinada por Sergio Schneider; la edición indonesia con Laksmi Savitri; la edición tailandesa con el Centro Regional de Ciencias Sociales y Desarrollo Sostenible (RCSD) de la Universidad de Chiang Mai, coordinada por Chayan Vaddhanaputi; la edición italiana coordinada por Alessandra Corrado de la Universidad de Calabria; la edición japonesa coordinada por Shuji Hisano de la Universidad de Kyoto, Koichi Ikegami de Kindai University y Sayaka-Funada-Classen; la edición coreana con el Research Institute of Agriculture and Peasant Policy bajo la coordinación de Wonkyu Song; la edición rusa con la Russian Presidential Academy of National Economy and Public Administration (RANEP), coordinada por Alexander Nikulin; la edición turca coordinada por Umut Kocagöz y Duygu Avci; y la edición árabe coordinada por Hamza Hamouchene del Transnational Institute (TNI).

Dados los objetivos de la serie *Agrarian Change and Peasant Studies* (estudios campesinistas y procesos de transformación agraria) estamos encantados de contar con esta obra de Borrás y Franco como libro 11.

¡Estamos entusiasmados con el futuro de esta grandiosa serie!
El libro 11 se publica en asociación y colaboración con el TNI.

Saturnino M. Borras Jr., Sergio Coronado, Ruth Hall,
Max Spoor, Henry Veltmeyer y Ye Jingzhong
editores de la serie

Prólogo a la edición en castellano

Las ideas emancipadoras pueden producirse en el marco de relaciones políticas del conocimiento profundamente antidemocráticas, es decir, ¿quién puede producir conocimiento y usar qué tipo de conocimiento, cuáles son sus alcances, cómo y con qué fines?, ¿quién produce el conocimiento que realmente cuenta? Los circuitos globales de generación, atribución, circulación, intercambio y uso del conocimiento son similares a las mercancías que circulan en la vida cotidiana de las personas: están en manos de unos pocos, de un monopolio, y son intercambiadas para obtener ganancias. En el mundo actual, al menos en las ciencias sociales, estos circuitos se concentran en universidades, facultades e instituciones de investigación bien financiadas del Norte global, y el inglés es la lengua dominante. El acceso a becas de investigación, la autoría de publicaciones en revistas y editoriales de libros de primer nivel, la suscripción a revistas científicas, la capacidad de pagar por publicaciones de acceso abierto y las bibliotecas bien equipadas son algunos de los requisitos para que los investigadores conozcan el estado del arte, lo cual constituye el nivel mínimo que se debe tener para poder pensar en algo «original» para una investigación, una beca de investigación o una idea de publicación.

Los aludidos requisitos financieros y logísticos están muy por encima de la capacidad de los gobiernos, las universidades o los

investigadores independientes del Sur global. La cuota de suscripción anual anunciada para 2024 de una de las principales revistas de ciencias sociales asciende a 6 mil 500 dólares y contiene más artículos por volumen que otras revistas normales. Una revista más común de la misma editorial y del mismo año cuesta 2 mil 700 dólares de suscripción anual. Con las suscripciones a revistas, el público en general puede acceder a los artículos que se encuentran más allá de la barrera de pago. Se puede publicar en acceso abierto, pero pagando. Por ejemplo, el coste de lo que se denomina tarifa de publicación por un solo artículo en la primera de las principales revistas mencionadas es de 4 mil 300 dólares, impuestos excluidos. Un profesor universitario a tiempo completo en una universidad pública de un país de renta baja o incluso media de África, Asia, América Latina y el Caribe podría ganar 300 dólares al mes. Éstos son determinados ejemplos para mostrar lo antidemocrática que es la estructura global de la política del conocimiento. De esta estructura surgen visiones distorsionadas acerca del mundo y la vida social; por ello, en parte, el mundo académico puede ser y ha sido utilizado con el propósito de generar conocimientos que justifican la explotación, la opresión y el saqueo ecológico.

No hay nada natural en la estructura antidemocrática de la política mundial del conocimiento. En realidad es, en muchos sentidos, una extensión de la lógica del capital, del desarrollo desigual del capitalismo global. Por tal razón, las universidades y facultades del mundo se han neoliberalizado de distintas formas, en las que se privilegia el éxito del investigador individual y de la universidad particular por encima de la economía moral de la comunidad.

Los investigadores y activistas detrás de la serie de libros de las Iniciativas en Estudios Agrarios Críticos (ICAS), gestada en 2008, no pretenden ser parte de la legitimación del *statu quo* en la política global del conocimiento. Su objetivo era hacer una pequeña contribución a fin de cuestionar el carácter antidemocrático y la estructura injusta de los circuitos globales de la política del conocimiento

y aportar al desmantelamiento de la injusta estructura existente de generación, atribución, circulación, intercambio y uso del conocimiento, al tiempo que intentaban construir una alternativa. La democratización de la política del conocimiento sólo puede lograrse a través de una multitud de iniciativas similares en el mundo y mediante un movimiento de masas. Los investigadores académicos que se encuentran en el extremo inferior de la injusta estructura piramidal de la política del conocimiento deben desempeñar un papel clave en el desmantelamiento de este sistema y en la construcción de una alternativa. Por eso la formación del Colectivo de Académicas y Académicos-Activistas Agraristas del Sur (Casas) es prometedora, alentadora e inspiradora.

El terreno desigual de la política global del conocimiento no sólo se desarrolla en el mundo académico. En las ciencias sociales, especialmente en el amplio campo de los Estudios Agrarios Críticos, existen al menos tres lugares potenciales de generación y uso del conocimiento emancipador: el mundo académico, las comunidades locales y sus movimientos sociales de base y las instituciones independientes de investigación. La comunidad ICAS los percibe como comunidades horizontales superpuestas, no como relaciones jerárquicas verticales en las que la academia está en la cima. Los organizadores y líderes de los sindicatos agrarios tienen profundos conocimientos sobre el mundo de los trabajadores agrícolas que ninguno de los académicos externos o investigadores de las ONG pueden comprender, incluso a pesar de que las investigadoras e investigadores académicos pueden aportar conocimientos únicos a partir del estudio de las mismas condiciones sociales de producción y reproducción social de los trabajadores agrícolas. El mundo académico tiene el papel dominante y, a menudo, se proyecta como la única fuente legítima de conocimiento científico. Esta suposición es cuestionable y la comunidad ICAS le da la misma importancia a los conocimientos producidos fuera de la academia. Paralelamente, es trascendental la sinergia potencial de la interacción

entre estos tres círculos disímiles de producción de conocimientos, lo cual forma parte del proceso de democratización de la política del conocimiento.

La serie de pequeños libros de ICAS es una iniciativa para contribuir modestamente a la democratización de la política del conocimiento. La edición española de la serie de libros es un elemento clave en esta iniciativa de democratización. Los libros de ICAS están disponibles, de modo no siempre uniforme, en ediciones en 10 idiomas, a saber, inglés, español, portugués, chino, japonés, indonesio, tailandés, coreano, italiano y ruso. No todos los volúmenes se han traducido a todas estas lenguas, ya que nuestros equipos de colaboradores en las distintas ediciones lingüísticas eligen los títulos que traducen y no tienen capacidad logística para traducirlos todos al mismo tiempo. Las ediciones en birmano, turco y francés se publicarán próximamente, tras el lanzamiento de la edición árabe a mediados de 2024.

Al tener la edición en español de la serie de pequeños libros de ICAS nos gustaría que esta modesta iniciativa ayude a construir canales de interacción en la política de conocimiento en el campo de los Estudios Agrarios Críticos y los estudios de desarrollo más ampliamente. Esperamos que la presente edición en español coadyuve al sostenimiento del compromiso crítico entre académicos y activistas dentro de la región y a escala global.

Es en este contexto en el que el Programa de Profesorado de la Universidad Erasmus («para un impacto social positivo») de la Universidad Erasmus de Rotterdam, en su subprograma específico sobre «democratización de la política del conocimiento», proporciona una modesta ayuda financiera con la finalidad de hacer que la edición española sea de acceso abierto. El proyecto de la universidad hacia «la democratización de las políticas del conocimiento» cree y apoya el método de trabajo académico-activista de intentar establecer plataformas para la interacción entre diferentes comunidades de productores y usuarios de conocimiento dentro y fuera

de la academia, y la edición española de la serie de pequeños libros ICAS es un inmenso paso en el proceso de democratización de las políticas del conocimiento.

Saturnino M. Borrás Jr.
Erasmus professor, Universidad Erasmus de Rotterdam
Profesor de Estudios Agrarios, Instituto Internacional
de Estudios Sociales (ISS)
Países Bajos
29 de mayo de 2024

Prólogo

Vivimos un momento crucial para las luchas por la justicia global. Los efectos de la crisis climática se están haciendo visibles para todos, la desigualdad es rampante y creciente mientras la represión y la vigilancia del Estado aumentan. Además, muchas de las “soluciones” propuestas a la crisis climática —desde los mercados de carbono hasta los agrocombustibles— intensificarán tales dinámicas, ya que se basan en el acaparamiento de tierras, el extractivismo y la creación de nuevas zonas de sacrificio y pueblos sacrificados en todo el mundo, profundizando así la desigualdad a la vez que se multiplica la riqueza de unos pocos. Los movimientos sociales están luchando no sólo para enfrentar lo peor de esos procesos, sino también para construir un mundo más justo, negociar nuevas relaciones con la “naturaleza” y entre nosotros, y para hacer retroceder la rapacidad y la destrucción de la acumulación capitalista. Pero los retos a los que se enfrentan son formidables en el marco de una realidad que cambia rápidamente, lo cual hace necesario el desarrollo de análisis profundos, audaces y arraigados en las realidades que viven las personas.

Al mismo tiempo, la relación entre el conocimiento, la verdad y la justicia es hoy profundamente tensa. Las luchas alrededor de la producción de conocimiento han puesto en tela de juicio el papel, las estructuras e intereses de las instituciones académicas; se ha expuesto y condenado la producción de conocimiento en la legitimación y

el mantenimiento del poder social y económico; las críticas decoloniales, feministas e indígenas se han enfrentado a las pretensiones de abstracción y objetividad; y la recopilación y el uso de datos e información son terrenos de lucha cada vez más críticos. En este contexto, urge revelar y recuperar el potencial emancipador del conocimiento y el poder transformador de la investigación y el pensamiento basados en realidades sociales diversas y en un compromiso explícito con la justicia.

Este libro supone una contribución vital y oportuna a estas luchas. Con sabiduría y humildad, fruto de décadas de trabajo con y para los movimientos por la justicia agraria y ambiental, los autores desentrañan el papel de investigadores-activistas, las contribuciones críticas que pueden hacer a los movimientos, así como las tensiones, riesgos, desafíos y dificultades de su trabajo. El libro hace especial referencia a las luchas por la tierra, al reconocer la creciente importancia de esas luchas en el contexto del cambio climático, y las posibilidades que ofrecen para unir a diversos tipos de trabajadores. El libro ofrece una rica exploración teórica del papel y la importancia de investigadores-activistas en las luchas por la justicia climática agraria. Más que esto, se trata de una guía para quienes creen que el objetivo del conocimiento es cambiar el mundo para mejorarlo y que se esfuerzan por vivir sus vidas en consecuencia con ese compromiso.

Colectivamente, los autores de este prólogo tenemos décadas de experiencia habitando la incómoda pero fértil frontera entre el activismo y la creación de conocimiento, y en reunir a investigadores-activistas con movimientos sociales para construir argumentos comunes, propuestas y conocimiento para un mundo mejor. Trabajamos con jóvenes y aspirantes a investigadores-activistas, así como con movimientos de base comprometidos en diferentes luchas alrededor del mundo. Por ello, podemos afirmar con seguridad que este libro será una guía importante para investigadores-activistas, ya sea para quienes trabajan en el mundo académico como para quienes integran movimientos o instituciones independientes de

investigación activista como el Transnational Institute (TNI) (del cual formamos parte).

Hemos tenido el privilegio de trabajar junto a Jenny y Jun y hemos atestiguado cómo tomaban forma algunas de las ideas y preguntas de este libro. Jun es integrante del TNI desde hace un largo tiempo, mientras que Jenny ha formado parte del equipo de Justicia Agraria y Medioambiental y del equipo de Myanmar en el TNI durante más de 10 años y ha desempeñado un papel clave en la configuración del trabajo de ambos equipos. Cada uno aporta más de 35 años de conocimientos y experiencia en las numerosas luchas por la justicia social que han atestiguado y de las cuales han participado. Gracias a su trabajo como investigadores-activistas han ayudado al TNI a entablar complejas relaciones con movimientos agrarios y de soberanía alimentaria en todo el mundo, y a establecer relaciones con académicos progresistas a través de iniciativas como la “Emancipatory Rural Politics Initiative”, la “Land Deal Politics Initiative” y el ICAS, que han permitido al TNI integrarse en redes académicas activistas más amplias.

Estamos profundamente agradecidos con Jun y Jenny por haber escrito este libro que ofrece un relato sensible y a la vez certero sobre las tensiones, retos y cuestiones que deben afrontar los investigadores-activistas, lo que sin duda habrá de convertirlo en lectura obligada para las futuras generaciones de investigadores-activistas. Al mismo tiempo, nos revela que la labor de afrontar estos temas no es solitaria, sino colectiva, invitándonos a juntar las manos para seguir construyendo un mundo mejor.

Pietje Vervest, Hamza Hamouchene, Katie Sandwell
Transnational Institute
Enero de 2023

Prefacio

Este pequeño libro forma parte de nuestra continua colaboración en las luchas políticas por la justicia agraria a lo largo de más de 30 años. Iniciamos nuestra colaboración en 1992 en Filipinas, Jenny era entonces una becaria Fulbright que realizaba su trabajo de campo doctoral y Jun era un activista a tiempo completo del Kilusang Magbubukid ng Pilipinas (KMP) (Movimiento Campesino Filipino). Desde entonces, hemos ampliado nuestro trabajo a otros países, en particular Jenny en Myanmar. Con el tiempo, y en diversas ocasiones, ambos hemos trabajado en tres ámbitos institucionales de la política del conocimiento: instituciones académicas, instituciones de investigación independientes y movimientos agrarios.

En la actualidad, Jenny trabaja en la institución de investigación independiente Transnational Institute (TNI), mientras que Jun lo hace en el International Institute of Social Studies (ISS), ambas ubicadas en Países Bajos. Sin embargo, nuestro trabajo activista individual se remonta tiempo atrás: en la década de 1980 Jenny trabajó en Durham (Carolina del Norte) y Boston (Massachusetts) con movimientos estudiantiles y de mujeres, y realizó labores de solidaridad con movimientos de izquierda no estadounidenses; mientras que Jun trabaja con movimientos radicales campesinos de Filipinas desde principios de la década de 1980, y más tarde, a escala internacional, como parte del proceso de creación de La Vía Campesina en 1993. Nuestros trabajos

individuales y conjuntos se han centrado en gran medida en la política de la tierra y el papel de los movimientos radicales agrarios.

Desde que comenzó nuestra colaboración hemos adoptado las luchas de trabajadores rurales por la justicia social como nuestra brújula intelectual y política, y la investigación activista como nuestro método de trabajo. No ha sido sencillo ser, o aspirar a ser, investigadores-activistas. En innumerables ocasiones ambos hemos sido cuestionados y desestimados, mirados con desdén e interrogados por compañeros y colegas que nos han tildado de “demasiado académicos” cuando trabajábamos en entornos principalmente activistas, o de “demasiado activistas” en entornos académicos. Sin embargo, hemos tratado de ver estas ocasiones como momentos que nos fortalecen, porque nos han permitido aprender cosas nuevas, muchas veces las malas, sobre cómo mejorar en lo que hacemos para acercarnos a nuestro ideal de lo que significa ser investigadores-activistas. Creemos que no estamos mucho más cerca de ese ideal, pero también sentimos que hemos recorrido un largo camino y hemos adquirido suficientes perspectivas críticas como para atrevernos a escribir una síntesis preliminar de nuestras reflexiones sobre la investigación activista y las luchas por la tierra en la forma de este pequeño libro.

Vemos nuestro trabajo como parte de un terreno más amplio y de procesos más largos de trabajo intelectual y político colectivo. No siempre nos resulta fácil reclamarnos como autores cuando sabemos que las ideas que contienen los textos que escribimos son el resultado de procesos dentro de las amplias, y a menudo amorfas, comunidades a partir de las cuales hemos construido conscientemente nuestro sentido de pertenencia. Al respecto, las ideas de este libro no son exclusivamente nuestras, sino que fueron recogidas y procesadas durante y a partir de largas horas de conversaciones, sesiones acerca de la estrategia del movimiento agrario y charlas informales entre las trincheras con cuadros clave de los movimientos, así como intercambios con colegas investigadores del mundo académico. No podemos atribuir exhaustivamente todas las ideas que exponemos aquí: aunque

fuera posible, la larga lista de las personas que han participado en este trabajo intelectual y político colectivo llenaría muchas páginas. Por lo tanto, no intentaremos crear una lista porque con seguridad fracasaríamos en hacer justicia a una comunidad tan amplia. Pero esperamos que muchos de nuestros compañeros, compañeras y amigos puedan leer este pequeño libro y saber que formaron parte del proceso de generación de muchas de las ideas aquí expuestas, por lo cual estamos profundamente agradecidos y en deuda.

Durante las tres últimas décadas muchas instituciones y organizaciones han prestado apoyo financiero a nuestra labor académica-activista, en especial a la de investigación. Es imposible darles las gracias a todos. Pero queremos reconocer a dos instituciones que desempeñaron un papel clave en el proceso de concebir la idea de este libro y de hacerlo realidad: el trabajo de Jenny ha recibido apoyo financiero del TNI y el de Jun de la European Research Council Advanced Grant (Grant núm. 834006). También agradecemos al TNI la cofinanciación del libro.

Varias partes de este libro corto se basan en anteriores publicaciones individuales y conjuntas. Por ello, queremos expresar nuestro reconocimiento al ISS, al TNI y a los editores de *Globalizations*, *Journal of Agrarian Change*, *Land Use Policy* y *Third World Quarterly*. Por último, queremos dar las gracias a Sergio Coronado, Jonathan Fox, Ruth Hall, Phil McMichael, Jesse Ribot, Ian Scoones y Annie Shattuck por sus útiles y críticos comentarios y sugerencias sobre los borradores anteriores. También queremos dar las gracias a Paula Bownas por la excelente corrección y edición del texto, y a Eva Broer, Veronika Goussatchenko y Chaya Raghoenath, de la Oficina de Proyectos del ISS, por todo su apoyo al trabajo de Jun. Por último, pero no menos importante, damos las gracias a Jutta Mackwell, Rosanna Denning y Chloe Callan-Foster, de *Practical Action Publishing*, por ayudar a que este manuscrito viera la luz.

Jun y Jenny
 La Haya, diciembre de 2022

Capítulo 1

Académicos, activistas y luchas agrarias

Las luchas agrarias y la academia

La investigación activista es una forma de trabajar que apuesta a transformar la sociedad combinando las mejores características de las tradiciones académicas radicales y del activismo político, a pesar de las muchas contradicciones y retos que ello conlleva. No es un academicismo políticamente neutral, de hecho, tiene un sesgo político y guarda sus propios supuestos normativos. Su brújula intelectual, política y moral es la lucha por la justicia social para alcanzar un mundo más justo, equitativo y amable. Necesariamente tiene un sesgo a favor de las clases y grupos sociales explotados y oprimidos. Los estudiosos de las ciencias sociales que pretenden ser neutrales suelen confundir neutralidad con rigor. Las ciencias sociales pueden ser rigurosas, pero es difícil pensar que puedan ser políticamente neutrales. Entonces, elegimos estudiar distintos problemas sociales porque los consideramos problemas; la forma en que definimos los problemas implica algún tipo de valores sociales y abordar esos problemas requiere juicios normativos. Los métodos pueden ser en sí mismos neutrales, aunque la elección sobre los métodos a utilizar está determinada por la forma en que hemos definido y enmarcado la investigación, que es, a su vez, normativa. La elección de las herramientas analíticas conlleva suposiciones que influyen no sólo en

los métodos que utilizamos y los datos empíricos que recopilamos, sino también en las relaciones causales que esperamos encontrar. Así pues, el enfoque de la investigación es un acto normativo o activista.¹

En este libro se exploran dos tipos de investigación activista. Uno se relaciona con el trabajo académico que aspira a interpretar el mundo para transformarlo en algo mejor, más amable y justo, y en el que la investigación-activista se alinea sin reparos con determinados movimientos sociales y proyectos políticos. El otro es el trabajo activista que pretende ser más eficaz y tener más peso, en parte mediante un análisis riguroso y una investigación sistemática en la que la lucha política se plantea a escala de todo el sistema y de toda la sociedad. Para ambos tipos la teoría es indispensable porque proporciona un conjunto lógico de lentes conceptuales a fin de dar sentido al mundo realmente existente y nos ayuda a construir un ideal normativo del tipo de cambio que queremos, quién gana y quién pierde en ese cambio, y por qué y cómo conseguirlo. Pero la teoría también puede ser problemática, a menos que se construya a partir de un análisis en profundidad de lo que se está investigando, algo que a menudo requiere un método histórico.

La teoría informa (o debería informar) nuestras luchas políticas, mientras que la práctica política informa (o debería informar) nuestro trabajo teórico. El reto consiste en comprometerse tanto con la teoría como con la práctica política, evitando al mismo tiempo los inconvenientes del dogmatismo y el empirismo. Tener claros nuestros supuestos, puntos de referencia normativos y postura política (teoría y política práctica), nos ayudará a aclarar nuestras posiciones sobre ciertas cuestiones básicas e importantes que diferencian el tipo de investigación activista con la que nos identificamos. Por ejemplo, los compromisos y las intenciones políticas de aspirantes a investigadores-activistas son necesarios, pero no suficientes para garantizar la relevancia y el rigor de su trabajo académico. Incluso el término

¹ Agradecemos los aportes de Jesse Ribot para la formulación del párrafo inicial.

“relevancia” o “relevancia social” es para nosotros demasiado amplio, una frase de cajón que puede diluir lo que queremos decir con investigación activista.

Por ejemplo, investigar en colaboración con una de las grandes organizaciones conservacionistas internacionales que practica un tipo de “conservación de fortaleza” (Brockington, 2002) financiada por una empresa de energía fósil tiene relevancia social, mas no se ajusta a lo que entendemos por trabajo académico-activista que pretende transformar el mundo hacia la justicia social. Además, como se verá más adelante, el establecimiento de agendas entre investigadores-activistas de distintos tipos y de diversas bases institucionales está lleno de tensiones. Los dilemas y contradicciones, tensiones y sinergias que surgen en el proceso de aunar esfuerzos políticos, trabajo académico y agendas diversas (con frecuencia contrapuestas) son uno de los hilos temáticos del libro.

En este libro validamos, reafirmamos y celebramos el método de trabajo académico-activista, así como el papel desempeñado por los investigadores-activistas en las luchas por la justicia social en general y en las luchas por la tierra en particular. No obstante, lo hacemos situando el trabajo académico-activista en escenarios donde la investigación y la política práctica se moldean mutuamente de forma dinámica en procesos políticos llenos de contradicciones, tensiones y conflictos. Las historias de interacción ordenada y libre de conflictos entre investigadores-activistas, académicos y movimientos sociales son raras; más comunes son las interacciones complejas en alianzas caóticas de fuerzas sociales que dan vida a los circuitos globales de la política del conocimiento y las luchas por la tierra.

En la actualidad, las luchas emancipatorias por la justicia apuntan, de diversas maneras, contra la arquitectura de la explotación social y la opresión generadas por el capitalismo. Aunque el capitalismo no es la única fuerza poderosa en acción es el sistema hegemónico clave que da forma a la vida social global, incluidas las universidades (Burawoy, 2014). Las luchas políticas por la justicia y

un mundo mejor —y, por extensión, el trabajo de los investigadores-activistas— tienen lugar y se desarrollan necesariamente dentro de los procesos capitalistas y en relación con ellos, pues ninguno de nosotros puede aislarse del capitalismo o de las condiciones materiales y sociales que genera. Ahora bien, reconociendo este hecho concreto, las luchas políticas contemporáneas pueden considerarse anticapitalistas cuando pretenden erosionar o dismantelar el capitalismo y construir un orden social alternativo.

La idea que tenemos de la investigación activista no es compartida universalmente. Para algunas personas, la investigación activista no implica necesariamente formar parte de movimientos sociales y políticos anticapitalistas, mientras que para otros la perspectiva central puede ser anticapitalista, pero no necesariamente socialista. Incluso, dentro de la definición relativamente limitada que acabamos de exponer, existen variaciones en términos de carácter, escala y dirección. Sin embargo, no se trata de qué tipo de investigación activista es buena o mejor, sino más bien de cómo define uno su propio esfuerzo en este sentido. Cualquier teoría, independientemente de sus fundamentos ideológicos, corre el riesgo de ser irrelevante —o peor aún, peligrosa— para los trabajadores o los explotados y oprimidos si se aleja de las realidades sociales y de la política práctica, o si es apática respecto a las reivindicaciones por la justicia. Lo mismo puede decirse del activismo político, pues en un mundo dinámico donde los terrenos de lucha y justicia cambian, cualquier activismo político que evite puntos de referencia normativos, sin una brújula conceptual, corre el riesgo de perderse en el camino e incluso de causar daño a aquellos a quienes afirma servir.

Las corrientes y redes de trabajo de la investigación activista no son las únicas que intentan cambiar el mundo académico y la sociedad; de hecho, probablemente constituyan poco más que un nicho entre las comunidades más amplias tanto de académicos como de activistas. Hay muchos pensadores radicales que generan ideas importantes para las luchas políticas, mas no están comprometidos

con proyectos o movimientos políticos concretos ni con el despliegue de métodos de investigación específicos o protocolos de investigación oficialmente sancionados por los movimientos. También hay activistas, en movimientos tan variados como los ecologistas o los sindicatos, totalmente preocupados por la política práctica “en las trincheras”, cuyo trabajo está suficientemente respaldado por teorías y conceptos adecuados. Del mismo modo, el trabajo y las contribuciones particulares de investigadores-activistas son importantes para el trabajo político, pero, en conjunto, sólo constituyen una pequeña parte de este último. Esto coincide con lo que Deslippe *et al.* (2016:4) denominan “la centralidad de la fricción y el reconocimiento de que el trabajo académico e intelectual complementa, pero nunca sustituye, la acción colectiva y la construcción de movimientos”.

Este libro explora la investigación activista vinculada a las luchas agrarias, es decir, la investigación activista agrarista. Aquí se hace importante la localización específica de un determinado movimiento social dentro de la esfera productiva y de reproducción social más amplia, así como en lo referente a los procesos de formación de clases en una sociedad concreta. Esta particularidad determina en parte qué tipo de aliados se necesitan, para qué fines y a través de qué tipo de relaciones. Por ejemplo, la relación de alianza entre investigadores-activistas y una lucha sindical ferroviaria en Nueva York será probablemente distinta de la que exista en una lucha agraria por la tierra en Myanmar. También es probable que los ritmos y trayectorias de esas conexiones sean diferentes. Así las cosas, para dar forma a las trayectorias que toman ciertas alianzas es preciso resolver preguntas como qué tipo de investigación activista se necesita, para hacer qué, con quién, con qué expectativas y recursos, y bajo qué presiones se desenvuelve. Uno de los temas que se exploran en este libro gira precisamente alrededor de las dificultades que existen en el desenvolvimiento de aliados externos, especialmente aliados intelectuales, en el contexto de las luchas agrarias, en especial en el Sur global.

En este volumen las “luchas agrarias” y específicamente las “luchas por la tierra” se refieren a luchas políticas dentro y entre el Estado y la sociedad, en y con respecto a las zonas rurales, y al modo en que se genera, impugna y transforma el poder político en torno a las relaciones de propiedad, los regímenes laborales, la distribución de la renta, la apropiación de beneficios y la reproducción social. En la actualidad, estos procesos sociales están desigualmente vinculados e inducidos por el capitalismo global (Levien *et al.*, 2018; Ye *et al.*, 2020). Por lo tanto, las comunidades agrarias y rurales se entienden como socialmente diferenciadas a lo largo de clases y otros mecanismos de diferenciación como raza, etnia, casta, género, grupo generacional, religión y nacionalidad, entre otros. Dado el terreno, a menudo muy disputado y demarcado, en el que tanto los movimientos como la investigación activista tratan de lograr las transformaciones, resulta imperativo aclarar dónde se ubican los esfuerzos de la investigación activista en torno de los movimientos.

Es fundamental preguntarse entonces: entre la gama de actores diferenciados dentro de los movimientos, ¿quiénes son los investigadores-activistas que se movilizan en las trincheras? La respuesta no es obvia. En algunas tradiciones intelectuales, la propia pregunta es controversial. Categorizar a los actores y delimitar las fronteras dentro de los movimientos es intrínsecamente complicado y tenso, la cuestión subyacente es genérica: quién está “dentro”, quién está “afuera” y quién decide. Pero los movimientos son por definición dinámicos y amorfos, las fronteras y las identidades en torno a las que se construyen pueden ser fluidas, porosas y maleables, al menos políticamente hablando. Esta flexibilidad y apertura puede ser parte de lo que permite a los movimientos que perduran en el tiempo cambiar y seguir siendo relevantes. Así, mientras que algunos ven a los investigadores-activistas como “parte del movimiento”, otros no los perciben de esa manera.

Gramsci planteó la cuestión de manera más amplia: “¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o tiene

cada grupo social su propia categoría especializada de intelectuales?” (1971:3). Antepuso su respuesta al expresar que “el problema es complejo, debido a la variedad de formas asumidas hasta la fecha por el proceso histórico real de formación de las diferentes categorías de intelectuales” (Gramsci, 1971:3). Para Gramsci, la idea de que los intelectuales son “una categoría social distinta e independiente de la clase” es un mito (Gramsci, 1971:1). Su punto de partida era que “todos los hombres son potencialmente intelectuales en el sentido de tener un intelecto y utilizarlo, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales. Los intelectuales en el sentido de la función social se dividen en dos grupos” (Gramsci, 1971:1).

En primer lugar, están los intelectuales profesionales “tradicionales”, literarios, científicos, etcétera, cuya posición en los intersticios de la sociedad tiene cierta aura interclasista, pero se deriva en última instancia de las relaciones de clase pasadas y presentes y mantiene un apego a diversas formaciones históricas de clase. En segundo lugar, están los intelectuales “orgánicos”, el elemento pensante y organizador de una determinada clase social fundamental. Estos intelectuales orgánicos se distinguen menos por su profesión, que puede ser cualquier trabajo característico de su clase, por su función en la dirección de las ideas y aspiraciones de la clase a la que pertenecen orgánicamente (Gramsci, 1971:1).

Nos interesa en particular aquí la observación de Gramsci en la que indica que el campesinado, a pesar de desempeñar una función esencial en la producción,

no elabora sus propios intelectuales “orgánicos”, ni “asimila” ningún estrato de intelectuales “tradicionales”, aunque es del campesinado de donde otros grupos sociales extraen muchos de sus intelectuales y una alta proporción de los intelectuales tradicionales son de origen campesino (Gramsci, 1971:6).

El supuesto de Gramsci en este punto es que cuando una persona de origen campesino se convierte en “intelectual” (como un abogado), deja de estar orgánicamente vinculada a su clase original (Gramsci, 1971:6, nota al pie 4). Se trata de un punto controversial y ciertamente abierto al debate.

Quizá un buen punto de partida para una conversación contemporánea del tema sea el análisis de Jess Gilbert (2015) sobre los “intelectuales agraristas” del New Deal de los 1930, en parte debido al reciente “redescubrimiento” de la idea de un New Deal a la hora de imaginar un mundo pospandémico que también se enfrenta a la crisis climática (Patel y Goodman, 2020; Ajl, 2021; Selwyn, 2021). Gilbert sostiene que “los principales agraristas del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA, por sus siglas en inglés) eran ‘intelectuales orgánicos’ de la clase de agricultores familiares del medio oeste. Los intelectuales orgánicos se identifican con la clase de la que surgen y a la que sirven” (Gilbert, 2015:8). Y continúa: “Los intelectuales crean y promueven una comprensión alternativa de la realidad, o contranarrativa, que desafía a la sociedad dominante” (Gilbert, 2015:8). Concluye: “Los intelectuales agrarios del New Deal procedían y nunca olvidaron —de hecho, trabajaban principalmente para los intereses de la gente del campo” (Gilbert, 2015:8).

Si Gilbert piensa que los intelectuales agraristas del New Deal pueden entrar en la categoría de “intelectuales orgánicos”, entonces el cuerpo de intelectuales de La Vía Campesina también podría hacerlo, al igual que la variedad de agricultores negros de Estados Unidos, históricos y actuales, sobre los cuales Mónica White argumenta que son intelectuales orgánicos de su propia clase (White, 2018:69-71). La relación entre la noción de Gramsci acerca de los intelectuales orgánicos y el campesinado es otro tema que se explora en este libro.

Como esta categorización sugiere, los movimientos agrarios son comunidades diferenciadas y jerarquizadas. En términos generales, pueden englobar varias categorías distintas y a la vez superpuestas:

los “cuadros”, que son el puñado de miembros de la élite dirigente de los movimientos; los “militantes”, que son los organizadores y líderes de los movimientos de nivel medio, más numerosos; los “miembros” ordinarios, que se identifican formalmente con organizaciones asociadas al movimiento más amplio; y la “base”, que es la comunidad amorfa de personas que, en diversos grados, está en la esfera de influencia del movimiento (lo cual diferencia aún más las categorías intelectuales tradicionales y orgánicas de la tradición gramsciana).

Es importante reconocer esta jerarquía de poder dentro de los movimientos por la justicia social para evitar tratarlos como algo homogéneo y poder localizar el origen y la representación de los distintos tipos de ideas que emanan de un movimiento, o de las secciones de un movimiento. Por ejemplo, una idea reivindicada por un cuadro como representante del movimiento puede no ser siempre vista de buena manera por algunos miembros ordinarios del movimiento. De modo semejante, es fundamental reconocer la jerarquía y la red de relaciones de poder que existen dentro de los movimientos y entre ellos y comprender la ubicación de los intelectuales del movimiento dentro de ella, así como el papel que desempeñan. Esto es relevante para el debate sobre las relaciones entre investigadores-activistas con los movimientos que se desarrollan a lo largo del libro, pues es necesario conocer con qué grupos dentro de un movimiento y en qué medida se relacionan los académicos externos. Esta somera categorización de los grupos dentro de un movimiento no procede de un trabajo académico que trata de sintetizar tales jerarquías, sino de la experiencia que nos ha dejado nuestro extenso trabajo dentro de los movimientos agrarios.

Las formas organizadas y estructuradas de confrontación política son visibles, pero no tan comunes. Los trabajadores rurales de a pie no se involucran fácil ni automáticamente en luchas políticas y movimientos sociales organizados. Esta conclusión es compartida por diversas perspectivas teóricas, desde la economía moral de James

Scott (1976, 1985; véase también Kerkvliet, 2009) hasta los campesinos racionales de Popkin (1979). La literatura emergente sobre la investigación activista documenta y examina el vínculo entre los investigadores-activistas y los movimientos sociales. Esto plantea una cuestión adicional: ¿qué es la investigación activista y qué hace en entornos y momentos en los que, por diversas razones, no hay una contienda política sostenida ni movimientos por la justicia social organizados?

De hecho, es en esos contextos donde el trabajo de investigadores-activistas se hace aún más urgente y necesario. Un supuesto clave en los análisis acerca de la política agrarista es que las contiendas políticas y los movimientos agrarios son intrínsecamente variables, muestran características diversas y siguen trayectorias divergentes en las sociedades a lo largo del tiempo. Por ejemplo, la condición general de los movimientos agrarios nacionales autónomos que se dedican a la política contenciosa es bastante sólida y bien desarrollada en la Colombia contemporánea, incipiente en Myanmar e inexistente en Etiopía. Por lo tanto, el compromiso que vemos en la investigación activista no debería considerarse únicamente de acuerdo con los movimientos agrarios organizados, sino también en relación con los tipos genéricos a través de los cuales se expresa la lucha política agrarista sin movimiento organizado, en los que la tarea de investigadores-activistas podría ser precisamente contribuir a la creación de esos movimientos. Se trata de un punto nodal teniendo en cuenta que este libro identifica uno de los elementos que definen el activismo académico como relacional: si lo anclamos únicamente a los movimientos organizados, excluimos la investigación activista de los entornos donde más se requiere.

Además, los investigadores-activistas pueden desenvolverse en el mundo académico, en organizaciones de investigación autónomas o en organizaciones de movimientos agrarios, y otros se mueven entre distintos ámbitos institucionales. Por esta razón pueden existir solapamientos entre los activistas del movimiento y los

investigadores-activistas. Aquí, los activistas del movimiento agrario (cuadros, militantes, miembros, base) se diferencian de investigadores-activistas comprometidos en las luchas agrarias, incluso cuando algunos investigadores-activistas puedan considerarse cuadros, militantes o miembros. Dicho de otro modo: los cuadros, militantes o miembros de los movimientos agrarios no son necesariamente investigadores-activistas y a su vez, los investigadores-activistas no tienen por qué ser cuadros, militantes o miembros de los movimientos agrarios, aunque se comprometan con ellos.

Esto plantea la cuestión de los “aliados”, que —por razones que se explorarán más a fondo en varias partes de este libro— es una categoría antigua y muy polémica de actores sociales vinculados a los movimientos agrarios. La cuestión de los aliados se plantea aquí porque, al menos desde la perspectiva de los movimientos agrarios, los investigadores-activistas se consideran generalmente parte de la categoría más amplia de aliados. Esa categoría más amplia podría incluir a cualquier grupo institucional o social (como partidos políticos de izquierdas y movimientos multisectoriales por la justicia social) y a individuos (incluidos actores eclesiásticos como sacerdotes, profesores de pueblos pequeños, blogueros, artistas, cineastas, entre otros).

Así, por ejemplo, el Transnational Institute (TNI) es un aliado de La Vía Campesina (movimiento internacional fundado en 1993 y conformado principalmente por campesinos empobrecidos sin tierra, además de pequeños y medianos agricultores del Sur y Norte global), junto con el activista y pintor filipino Boy Domínguez, un aliado de movimientos agrarios dentro y fuera de Filipinas (Iles, 2022). Cabe destacar que los investigadores-activistas forman un pequeño subconjunto de aliados, lo cual hace relevante revisar brevemente la controvertida historia en torno a la cuestión de los aliados y las luchas agrarias, un tema que se explora en la siguiente sección.

En términos más amplios, lo que ocurre estructuralmente en una sociedad está intrínsecamente ligado a lo que ocurre en su sector agrario y viceversa. Por ejemplo, es posible que mientras los medios

de comunicación hagan énfasis en los debates entre individuos y grupos de gran influencia en los centros urbanos, la transición de un régimen político nacional se decida en realidad por lo que ocurre en la periferia rural (Fox, 1990; véase Franco, 2001; Coronado, 2019). Esto es cierto incluso en países modernos y desarrollados como Estados Unidos, donde se evidenció que los electorados rurales, periurbanos y de pequeñas ciudades dieron su apoyo a Donald Trump y tuvieron una gran influencia en el resultado de las elecciones presidenciales de 2016 (Scoones *et al.*, 2018).

Otro ejemplo es el hecho de que las ideas e iniciativas prácticas destinadas a la mitigación y la adaptación al cambio climático están vinculadas al mundo rural, a los recursos que pueden extraerse de él y a los residuos que pueden arrojarse al mismo (Borras *et al.*, 2022a). De igual forma, los problemas a resolver para garantizar la alimentación del mundo y hacer frente al hambre crónica de millones de personas son retos asignados al sector agrario. Sumado a esto, históricamente, el desarrollo desigual del capitalismo se ha basado en gran medida en qué tipo de bienes, materias primas y elementos se podían exprimir del sector agrario y rural, incluidas la tierra y la mano de obra (Wuyts, 1994; Kay, 2009).

Esto convierte a las luchas agrarias en un pilar estratégico de las luchas políticas dentro y contra el capitalismo, y a la noción de “justicia agraria” en un componente clave del concepto más amplio de “justicia social”. La justicia agraria se define vagamente en los estudios críticos agrarios como un punto de referencia aspiracional sustentado en un sentido del trato injusto contra los pueblos tradicionalmente explotados y oprimidos, arraigado en relaciones de clase asociadas con la raza, etnia, género, casta, generación, religión y nacionalidad.

En este libro nos referimos a investigadores-activistas como aquellas personas que participan en las luchas agrarias a través del compromiso con los movimientos que protagonizan esas luchas. Se trata entonces de un pequeño segmento de pensadores y académicos progresistas, una diminuta sección de activistas radicales y un grupo

aún más pequeño dentro de la categoría de investigadores-activistas. Sin embargo, aunque numéricamente modestos, el impacto directo e indirecto de su trabajo tiene gran potencialidad. Esto siempre ha sido así, pero su importancia ha aumentado de manera exponencial en la era contemporánea, marcada por la crisis ambiental y climática (Foster, 1999; Moore, 2017), el auge del populismo de derecha (Scoones *et al.*, 2018), la persistencia de un sistema alimentario mundial que no logra alimentar a millones de personas hambrientas mientras genera dietas insalubres que desatan problemas de salud entre millones de personas, y la situación de absoluta precariedad de hasta una quinta parte de la población trabajadora mundial (Weis, 2010).

Estos factores, entre otros, han provocado una “batalla” por el futuro de la pequeña agricultura (Patel, 2007; Weis, 2007; Schneider y Niederle, 2012; para una perspectiva específicamente “generacional”, véase Rigg *et al.*, 2020; White, 2020), lo cual hace necesario y urgente que comprendamos el carácter contemporáneo y los retos del activismo académico con respecto a las luchas por la tierra.

La narrativa general que propone este libro es que, a pesar de la urbanización, o debido a ella, la mitad de los ocho mil millones de habitantes del planeta sigue viviendo y trabajando en espacios rurales, y esta mitad rural merece atención por derecho propio. En países altamente desarrollados como Estados Unidos o Francia es necesario comprender a la minoría rural, pese a que sólo sea para explicar su giro hacia la extrema derecha bajo Donald Trump en Estados Unidos y Marine Le Pen en Francia, un giro que influye en la trayectoria de la política nacional de esos países. En términos más generales, el mundo rural es clave para comprender las causas, condiciones y consecuencias de los procesos de urbanización.

En la era contemporánea, marcada por todos los retos señalados, analizar el papel del mundo rural en cualquier transición hacia un mejor futuro adquiere una importancia crucial. Pero, ¿qué significa “transición justa” y “mejor futuro” desde una perspectiva rural? La respuesta no es sencilla y forma parte de amplios debates políticos

entre académicos y activistas progresistas. En este caso, lo trascendente es entender cómo se enmarcan las narrativas y las contranarrativas alrededor de esas preguntas, quiénes son sus protagonistas y cuáles son sus propósitos a corto y largo plazo. En ese sentido, el papel de investigadores-activistas comprometidos con las luchas agrarias adquiere relevancia, aunque se trate de un papel para nada sencillo a pesar del optimismo de algunas tendencias que sugieren lo contrario.

Este libro adopta sin reparos varias de esas tendencias, al celebrar las modestas pero significativas contribuciones y logros de la investigación activista contemporánea en las luchas por la tierra y en el mundo académico y al reafirmar su trascendencia. Cabe resaltar que ese no es su único propósito, más allá de un reconocimiento afirmativo, el libro trata principalmente de explorar las numerosas contradicciones y los difíciles retos a los que se enfrenta la investigación activista. Por lo tanto, no es ni una glorificación de sus logros ni un conjunto de propuestas prescriptivas sobre cómo “hacer” investigación activista. Por el contrario, aborda una serie de cuestiones polémicas, muchas de las cuales rara vez se discuten o sólo se discuten con cautela y torpeza cuando no se pueden evitar.

Al respecto, el libro es una invitación a debatir de modo abierto estos temas, a tener una conversación que apueste a identificar cómo aprovechar las posibles sinergias y cómo enfrentar, en lugar de evadir, discusiones controversiales y espinosas. No se presenta como una alternativa a la literatura existente que defiende y demuestra la relevancia de la investigación activista, sino como una contribución complementaria, un esfuerzo por profundizar y ampliar el debate.

Raíces históricas del debate político sobre lo agrario y el papel de los aliados

Los debates contemporáneos entre activistas y académicos progresistas y radicales, en especial anticapitalistas, en torno de la política

orientada al tema agrario y su relación con una política de clase más amplia, así como sobre el papel de los aliados, se han visto influidos significativamente por *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx (1968 [1852]) y los debates que generó. Uno de los temas del análisis de Marx es el apoyo político que la enorme población de pequeños propietarios campesinos de Francia le brindó a Luis Napoleón Bonaparte, quien en 1851 abolió el parlamento y se nombró a sí mismo presidente por un mandato de 10 años con reelección indefinida y quien un año más tarde se proclamaría emperador de Francia bajo el nombre de Napoleón III.

A propósito, Marx expresó: “*Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios [Parzellen]*” (1968:170; énfasis en el original). A partir de esa observación, Marx esbozó varios de sus análisis más duraderos acerca de la política de los campesinos parcelarios, que ofrecen un punto de partida clave para una conversación de la investigación activista contemporánea y las luchas agrarias. Es pertinente presentar aquí los aspectos más destacados de estas observaciones debido a su influencia tanto en el activismo como en la academia. Además, es importante hacer referencia a lo que Marx dijo realmente, en lugar de conformarse con la reducción que hace la popularizada frase “los campesinos son como un saco de patatas”, escrita en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Según Marx, para entender la política es necesario comprender la ubicación de las personas en la esfera de la producción económica, en sus palabras: “Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos” (1968:170).

Marx explica que “este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos” y que “su campo de producción, la parcela, no admite en su

cultivo división alguna del trabajo, ni aplicación alguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales” (1968:170).

El carácter de las esferas de la producción, el intercambio y la reproducción social es fundamental para Marx a la hora de enmarcar la política del campesinado: “Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad” (Marx, 1968:170). A continuación, se explican sus ideas, ampliamente influyentes, aunque controvertidas:

La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellos forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un Parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad (Marx, 1968:170-171).

Pero la política campesina en este contexto no se limitaba a la icónica versión conservadora descrita anteriormente. Marx continuó elaborando:

Pero entiéndase bien. La dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que, por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino, no su juicio; sino su prejuicio, no su porvenir, sino su pasado (1968:171).

La noción de política campesina inspirada por *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* es a la vez controversial e influyente. Muchos de los puntos clave planteados por Marx serán un tema recurrente en el resto de la discusión aquí. Hay tres elementos que son imprescindibles en este punto. En primer lugar, que la cuestión de las esferas mutuamente constitutivas de la producción económica y la reproducción social, por un lado, y la política sobre el tema agrario, por otro, son fundamentales para lograr una mayor comprensión de los debates políticos agrarios. Si bien las dinámicas dentro de la producción económica y la reproducción social no predeterminan el carácter y la trayectoria de la política campesina, como se muestra en la rica y diversa literatura de los estudios agrarios críticos, es impensable tener una comprensión de la política del sector agrario si el análisis se separa de cualquier comprensión de las esferas de la producción económica y la reproducción social.

En segundo lugar, la reflexión concerniente a las relaciones de clase y la política de clases se vuelve central. Cómo surgen las relaciones de clase y cómo se transforman en una fuerza política

—la transformación de “clase-en-sí” en “clase-para-sí”— son dos procesos sociales inseparables, política y analíticamente. En tercer lugar, dado que la clase está co-constituida a través de otros ejes de diferenciación social —raza, etnia, casta, género, generación, religión o nacionalidad—, nuestra comprensión de la “agencia de clase” y de la clase para sí se basa necesariamente en tales relaciones mutuamente constitutivas.

Esto nos lleva a un importante punto de referencia analítico de la clase y la conciencia de clase propuesto por E.P. Thompson, el cual establece que la clase es relacional e histórica, es decir, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Thompson argumentó que “la relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación una con la otra” (Thompson, 1991[1963]:8). Continuó:

La clase cobra existencia cuando algunos hombres, como resultado de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos (Thompson, 1991:8-9).

Además, resaltó:

La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta lógica en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo

en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma (1991:9).

Thompson subrayó la dimensión histórica de la clase: “Estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases, sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias” (1991:10). Asimismo, precisó: “Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un periodo suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición” (1991:10).

Thomson concluyó advirtiendo que “no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un periodo histórico considerable” (1991:10-11).

En resumen, es importante aclarar la comprensión de las relaciones de clase en lo agrario, así como la política y el papel de los aliados para situar las discusiones concernientes al nexo entre la investigación activista y las luchas agrarias. Sin una comprensión normativa de las relaciones de clase y de la política de clases no tendremos claridad sobre quién gana y quién pierde en las transformaciones sociales que provocamos con nuestras luchas políticas, o quiénes son nuestras fuerzas subjetivas, aliadas y aliados fiables, vacilantes y adversarios, y por qué resulta de este modo. A su vez, sin respuestas claras a esas preguntas básicas los investigadores-activistas no sabrían con qué movimientos agrarios o secciones de un movimiento agrario deberían comprometerse o apoyar.

Esta no es una visión muy original, la larga historia de los estudios agrarios en el análisis de las relaciones de clase, la política en el sector agrario y los aliados revela una secuencia de afirmaciones en cuanto a la necesidad de incrustar el análisis de la política en las

relaciones de clase, incluso cuando estas últimas no son las únicas determinantes de las primeras. Pero ciertos conceptos viejos como el de “aliados” no siempre se definen adecuadamente o se actualizan para abordar las situaciones contemporáneas. Por ejemplo, ¿qué significa ser un aliado de los movimientos de soberanía alimentaria? Incluso algunos investigadores-activistas se lo preguntan, como observaron Duncan y sus colegas (2021:880): “Sin embargo, la literatura sobre soberanía alimentaria hasta la fecha no ha abordado la cuestión de cómo fomentar tales alianzas o coaliciones entre investigadores-activistas y otros actores del movimiento”.

Raíces históricas del debate político contemporáneo sobre lo agrario

Los debates políticos y la investigación académica de las condiciones del mundo agrario ocuparon un lugar central en las ciencias sociales durante gran parte del siglo XX. Este periodo estuvo marcado por la Revolución mexicana de 1910 y la Revolución sandinista de 1979 en Nicaragua, junto con el acuerdo político de 1980 que dio lugar a la creación de Zimbabue. Entre esos acontecimientos hubo una gran diversidad de proyectos políticos radicales que transformaron el mundo agrario, desde reformas democráticas burguesas hasta revoluciones proletarias armadas, desde victorias electorales socialistas hasta guerras de liberación nacional de base campesina. Algunas de ellas trajeron consigo victorias estremecedoras que permitieron a los revolucionarios socialistas hacerse con el poder del Estado, como en China y Vietnam (Wolf, 1969); mientras que otras acabaron con campesinos masacrados en brutales represalias militares, como en el caso de Indonesia en 1965-1966 (White, 2016); y otras resultaron en concesiones intrascendentes de las élites, reformas superficiales, o incluso lo que Diskin (1989) vio como “reformas para prevenir el cambio”.

Las transformaciones sociales desencadenadas por estos dramáticos acontecimientos no se limitaron a las zonas rurales, muchas de las transformaciones agrarias de gran alcance —marcadas por la desaparición de algunas partes del mundo social agrario, la persistencia de otras y el nacimiento de otras nuevas— han influenciado el carácter y las trayectorias posteriores del desarrollo nacional y la cultura política de diversas sociedades. En el centro de esas transformaciones agrarias se encuentra la política de tierras. Ésta mantiene o subvierte los patrones de distribución del poder político entre las clases y grupos sociales dentro del Estado y en la sociedad, configurando las posibilidades para el acceso a la tierra y a los recursos bajo distintos tipos de propiedad. A su vez, el carácter de la política de tierras forja o remodela esferas de la vida social global en torno a la alimentación, la ecología, el trabajo, la ciudadanía y la geopolítica.

Desde la academia se ha examinado de cerca el desarrollo del debate político concerniente a lo agrario durante el siglo pasado. Las principales líneas de debate han girado alrededor de la definición de los campesinos (Wolf, 1966; Edelman, 2013) (o “pequeños productores de mercancías”, Harriss-White, 2022) y el papel de la tierra y la propiedad en la configuración de la política campesina, lo cual nos introduce en el debate sobre “la obsesión” de los campesinos por tener un pedazo de tierra que cultivar y el vínculo que esto tiene con su actitud política pequeñoburguesa, pues, partiendo de algunos pilares conceptuales establecidos por Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, el punto de vista político campesino se considera, al menos en la tradición intelectual marxista, como ambivalente hacia los proyectos políticos revolucionarios socialistas (Hobsbawm, 1973; Mintz, 1973; Lehmann, 1974; y Kay, 2002).

Fuertemente influenciados por las perspectivas marxistas, los estudios clásicos alrededor del debate político sobre lo agrario han girado en torno a la problematización de las nociones de “clase-en-sí” y “clase-para-sí”, con una especial preocupación por el difícil reto de transformar la primera en la segunda (véase, por ejemplo, Byres,

1981). Las relaciones de clase y la política de clases han ocupado un lugar central en esos estudios. El debate referente a qué sector del campesinado podría ser potencialmente más abierto a la revolución ha dividido a los pensadores radicales, inclusive a algunos se les ha identificado con la “tesis del campesino medio” de Wolf, que asume que la autonomía socioeconómica y política de ese sector del campesinado le permite llevar a cabo acciones políticas colectivas con menos limitaciones (Wolf, 1969). Así, al estar el campesino medio bajo la amenaza constante de las fuerzas detrás de la mercantilización de la tierra, la naturaleza y el trabajo en el campo, éste guarda una mayor disposición hacia la radicalización y el paso a la acción colectiva para resistir las corrientes diferenciadoras de la intrusión capitalista en las zonas rurales. Un punto de vista opuesto, propuesto por Jeffrey Paige (1978), se resume en un esquema simple pero poderoso. Paige identifica a los proletarios sin tierra, en particular a los trabajadores migrantes asalariados que trabajan para las clases terratenientes tradicionales, como los que encierran el mayor potencial para el cambio revolucionario más radical y transformador, es decir, socialista.

Al respecto, Gerrit Huizer (1975) dedicó gran parte de su trabajo académico a buscar respuestas a una pregunta estrechamente asociada que definió a ese periodo: ¿cuándo y por qué los campesinos se vuelven revolucionarios? (o su contracara: ¿cuándo y por qué los campesinos se tornan conservadores o reaccionarios?). Esta pregunta ha suscitado un polarizado debate aún abierto. James C. Scott ofrece una perspectiva de la “economía moral” que se centra en la resistencia de los campesinos a las fuerzas capitalistas que socavan o amenazan su capacidad de subsistencia, mientras que Samuel Popkin propone una perspectiva rival desde la tradición de la elección racional, la cual hace hincapié en los impulsos de maximización de beneficios de los campesinos, es decir, no para resistirse al capitalismo, sino más bien para lograr su inserción en él (Scott, 1976; Popkin, 1979).

En ese sentido, abordar el debate político sobre lo agrario y asumir apuestas políticas prácticas en contextos agrarios desde una

perspectiva de clase sigue siendo imperativo, pero se necesitan ajustes para dar cuenta de las configuraciones cambiantes de las relaciones agrarias que han visto cómo las categorías sociales icónicas del campesino o el proletariado se han vuelto menos comunes. En su lugar existen clases agrarias fragmentadas que combinan diversas formas de ganarse la vida en el *continuum* rural y urbano, agrícola e industrial (Bernstein, 2006, 2010; Shivji, 2017).

Así como Marx problematizó el tipo de política que los campesinos franceses llevaron a cabo a mediados del siglo XIX, los pensadores revolucionarios del siglo XX han tratado de entender cómo los campesinos participan en la política, siguiendo la determinación de cambiar sus condiciones de vida, y cómo adoptan perspectivas más radicales o revolucionarias. Durante las tres primeras cuartas partes del siglo XX estas preguntas determinaron el marco intelectual y político dominante para examinar las acciones colectivas a gran escala de carácter organizado, estructurado y en ocasiones armado que desarrollaron los movimientos campesinos. Wolf (1969) y Paige (1978) son dos ejemplos clásicos destacados, mientras que Barrington Moore Jr. (1967) ha abierto un género de estudios agrarios que investiga cómo la política alrededor de la tierra y las estructuras agrarias remodelan las instituciones políticas más amplias de las sociedades.

La visión de Marx concerniente a la política campesina fue la influencia dominante, pero no la única, en la configuración de los estudios críticos del debate político agrario. Otra es la larga y heterogénea tradición del “populismo agrario” que puede adoptar la forma de validación, complemento o contracorriente de la visión marxista ortodoxa acerca de este debate. La actual perspectiva política radical del tema agrario, al menos en sus posiciones ampliamente anticapitalistas, sigue siendo controvertida, académica y políticamente, en el *continuum* entre la tradición marxista ortodoxa y la tradición inspirada por el populismo ruso de la segunda mitad del siglo XIX y las opiniones que éste influyó (Shanin, 1983a, 1983b). Por tanto, el

activismo académico debe considerarse y entenderse en el contexto de ese *continuum* analítico y político.

Se hace relevante en este punto revisar brevemente las raíces históricas del populismo agrario contemporáneo, ya que es un relato que corresponde no sólo a la historia de tal perspectiva, sino también a diversos elementos de la investigación activista agrarista.

En los estudios agrarios críticos la procedencia del populismo agrario contemporáneo se remonta a los *narodniks* rusos de izquierdas de la segunda mitad del siglo XIX, que pretendían derrocar el régimen zarista, resistir al capitalismo y rescatar las comunas campesinas rusas supervivientes (*obshchina*) y su estructura organizativa (*mir*), las cuales, se pensaba, podían contener la semilla de un posible futuro socialista. El narodnismo (“*narod*” en términos generales significa “pueblo”) era una “lucha restauradora” con tendencia a idealizar las comunidades en las que las relaciones capitalistas aún no se habían afianzado del todo. Así, el campesinado se veía como una vía hacia el socialismo sin tener que pasar por la fase del desarrollo capitalista.

Se calcula que entre 2 mil y 3 mil estudiantes urbanos salieron al campo ruso en 1874 de forma más o menos espontánea y sin ningún programa escrito ni organización. Estos jóvenes intelectuales no sabían mucho de la vida campesina ni de los aspectos prácticos del trabajo político: “De aldea en aldea, distribuyeron panfletos revolucionarios y hablaron a los campesinos que se cruzaban en su camino sobre la necesidad de redistribuir radicalmente la tierra e iniciar la revolución” (Taggart, 2000:50).

Los *narodniks* se verían frustrados por lo que descubrieron sobre la posición política de los campesinos: el campesinado no tenía apetito por la revolución. Los intelectuales urbanos imaginaban y esperaban que los campesinos “estuvieran oprimidos, fueran idealistas y se encontraran en un estado de madurez para la revolución, pero en la práctica descubrieron que los campesinos eran codiciosos, conservadores y desconfiaban profundamente de los estudiantes” (Taggart, 2000:52). Además de ello, muchos de esos campesinos avisaban a las

autoridades acerca de la presencia de los *narodniks*, por lo cual unos mil 611 estudiantes habían sido arrestados en 1877. En palabras de Taggart, “el verano de 1874 no sólo demostró lo que un grupo de activistas podía hacer; sino más que eso, demostró lo que el campesinado no haría” (2000:52).

En consecuencia, los *narodniks* cambiaron de estrategia y pasaron de educar al campesinado a emprender la lucha armada en forma de atentados contra las autoridades zaristas, en especial contra el zar. Algunos tuvieron éxito, la mayoría no. Surgieron dos agrupaciones organizativas: *Zemlya i Volya* (Tierra y Libertad) y *Narodnaya Volya* (Voluntad Popular); esta última consiguió asesinar al zar Alejandro II en 1881.

Los intelectuales de Voluntad Popular leyeron *El capital* y entraron en contacto directo con Karl Marx. Vera Zasulich, en una carta dirigida a Marx, expresaba: “A menudo oímos decir que la comuna rural es una forma arcaica condenada a perecer por la historia, el socialismo científico y, en resumen, todo lo que es indiscutible. Los que predicán tal opinión se llaman a sí mismos tus discípulos por excelencia: *marksistas*”. Y continuó: “su argumento más fuerte suele ser: ‘Marx lo dijo’. Nos haría un gran favor si expusiera sus ideas sobre el posible destino de nuestra comuna rural y sobre la teoría de que es históricamente necesario que todos los países del mundo pasen por todas las fases de la producción capitalista (1983:98-99 [original del 16 de febrero de 1881]).

A lo que Marx respondió, tras varios largos borradores antes de su respuesta definitiva:

El análisis presentado en *El capital* no da razones en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural rusa, pero el estudio especial que de ella he hecho, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia (1983:124 [original 8 de marzo de 1881]).

El intercambio entre Zasulich y Marx ha sido objeto de mucha controversia y debate en la literatura acerca del populismo en los

estudios agrarios marxistas (véase Shanin, 1983a; Bernstein, 2018). Pese a que el populismo ruso original duró poco, su legado e influencia sobrevivieron, en parte debido a su compromiso con el socialismo, aunque intentando tomar una ruta a través del campesinado. En palabras de Hobsbawm:

[El narodnismo] no es significativo por lo que consiguió, que apenas fue nada, ni por los números que movilizó, que apenas superaron unos pocos miles (...) [sino porque] formó, por así decirlo, el laboratorio químico en el que todas las grandes ideas revolucionarias del siglo XIX se probaron, combinaron y desarrollaron en las del siglo XX (1987:199, citado en Bernstein, 2018:1131).

Tales ideas estaban inextricablemente ligadas a debates paralelos y posteriores en el marxismo: a la formulación de Engels de la cuestión campesina y a la formulación de Kautsky de la “cuestión agraria” (Engels, 1894; Kautsky, 1988 [1899]); a las ideas y prácticas revolucionarias rusas; al leninismo y a la lógica socioeconómica chayanoviana de la economía campesina (Lenin, 2004 [1905]; Chayanov, 1966 [1925]); e incluso al marxismo contemporáneo (véase Akram-Lodhi y Kay, 2010a, 2010b; Levien *et al.*, 2018), todos ellos relevantes ahora, a principios del siglo XXI. Para Shanin:

El *quid* de la originalidad e iluminación del populismo revolucionario ruso reside (...) en el planteamiento de una serie de preguntas fundamentales sobre la sociedad capitalista, sus “periferias” y el proyecto socialista. La experiencia histórica permite demostrar como erróneos los intentos de descalificar esas preguntas como pertenecientes únicamente al pasado, es decir, representando el atraso social ruso en la década de 1880 o la naturaleza pequeñoburguesa de su campesinado. El declive de la Rusia campesina no hizo desaparecer esas preguntas; muy al contrario, la mayoría de ellas se hicieron cada vez más globales y pertinentes también en entornos altamente industrializados. Estas preguntas sin

respuesta vuelven a atormentar a los socialistas una y otra vez, y seguirán haciéndolo hasta que se enfrenten a ellas, teórica y políticamente, pues sólo pueden eludirse por cuenta y riesgo del socialismo (1983b:271).

Las teorías de Chayanov concernientes a la economía campesina tuvieron una gran influencia en los discursos agraristas posteriores y entre intelectuales agraristas clave como Shanin, Scott y Van der Ploeg (véase Shanin, 1971, 1972, 1973; Scott, 1976; Van der Ploeg, 2013). La medida en que el *narodnismo* original y Chayanov han informado al populismo agrario contemporáneo es algo que, en nuestra opinión, por lo general se asume o es extrapolado teóricamente en lugar de demostrarse. Esto es en particular relevante porque la mayoría de los movimientos agrarios contemporáneos importantes no hace explícita la procedencia teórica de sus marcos políticos, y los pocos que se refieren explícitamente a sus referentes teóricos invocan a Marx —y a veces incluso a Lenin—, pero casi nunca a Herzen, Chernyshevsky, Chayanov o Shanin (aunque Van der Ploeg se ha convertido cada vez más en un punto de referencia inspirador para los movimientos agrarios actuales).

Es relevante aclarar un punto central: ¿cómo se originaron, evolucionaron y llegaron a tener un significado tan negativo en la tradición académica y política marxista los términos “populismo” y “neopopulismo”? En la historia de algunos partidos comunistas, el (neo)populismo se abordó desde la dicotomía revolucionario-contrarrevolucionario (R-CR). Esta posición, mantenida por un pequeño, pero influyente, sector de marxistas ortodoxos podía conducir —y de hecho condujo— a recurrentes y amargas purgas al interior de los procesos organizativos. Recurrimos una vez más a Shanin para resaltar su interpretación sobre la historia de este término, la cual resulta trascendente para el debate en cuanto al activismo agrarista contemporáneo. Shanin explica el origen del término en el contexto del marxismo y los *narodniks* y demuestra que la historia del término estaba entrelazada con el populismo de derechas:

La etiqueta “populista”, como la de “marxista”, carece de precisión; la heterogeneidad de ambos bandos era considerable. En el habla rusa, un populista (*narodnik*) podía significar cualquier cosa, desde un terrorista revolucionario hasta un escudero filantrópico. Lo peor es que hoy no hay herederos políticos que reclamen y defiendan la herencia del populismo ruso: los perdedores políticos tienen pocos parientes leales, mientras que los vencedores monopolizan la prensa, el dinero y la imaginación. La principal obra de Lenin (...) de la que generaciones de socialistas aprendieron su terminología rusa, utilizaba “populismo” como etiqueta para un par de escritores que se situaban en aquel momento en el ala de extrema derecha de los populistas (...) Esto facilitó el argumento antipopulista de Lenin de 1898, al tiempo que aumentó la oscuridad del credo populista para sus lectores de hoy (Shanin, 1983a:8).

El populismo se ha convertido en una palabra de cajón, en especial en medio del actual auge del populismo regresivo (Scoones *et al.*, 2018; McCarthy, 2019; Borrás, 2020). El populismo agrario es conceptualmente plural y diverso y es pertinente aclarar de manera breve lo que significa en el campo específico de los estudios agrarios críticos. En ese sentido, Terry Byres, en su clásica crítica de 1979 al populismo propugnado por Michael Lipton (1977), identificó tres tipos de populismo agrario: populismo clásico, neopopulismo y populismo liberal (Byres, 1979).

Byres argumentó que Lipton adopta el populismo clásico en la medida en que tiene “una fe casi mística en la masa del pueblo (que resulta ser ‘la gente del campo’ rural), no en una parte del pueblo, sino en todo el pueblo que es capaz (...) de unirse contra sus opresores urbanos y establecer una utopía igualitaria” (Byres, 1979:238). También presentó la creencia de Lipton de que “el pequeño agricultor es más eficiente (...) que el grande”, así como su “aversión por la industria y la convicción de que la industrialización (...) es indeseable; una postura anticapitalista; una determinación

de enfrentarse y rechazar el marxismo, junto con una curiosa fascinación por las ideas marxistas” (Byres, 1979:238).

Byres, que consideraba a Chayanov el padre del neopopulismo, argumentó entonces que Lipton es un neopopulista por su “defensa (...) de los campesinos ricos (...) en su afirmación de que en realidad acepta la necesidad de la industrialización, pero en un futuro lejano, y en caso de que no sea posible alcanzar una agricultura eficiente; y en su aversión a la revolución” (1979:238). Por último, Byres sostuvo que Lipton es un populista liberal debido a su “aversión a la revolución” y a que “acompaña la fe profesada en las soluciones reformistas y en el poder de la razón y el argumento para garantizar la justicia social (incluso viniendo de dictadores)” (1979:238).

Unos 25 años más tarde, Byres (2004) criticó el trabajo de Griffin, Khan e Ickowitz (2002) acerca de la reforma agraria y expuso el argumento de que Griffin *et al.* y Lipton son en realidad “neopopulistas neoclásicos”, con fundamentos anclados en la economía neoclásica. La base de Byres para esta categorización incluye la posición que adoptaron de la diferenciación social del campesinado, la definición de clase y el papel del individuo, el papel de los campesinos ricos, la industrialización, la revolución, la propiedad privada y el socialismo. Ésta resulta ser una herramienta heurística útil que puede ayudar a mejorar nuestra comprensión de los llamados movimientos populistas agrarios activos hoy día, además de ser particularmente útil para contrarrestar las narrativas que asumen que la versión del populismo que tiene la economía neoclásica es progresista, mientras que la defensa marxista del socialismo es anticuada y dogmática.² Asimismo, es un recordatorio de que, si bien el populismo de derechas tiene que ser derrotado, una noción de populismo de izquierdas tampoco puede estar exenta de problemas, como ha demostrado Andrade (2020) en el caso de Brasil (véase también Tilzey, 2019; Monjane y Bruna, 2020).

² Para otros debates recientes sobre el populismo agrario, véase Van der Ploeg (2013), Bernstein (2018) y White (2018).

La investigación activista no puede considerarse una tradición homogénea, ni históricamente ni en el contexto actual. Cuando hablamos de una investigación activista que se sitúa de modo amplio en la política de las luchas dentro y contra el capitalismo, es de igual relevancia considerarla inmersa en los debates entre las tendencias marxistas ortodoxas y las populistas agrarias. Ello demuestra que la investigación activista contemporánea ligada a las luchas agrarias es, inevitablemente, una extensión de las tensiones y sinergias entre estos dos polos ideológicos históricos que dominan la academia y las luchas agrarias.

Reducir el debate a una elección entre populismo agrario y purismo de clase es intelectual y políticamente improductivo. El reto consiste en navegar a través del *continuum* y no retroceder ante los rompecabezas sin resolver, las formulaciones políticas imperfectas y las contradicciones que lo definen, además de encontrar inspiración y energía intelectual y política en esos rompecabezas y contradicciones.

La evidencia sugiere que hay dinamismo y potencialidades en el esfuerzo pluralista por navegar a través del *continuum* analítico y político ya descrito. En ese contexto haríamos bien en aceptar la sugerencia (inesperada) de un destacado escéptico de los movimientos agrarios contemporáneos y de la soberanía alimentaria, Henry Bernstein, de ir “más allá de la zona de confort del purismo de clase” y no descartar el populismo agrario actual. Volviendo a la Revolución rusa, Bernstein explica que el reto para los partidarios de la economía política marxista, cuyo punto fuerte es el análisis socioeconómico, es comprender mejor la política agraria:

El camino de lo primero a lo segundo conlleva muchas determinaciones y complejidades adicionales, así como una capacidad de enfrentarse a lo contingente, lo indeterminado y lo imprevisto, y de cambiar de posición, que va mucho más allá de la zona de confort del purismo de clase y otras ilusiones (...) Esto apunta hacia una paradoja (...) a saber, que mientras lo

mejor del marxismo conserva su superioridad analítica a la hora de abordar las dinámicas de clase en las transformaciones agrarias, por diversas razones el populismo agrario parece una fuerza ideológica y política más vital (...) En mi opinión, los desafíos a los que se enfrenta cualquier apuesta política marxista frente al tema agrario podrían superarse mediante un compromiso crítico con lo más progresista (anticapitalista) del populismo agrario actual, y las diversas luchas rurales que abarca, en lugar de descartar *a priori* todo el populismo agrario como necesaria e igualmente “erróneo” y “reaccionario” (Bernstein, 2018:1146).

En línea con este llamamiento hay una observación reciente de Michael Levien, Michael Watts y Yan Hairong, quienes sostienen:

Mientras que los marxistas han criticado durante mucho tiempo a los “populistas” por ignorar el capitalismo y la clase, los populistas han acusado a los marxistas de una preocupación obsesiva por la acumulación y la clase, una insensibilidad a las contingencias de la historia y varios puntos ciegos con respecto al género y la identidad (Bernstein, 2018:853).

Y concluyen:

Por un lado, los estudios más “populistas” —ya se centren en el acaparamiento de tierras, la soberanía alimentaria o la reforma agraria— han incorporado de forma mucho más explícita que nunca las ideas marxianas sobre la clase y las dinámicas del capitalismo. Por otro lado, gran parte de los estudios explícitamente marxianos se han alejado de la desestimación de la agencia política campesina; el hiper estructuralismo de los debates sobre los modos de producción; y las concepciones lineales o eurocéntricas de la historia enraizadas en el problema de la transición y el “dogma del campesino condenado al fracaso” (2018:854).

Tal reciprocidad intelectual y política no socava el punto de vista fundamental de cada bando. Teodor Shanin observó el proceso entre

los intelectuales de Voluntad Popular y Marx; advirtió la seriedad con la que se trataban uno al otro y cómo cada uno estaba dispuesto a conceder algunos elementos centrales en su perspectiva: “Eso no convierte a Marx en un populista ni a los miembros de Voluntad Popular en criptomarxistas. Eran aliados políticos, que se apoyaban e influían mutuamente” (Shanin, 1983b:268). Este encuentro productivo en los terrenos ideológico, político y ecológico de los movimientos y luchas agrarias, y los de sus aliados, es un contexto clave y un objeto del activismo académico que se desenvuelve en el actual frente agrario mundial. La configuración actual de nuestro mundo, y cómo se ha llegado a este punto, se ha visto influida en parte por la evolución histórica del debate entre partidarios marxistas ortodoxos y populistas agrarios radicales.

Coyuntura actual

Hoy día, tres de cada cuatro personas empobrecidas en el mundo consideran que en el campo se encuentra su hogar principal. Aunque sólo sea por esta razón, los estudios agrarios deberían seguir siendo un pilar fundamental en la investigación en ciencias sociales y la política agrarista un pilar fundamental de las luchas por la justicia social. En muchos sentidos, los estudios y las luchas agrarias ocupan los mismos espacios, pero no sin cambios significativos con respecto al pasado y sin que se presenten retos para el futuro. Las guerras campesinas del siglo XX terminaron o menguaron con el auge del neoliberalismo a inicios de la década de 1980. Al poco tiempo se dio término a la Guerra Fría que significó un contexto importante para las guerras campesinas; la mayoría de los experimentos socialistas se vinieron abajo y con ellos estructuras como los colectivos agrícolas y las granjas estatales (Spoor, 2008); la reforma agraria convencional desapareció de las agendas políticas oficiales, salvo ciertas iniciativas nacionales; y la promoción de reformas agrarias

basadas en el mercado, los mercados de tierras, la formalización de los derechos de propiedad privada de la tierra y las adecuaciones parciales de reformas agrarias anteriores han dominado la política agraria desde la década de 1980 (Akram-Lodhi *et al.*, 2007; Lahiff *et al.*, 2007; Dwyer, 2015). Aunado a ello, los académicos han seguido esa tendencia en sus investigaciones.³

Durante ese periodo, en tanto que los movimientos de liberación nacional y las insurgencias dirigidas por los partidos comunistas tomaban el poder del Estado y se institucionalizaban en sus propios contextos, o se debilitaban o diezmaban, empezaron a surgir diferentes tipos de movimientos agrarios en todo el mundo. Se trata en gran medida de movimientos agrarios autónomos que surgieron como reacción al neoliberalismo, que cuentan tanto con orientaciones ideológicas y políticas, como formas organizativas que difieren de modo significativo de los procesos organizativos orientados por los movimientos de liberación nacional del pasado. Muchos de esos movimientos agrarios se inspiran ideológicamente en el marxismo, aunque la mayoría son movimientos sociales no partidistas y protegen con celo su autonomía frente a los partidos políticos.⁴

La aparición de estos movimientos presenta varias contradicciones: los movimientos fueron en parte una reacción al neoliberalismo (Edelman, 1999), pero se podría decir que al mismo tiempo se beneficiaron de éste. Dichos beneficios adoptaron la forma del auge del complejo de donantes no gubernamentales y de las ONG, cuyas fortunas son en gran medida resultado de la neoliberalización del

³ Una visión general de este periodo puede consultarse en Deininger y Binswanger (1999) y De Janvry *et al.* (2001) para las perspectivas dominantes; y en Zoomers y Van der Haar (2000) y Akram-Lodhi *et al.* (2007) para las perspectivas críticas.

⁴ Para un análisis crítico y antecedentes acerca de algunos de los movimientos nacionales emblemáticos, véase Moyo y Yeros (2005) sobre casos internacionales; Putzel (1995) y Caouette y Turner (2009) para el Sudeste Asiático; Wolford (2010), Fernández (2013) y Welch y Sauer (2015) sobre Brasil; Vergara-Camus (2014) sobre Brasil y Chiapas; Veltmeyer (1997) y Petras y Veltmeyer (2001) sobre América Latina; Harvey (1998) sobre Chiapas; y Bachriadi (2010) sobre Indonesia.

sistema de asistencia mundial y la agenda de gobernanza. A su vez, los donantes y ONG canalizaron grandes cantidades de recursos logísticos y financieros hacia la formación de movimientos agrarios que no podían, o decidieron no hacerlo, obtener dichos recursos de los partidos políticos.

La reconfiguración de los partidos políticos y los movimientos agrarios durante este periodo ha redefinido los términos de las alianzas campesinas con los partidos políticos, relegados a un segundo plano de manera creciente, mientras se afianzan cada vez más las ONG y los organismos donantes no gubernamentales (Biekart y Jelsma, 1994; Borrás y Franco, 2009; Edelman y Borrás, 2016). En ese contexto se produjo un avance significativo en el frente agrario mundial que inspiraría un interés y una pasión profundos y generalizados entre la actual generación de activistas e investigadores: el auge de los movimientos agrarios transnacionales (MAT). El término MAT se utiliza aquí de forma laxa para incluir movimientos, movimientos de movimientos, coaliciones y redes (para un debate matizado al respecto, véase Fox, 2010).

Buena parte del trabajo académico ha reflejado esa tendencia. Desaparecieron los estudios relativos a las reformas agrarias convencionales, la configuración de clase y la política de clase de los movimientos agrarios, y su relación con los partidos políticos (revolucionarios), aparte de diversos estudios serios concernientes a fenómenos nacionales específicos, como los de Brasil, Chiapas en México, las movilizaciones por la tierra posteriores a 1997 en Zimbabue y los numerosos focos de agitación individualizados y localizados entre los campesinos chinos cuyas tierras estaban siendo expropiadas en medio de la expansión del capital industrial y comercial en China.⁵

⁵ Para estudios seleccionados, véanse Wolford (2010), Carter (2015), Fernandes (2013) y Pahnke *et al.* (2015) sobre Brasil; Harvey (1998) sobre Chiapas (y el número especial del *Journal of Peasant Studies* de 2005, vol. 32, núms. 3-4); Vergara-Camus (2014), que compara Chiapas y Brasil; Scoones (2010), Moyo (2011) y Mudimu *et al.* (2022) sobre Zimbabue; O'Brien y Li (2006), Ho (2001), Yan y Chen (2015), Ye (2015), Yeh *et al.* (2013) y O'Brien y Li (2006) sobre China.

En términos de la investigación sobre los debates políticos agrarios y la agencia campesina, dos de los aspectos más significativos de ese periodo para los estudios agrarios críticos fueron la extensión y el alcance del estudio y la documentación de La Vía Campesina, así como la idea hecha práctica de la soberanía alimentaria (Desmarais, 2007; Patel, 2009; Pimbert, 2009; Wittman *et al.*, 2010; Mills, 2021). Sin embargo, esta oleada de energía intelectual no puede ser reivindicada únicamente por los estudios agrarios, ya que gran parte del trabajo se llevó a cabo por una serie de disciplinas e intereses que incluyen los estudios sobre alimentación, medio ambiente y derechos humanos (véase, por ejemplo, Claeys, 2015; Monsalve, 2013). Y aunque resulta convincente examinar la literatura que celebra la soberanía alimentaria, es igualmente importante tomar en serio las opiniones escépticas de estudiosos como Agarwal (2014), Bernstein (2014), Hospes (2014), Jansen (2015), Li (2015), Henderson (2018) y Soper (2020), entre otros. Asimismo, son relevantes los partidarios de la soberanía alimentaria que plantean preguntas complicadas y difíciles, las cuales requieren una teorización más profunda y una investigación empírica, como las preguntas en torno del comercio a larga distancia (Burnett y Murphy, 2014), los pueblos indígenas (Daigle, 2019) y la “localización” (Robbins, 2015).

No obstante, recientemente se ha producido una convergencia de procesos sociopolíticos, ecológicos y económicos en el mundo que han renovado la atención en los estudios agrarios críticos. Alrededor de 2007-2008 estallaron de modo simultáneo una serie de crisis de precios de los alimentos, combustibles, energía, junto con una crisis financiera. Esta convergencia fue provocada en parte por el llamado a buscar soluciones para el cambio climático que desencadenaron crisis en otros sectores o áreas, como es el caso de los biocombustibles. También estuvo entrelazada con el surgimiento de nuevos centros del capital global (los BRICS y algunos países de ingreso medio) que alteraron los modelos internacionales y regionales de producción, comercio y consumo agrícolas (Scoones *et al.*, 2016).

Estos cambios marcaron el comienzo de una era en la que se renovó el acaparamiento mundial de tierras por parte de las empresas, instigado y llevado a cabo en gran medida por los Estados nación (Levien, 2013, 2018; Dell'Angelo *et al.*, 2017).⁶ En adición, indicaron otro cambio crucial con la aparición de los “cultivos y materias primas flexibles”, que tienen usos múltiples como alimentos, forraje, combustibles, en la industria, y como bienes comerciales. Algunos de estos cultivos son la caña de azúcar, la soja, la palma aceitera, el maíz, entre otros, muchos de los cuales pueden utilizarse para biocombustibles (anunciados como solución al cambio climático), como otros alimentos o forraje.

Si bien tal fenómeno ha reafirmado la pertinencia de estudiar las cadenas sectoriales de productos básicos o las cadenas de valor, también nos desafía a rastrear y examinar las nuevas “cadenas de cadenas” o “redes de valor” (Borras *et al.*, 2016). Esta convergencia ha complejizado los problemas alrededor de la política en torno a la gobernanza (mundial) que deben sortear las entidades (inter) gubernamentales, así como los problemas para la promoción de políticas públicas que deben enfrentar los organismos de control, los activistas y los movimientos sociales. Sumado a ello, el discurso del cambio climático se articula cada vez más a las narrativas sobre justicia agraria (Borras y Franco, 2018; Franco y Borras, 2019), mientras la interrelación de las cuestiones agrarias, alimentarias y de justicia climática provoca un proceso similar entre las filas de los movimientos globales por la justicia social (Claeys y Delgado Pugley, 2017; Tramel, 2016).

⁶ Véanse, por ejemplo, White *et al.* (2012) para una visión general en cuanto al acaparamiento corporativo de tierras; Fairhead *et al.* (2012) sobre el “acaparamiento verde”; Mehta *et al.* (2012) y Franco *et al.* (2013) sobre el acaparamiento de agua; Wolford *et al.* (2013) acerca del papel del Estado; Margulis *et al.* (2013) sobre la gobernanza mundial; Hall (2011), Moyo *et al.* (2012), Edelman y León (2013) y Edelman *et al.* (2013) sobre la economía política de los acuerdos de tierras; Hall *et al.* (2015) sobre la resistencia a los acuerdos de tierras; y Park y White (2017) acerca de las dimensiones de género y generacional.

Las recientes transformaciones políticas en el frente agrario mundial han reconfigurado en parte las unidades de análisis y las formas de estudiar las dinámicas de cambio social en y en relación con el mundo rural, así como el objeto de las reivindicaciones políticas de este campo. Tales transformaciones han generado sinergias y al mismo tiempo han provocado tensiones, dentro y entre los movimientos agrarios, además de otros movimientos orientados a la justicia social como los movimientos por la justicia y la soberanía alimentarias, los movimientos por la justicia medioambiental, los movimientos por la justicia laboral y, más recientemente, los movimientos por la justicia climática. Esos cambios, incluidos los cambios en la política alrededor de la tierra —material, discursiva y políticamente—, tienen implicaciones de gran alcance sobre la manera en que entendemos y llevamos a cabo la investigación activista agrarista en la actualidad. También han alterado el carácter y remodelado la agenda de la investigación activista, aparte de su estilo, métodos, estrategias y tácticas.

En el centro de la transformación agraria mundial está el dinamismo político alrededor de la tierra. En ese sentido, así como la forma en que entendemos los problemas del mundo cambiante de hoy nos ayuda a enmarcar nuestras investigaciones, la forma en que los movimientos agrarios entienden la dinámica actual de la transformación agraria les ayuda a enmarcar sus luchas políticas.

Capítulo 2

La política de la tierra

Introducción

Las transformaciones agrarias más amplias están determinadas por la política de la tierra; a la inversa, la política de la tierra está determinada por transformaciones agrarias más amplias. Puede decirse que las transformaciones agrarias son verdaderamente globales cuando los procesos sociales en el Norte global son tan atractivos de examinar como los del Sur (Van der Ploeg, 2008; Hisano *et al.*, 2018, Magnan *et al.*, 2022) y cuando el contexto y el objeto de las luchas por la tierra se han visto alterados. Uno de los resultados de estos cambios es la diversificación de los problemas mundiales alrededor de la tierra que han afectado la forma en que se enmarcan y persiguen las luchas por ella. Esto, a su vez, tiene importantes implicaciones para la manera en que concebimos la investigación activista en relación con los problemas y las luchas por la tierra.

La actual fiebre mundial por la tierra

El régimen alimentario mundial ha ido evolucionando desde el colapso del “segundo régimen alimentario” a principios de la década de 1970 (Friedmann y McMichael, 1989; McMichael, 2013,

McMichael, 2020). Sus últimos cambios han coincidido con la convergencia de múltiples crisis en torno a los alimentos, la energía, el clima y las finanzas. Un tema central en las actuales narrativas dominantes sobre las crisis se sustenta en el supuesto que plantea la economía dominante de que parte de la solución a las múltiples crisis reside en la existencia de tierras marginales, infrautilizadas, vacías y disponibles (Deininger, 2011).⁷ La idea principal es responder a las crisis mediante un uso más eficiente de este tipo de tierras con el propósito de producir materias primas (por ejemplo, alimentos o biocombustibles) a través de una agricultura climáticamente inteligente,⁸ y con la demarcación y el aseguramiento de sumideros de carbono. Quienes defienden esas ideas expresan que esto podría hacerse sin desplazar a las comunidades locales por el supuesto de que las tierras destinadas para ello están vacías o infrautilizadas. Ese supuesto y el llamamiento a la acción que conlleva marcaron el comienzo de la era del acaparamiento mundial de tierras contemporáneo (Cotula, 2013).

Aunque estas ideas reconocen que hay muchos problemas alrededor de los procesos y resultados de los negocios de tierras a gran escala, los pensadores de la corriente dominante creen que pueden gestionarse al implementar acuerdos “donde todos ganan”, al promover “negocios y derechos humanos” y “responsabilidad social empresarial” como estrategias intermedias para ampliar los negocios, al respetar los derechos humanos y garantizar los medios de subsistencia de los pobres.⁹ Esto ha llevado a la proliferación de iniciativas voluntaristas de autorregulación empresarial como la Mesa Redonda sobre el Aceite de Palma Sostenible, y muchas otras, así como a una manipulación generalizada del espíritu y la intención

⁷ Para críticas, véase White *et al.* (2012), Wolford *et al.* (2013) y Montefrío y Dressler (2016).

⁸ Para críticas, véase Clapp *et al.* (2018), Newell y Taylor (2018) y Taylor (2018).

⁹ Para una visión crítica, véanse Claeys (2015), Claeys y Edelman (2020) y Monsalve (2013).

del mecanismo de Consentimiento Libre, Previo e Informado (CLPI) (Franco, 2014). Estas iniciativas han legitimado, en parte, el actual acaparamiento de tierras de empresas y Estados nacionales, y han abierto la puerta a que otros sigan su ejemplo en el marco de la actual fiebre mundial por la tierra.¹⁰

En realidad, la superficie de tierra objeto de dicha fiebre mundial podría haber sido mayor de lo que muchas de las estimaciones han calculado, acercándose probablemente al menos a un cuarto de billón de hectáreas. En un artículo reciente hemos explicado las razones de los llamados “acuerdos de tierras fallidos” (Borras *et al.*, 2022b). También es probable que la fiebre por la tierra siga ganando impulso dadas las soluciones al cambio climático enfocadas en ella que se están adoptando en los procesos de la Conferencia de las Partes (COP) de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) (Franco y Borras, 2021; McElwee, 2022).

La política alrededor de la tierra vuelve a estar en el foco de los análisis en gran parte debido a la fiebre mundial por la tierra. La visión dominante que enmarca la dinámica actual del acaparamiento mundial de tierras se basa en dos narrativas que se refuerzan mutuamente y que están ancladas con firmeza en las economías neoclásica y neoinstitucional, a saber, que determinados tipos de sistemas de producción agraria, usos y usuarios de la tierra —la agricultura campesina, en especial la agricultura itinerante, el pastoreo móvil y la pesca artesanal—, muchos de los cuales incluyen acuerdos de tenencia consuetudinarios (véase Peters, 2022), son *ineficientes* desde el punto de vista económico y *destructivos* desde el punto de vista ecológico.

Afirmar que las instituciones que median en el acceso y control de la tierra y la forma en que se orienta y organiza la producción en las sociedades campesinas y pastoriles son económicamente

¹⁰ Para una visión crítica general sobre esquemas voluntarios de responsabilidad social empresarial basados en el mercado, véase O’Laughlin (2008), de Schutter (2011) y Tsikata y Yaro (2014); para un estudio de caso local, véase Thuon (2018).

ineficientes ha permitido que el argumento de la eficiencia se convierta en una de las narrativas más poderosas que justifican, implícita o explícitamente, la actual fiebre mundial por los recursos. Esta narrativa sugiere que, si bien la economía campesina y pastoril puede ayudar a los aldeanos rurales pobres a autoabastecerse, no podrá alimentar a la creciente población mundial que ahora se ha vuelto en su mayoría urbana.

La otra afirmación, antigua pero persistente, califica de ecológicamente destructivas algunas formas de producción rural. En el pasado, las principales organizaciones conservacionistas y los Estados centrales lanzaron campañas para deslegitimar e ilegalizar las prácticas tradicionales de agricultura itinerante, ganadería, pesca artesanal y ocupación de los bosques. Asimismo desplegaron diversos planes basados en versiones refritas de la agricultura y la ganadería sedentarias, utilizando a menudo el atractivo de los títulos de propiedad de tierras individuales para convencer a las comunidades de aceptarlos. Ese tipo de campañas han llevado a la disrupción de los medios de subsistencia y el desplazamiento de comunidades rurales del Sudeste Asiático, el África subsahariana y América Latina. No obstante, muchas comunidades agrícolas y de pastores han resistido y persistido. Hoy, en un esfuerzo por resucitar viejas tácticas, la narrativa dominante ha encontrado una nueva justificación en el discurso de la mitigación y adaptación al cambio climático. La agricultura itinerante, por ejemplo, se presenta como una de las causas del cambio climático y, por tanto, como un método de cultivo al que hay que poner fin.

Las narrativas que aluden a la producción campesina y pastoril como económicamente ineficiente o ecológicamente destructiva son poderosas. Cada vez más ambas se fusionan, lo que justifica la necesidad de arrebatar recursos (tierra, agua, bosques) a las comunidades rurales pobres (Franco y Borras, 2019; Paprocki, 2019). En el contexto de las reivindicaciones políticas concernientes a la tierra, esta evolución reciente ha alterado la base de las políticas

redistributivas de tierra. La reforma agraria convencional se basa principalmente en la idea de redistribuir grandes latifundios entre campesinos que antes carecían de tierra o se encontraban en una situación precaria respecto al acceso a tierra, para crear una masa de pequeñas unidades de producción familiar o colectivos agrícolas estatales, o ambas cosas, y esto se enmarca en gran medida como una cuestión de eficiencia económica y productiva (Griffin *et al.*, 2002).

El nuevo contexto se basa en la reforma agraria convencional, pero va mucho más allá, al impulsar luchas simultáneas por la tierra bajo las banderas de la “justicia agraria” y la “justicia climática” (Newell, 2022) o incluso, de hecho, por la “justicia climática agraria”, al subrayar la creciente inseparabilidad de esas luchas.

La fiebre contemporánea por la tierra es mundial en el sentido de que se está produciendo tanto en países pobres en vías de desarrollo y en países de la OCDE, como en China, Brasil e India, que son sede de corporaciones acaparadoras de tierra.¹¹ Además implica el acaparamiento de una gama más amplia de recursos naturales que han sido utilizados por las poblaciones locales, no sólo para la producción económica (por ejemplo, tierras de cultivo), sino también para la reproducción social en un sentido más amplio.

Si bien la fiebre por la tierra se centra en adquirir algún tipo de control sobre ella, la lógica que la impulsa ahora va más allá de la tierra para la agricultura en el sentido convencional e involucra diversos mecanismos institucionales (Borras *et al.*, 2012), como la agricultura por contrato (Oya, 2012; Nino, 2017). En adición, se están acaparando el agua, los bosques, los minerales del subsuelo y otros recursos.¹² Del mismo modo, la actual fiebre por la tierra no

¹¹ Para Europa, véase el informe del TNI sobre acaparamiento y concentración de tierras (Franco y Borras, 2013) y Van der Ploeg *et al.* (2015); véase también Andreas *et al.* (2020) sobre India y China; Visser *et al.* (2012) sobre Rusia; Ashwood *et al.* (2020) sobre Estados Unidos; y Xu (2019) sobre China.

¹² En cuanto al agua, véanse Mehta *et al.* (2012), Woodhouse (2012) y Franco *et al.* (2013); sobre bosques y acaparamiento verde, véanse Benjaminsen y Bryceson (2012) y Fairhead *et al.* (2012); sobre mano de obra, véase Oya (2013); acerca de las diversas

tiene que ver solamente con aquella destinada a la agricultura, pues buena parte de las que están en disputa incluyen tierras rurales no cultivables, como los territorios de los pueblos indígenas y los espacios rurales (Moreda, 2017; Brent, 2015). Estas tierras son codiciadas para diversos fines, como la vivienda, iniciativas de mitigación y adaptación al cambio climático como presas hidroeléctricas, parques eólicos e iniciativas para la captura de carbono, así como para satisfacer un creciente interés por la agricultura urbana y los espacios verdes comunitarios (Dunlap, 2018; Stock y Birkenholtz, 2021; Torres Contreras, 2021). Algunos enmarcan dicha transformación agraria actual en el contexto del extractivismo.¹³ De ese modo, muchos de los problemas que se plantean son viejos problemas que tienen lugar en nuevos contextos, mientras que otros resultan ser nuevos problemas que se plantean en viejos contextos.

Ampliando el alcance de la política de la tierra

Uno de los resultados de la transformación de la política mundial de tierras es que se ha reafirmado la relevancia de la reforma agraria convencional, pero al mismo tiempo se ha reducido su importancia relativa. Hoy día, las problemáticas contemporáneas alrededor de la tierra pueden agruparse en cuatro categorías o tipos. La reforma agraria convencional, que podría expresarse como “rural-agrícola en el Sur y en el Norte” (tipo I), sólo es relevante para una de las cuatro categorías de la política agraria actual. En términos de investigación académica, esta categoría demuestra la relevancia de las perspectivas

formas de control de la tierra que todas ellas conllevan, véanse Hall *et al.* (2010) y Peluso y Lund (2011).

¹³ La literatura relativa al extractivismo ha experimentado un auge reciente. Para consultar parte de las más relevantes para nuestro argumento, véase Chagnon *et al.* (2022), Nygren *et al.* (2022), Burchardt y Dietz (2014), Veltmeyer y Petras (2014), Arsel *et al.* (2016), McKay (2017), Alonso-Fradejas (2021), Kroger (2021) y McKay *et al.* (2021).

de la economía política en los estudios agrarios que subrayan la trascendencia de comprender la dinámica de la transformación agraria provocada por la penetración del capitalismo en el campo.

Las categorías restantes (tipos II, III y IV), que siempre han existido, pero nunca han sido temas clave en los estudios agrarios, se han vuelto relevantes y relativamente importantes. La categoría o tipo II, “rural-no agrícola/Sur y Norte” se ha convertido, o debería convertirse, en una categoría fundamental para la investigación académica y la acción política en el contexto de la investigación activista agrarista. Esta categoría se vincula con un amplio abanico de iniciativas y proyectos de mitigación y adaptación al cambio climático, en particular la espectacular expansión de iniciativas neoliberales no agrícolas de conservación y captura de carbono; el resurgimiento de proyectos hidroeléctricos y parques solares y eólicos; la expansión masiva de “zonas de no habitabilidad” en “zonas frágiles” debido al cambio climático; y la tierra en el contexto más amplio de la reproducción social, incluida la tierra para huertos familiares, huertos domésticos, etcétera (véase Shah y Lerche, 2020; Borras *et al.*, 2021; Cousins, 2022). La enorme cantidad de población rural directamente afectada por esas políticas e iniciativas y la lógica que las sustenta exige la plena incorporación de esta categoría en los estudios agrarios críticos.

La cuestión de los vínculos rural-urbano y agricultura-industria (Kay, 2009)¹⁴ continúa siendo relevante y los últimos acontecimientos la han hecho aún más indispensable tanto en los estudios agrarios clásicos como en los críticos (Borras, 2023; Pattenden, 2023). Los recientes cambios demográficos y en los patrones de acumulación de capital han alterado algunos de los intercambios y flujos tradicionales entre las zonas urbanas y rurales, incluidos los relacionados con la tierra, el trabajo, la vivienda, los alimentos, el agua, los bosques, el medio ambiente y las finanzas. Las categorías rural y urbana nunca

¹⁴ Para el caso específico de Rusia véase también Nikulin y Trotsuk (2016).

han estado tan desdibujadas y lo mismo puede decirse de la política en torno a los vínculos entre lo rural y lo urbano. Además, y lo que es aún más significativo, el corredor rural-urbano se ha convertido en un lugar clave para las actividades productivas y de reproducción social de muchos sectores de las clases trabajadoras, o “clases del trabajo” (Bernstein, 2006; Pattenden, 2023; véase también Borrás *et al.*, 2021).

En ese sentido, los problemas correspondientes a las categorías restantes, tipo III “urbano-agrícola/Sur y Norte” y tipo IV “urbano-no agrícola/Sur y Norte” se han hecho importantes a medida que el capital intenta apoderarse de tantos recursos, espacios y personas como puede para desarrollar nuevos procesos de acumulación y en un contexto en el que trabajadores han llevado varios aspectos de las prácticas agrarias a los espacios urbanos (McClintock, 2014; Roman-Alcalá, 2015; Jacobs, 2018; Siebert, 2020). Además, en las últimas dos décadas, hemos evidenciado una explosión de conflictos por la tierra en todo el mundo que tienen una base urbana/periurbana y que involucran cuestiones agrícolas y no agrícolas.

Desde la perspectiva de los estudios agrarios clásicos, el principal antagonismo en el campo se presentaba entre los campesinos y las clases terratenientes (o el Estado, representante de los intereses terratenientes) y se centraba en la agricultura y elementos más amplios del desarrollo económico nacional. En la actualidad, los antagonismos enraizados en la tierra son más plurales y diversos. Las clases terratenientes, incluidos los latifundistas y propietarios de plantaciones agroindustriales, siguen atrincheradas al conformar un sector reaccionario clave en muchas sociedades. Sin embargo, el contexto actual ha traído otras fuerzas sociales que son igual o más despiadadas. Entre ellas se encuentran las nuevas corporaciones acaparadoras de tierra, tanto transnacionales como nacionales, los compradores de tierras individuales no corporativos pero omnipresentes en el nivel transfronterizo, como agricultores, intermediarios, arrendatarios, estafadores, timadores o la “mafia de la tierra” (Sud, 2014; Levien, 2021), entidades financieras que incluyen fondos de pensiones (Sauer y Leite, 2012;

Clapp, 2014; Fairbairn, 2014, 2020; Isakson, 2014; Visser *et al.*, 2015; Sosa y Gras, 2021), cadenas de supermercados e “imperios alimentarios” (Van der Ploeg, 2008; Arboleda, 2020), el uso de tecnología digital hipermoderna en los sistemas agrarios y alimentarios (Fraser, 2019; Carolan, 2020), una serie de inversores agrícolas no tradicionales que van desde empresas automovilísticas hasta procesadores de ganado (Franco *et al.*, 2010), junto con grandes conservacionistas (Brockington y Duffy, 2011; Arsel y Büscher, 2012; Büscher *et al.*, 2012; Temudo, 2012; Pellegrini *et al.*, 2014). La mayoría de la tierra declarada objetivo por las fuerzas acaparadoras es reclamada por el Estado central, lo que lo convierte en una suerte de agente inmobiliario enfocado en grandes extensiones de tierra que permite y facilita el acaparamiento al recurrir a menudo a la coerción extraeconómica (Levien, 2013; Wolford *et al.*, 2013; Andreas *et al.*, 2020).

En contextos en los que se necesita la tierra, pero no a las personas, como apunta Tania Li (2011), es probable que las poblaciones locales sean expulsadas de sus tierras. Tal circunstancia es en especial relevante en medio del aumento de diversos tipos de plantaciones contemporáneas (Ito *et al.*, 2014; Hall *et al.*, 2017; Li y Semedi, 2021), lo cual ha inspirado un creciente interés multidisciplinar por la vida en las plantaciones y ha llevado a la proposición de categorías y perspectivas como la del “plantacionoceno” (Davis *et al.*, 2019; Wolford, 2021; Wang y Xu, 2022). Sin embargo, el capital no está comprometido con un mecanismo o forma particular de control de la tierra siempre y cuando su emprendimiento genere ganancias. Por lo tanto, el despojo de tierras puede deberse a relaciones de mercado y a una variedad de mecanismos de control y acaparamiento que con frecuencia implican coerción extraeconómica (Grajales, 2011; Levien, 2018), como aquellos casos en los que los habitantes rurales no son expulsados de la tierra en absoluto, sino que son cooptados por las empresas capitalistas emergentes.

Todas esas dinámicas han reavivado viejos y provocado nuevos ejes de conflicto político, y han generado una serie de respuestas

desde abajo (Adnan, 2013; Borrás y Franco, 2013; Hall *et al.*, 2015; Fameree, 2016). Cuando los grandes negocios de tierras llegan al terreno, repercuten en comunidades socialmente diversas y diferenciadas, afectan a diversos grupos sociales de distintas maneras, lo que provoca reacciones políticas que tienen dinámicas múltiples, complejas y a menudo contradictorias en términos de clase y ejes de diferenciación como la raza, etnia, casta, género, generación, religión y nacionalidad (véase, por ejemplo, Gyapong, 2019).

Las dinámicas políticas de las cuatro categorías descritas se refieren en lo fundamental a la política de la tierra, pero no pueden subsumirse en las narrativas convencionales ni en la agitación política del pasado. Las estructuras sociales e instituciones implicadas son significativamente diferentes de las asociadas a las narrativas convencionales en torno a la política de la tierra. Por ende, si bien las viejas formas de plantear preguntas siguen siendo pertinentes, también surgen otros campos de interés¹⁵ que amplían el ámbito de los estudios críticos agrarios para incluir campos que normalmente no se consideran parte de ellos, como el pastoralismo (Scoones, 2021), la migración y los trabajadores agrícolas migrantes (Corrado *et al.*, 2016; Delgado-Wise y Veltmeyer, 2016; Xiuhtecutli y Shattuck, 2021; Pelek, 2022), el trabajo (Oya, 2013; Chambati, 2017; Pye, 2021), o la producción económica y la reproducción social (Pattenden, 2018; Shah y Lerche, 2020; Cousins, 2022).

Aunque las herramientas clásicas de análisis siguen siendo relevantes, se necesitan con urgencia herramientas que aún están por ser imaginadas o creadas si queremos comprender mejor los significados y las implicaciones de lo que está ocurriendo en el frente global por la tierra. La mayoría de los movimientos agrarios progresistas enmarcan sus luchas por la tierra dentro de las luchas convencionales por la “reforma agraria”, con cierto énfasis adicional en el “territorio”

¹⁵ Algunos estudios clave son Deere (1995), Agarwal (1994), Bernstein y Byres (2001), Wolford (2005, 2010), Scoones (2009a, 2015), Akram-Lodhi y Kay (2010a, 2010b), Shah y Harriss-White (2011) y Moyo *et al.* (2013).

para los pueblos indígenas (Rosset, 2013), e incluso los movimientos nacionales contemporáneos mejor organizados siguen centrándose en gran medida en cuestiones de tipo I (rural-agrícola).

Si definimos la investigación activista como algo que se limita a comprometerse con los movimientos agrarios organizados e inspira su quehacer en las proposiciones de esos movimientos, entonces la investigación activista reflejaría, en el mejor de los casos, la situación actual de los movimientos agrarios existentes. Esto entrañaría que la investigación activista tendría que contener sus actividades al limitarse a reproducir el llamamiento a una reforma agraria convencional y, en consecuencia, centrarse en el tipo I, como es el caso hoy día. Sin embargo, existen muchas sociedades y contextos en los que hay cuestiones de tierras apremiantes que no son abordadas políticamente por ningún movimiento social por diversas razones, entre ellas, la ausencia de movimientos establecidos o una contienda política organizada, o situaciones en las que dichas contiendas son demasiado locales, de pequeña escala y aisladas (Malseed, 2008). Esto plantea un dilema complicado: ¿qué hacer en situaciones en las que el trabajo de investigadores-activistas (incluido, por ejemplo, el análisis fundamentado de los problemas y el apoyo para enmarcar de manera teórica las reivindicaciones y ampliar el alcance de las movilizaciones políticas) es más necesario, pero no existen movimientos organizados de las clases trabajadoras rurales?

Si el principal punto de entrada de los investigadores-activistas en el trabajo de base es únicamente a través de los movimientos organizados, entonces es probable que su trabajo sea escaso en los lugares donde más se requieren. En la tipología sobre problemas, luchas y movimientos relacionados con la tierra que hemos analizado con anterioridad, queda claro que la política de la tierra se ha diversificado, sin embargo, los movimientos por la tierra han permanecido concentrados en el tipo I (rural-agrícola). Si nuestra idea de investigación activista, luchas y movimientos por la tierra es interactiva, los investigadores-activistas deberían conceder la misma importancia a

los entornos en los que no existen movimientos organizados. Esto significa que los investigadores-activistas deberían trabajar en los cuatro tipos ideales de la política de la tierra y abordar las situaciones particulares que emergen en los escenarios de cada tipo, donde la presencia de movimientos agrarios organizados es relativamente escasa pero necesaria. Volveremos a este asunto en el capítulo 3 cuando hablemos del “vanguardismo” y el “seguidismo” entre la investigación activista y los movimientos agrarios.

Movimientos por la tierra

El contexto cambiante de la política de la tierra, analizado en la sección previa, tiene implicaciones de gran alcance para el surgimiento de los movimientos agrarios, la evolución de su carácter político y la construcción de movimientos y acciones colectivas. Se han producido dos transformaciones políticas clave en los movimientos agrarios durante las últimas dos o tres décadas que requieren una breve consideración: la transnacionalización y la ampliación de los movimientos por la tierra.

Transnacionalización

La globalización neoliberal ha tenido, y sigue teniendo, repercusiones de gran alcance sobre los trabajadores de todo el mundo y ha provocado diversas reacciones desde abajo. Para el campesinado y el mundo rural estos impactos han sido en su mayoría negativos. Se trata de un contexto trascendental para la transnacionalización de muchos movimientos de justicia social, incluidos los que participan en las luchas agrarias (véase, por ejemplo, Keck y Sikkink, 1998; Tarrow, 2005; Baksh-Soodeen y Harcourt, 2015). No obstante, los estudios agrarios clásicos acerca de la política de los movimientos agrarios casi siempre se centraron en los niveles local y nacional,

haciendo énfasis en la dinámica política entre lo local y lo nacional, dado el aislamiento geográfico y político de muchas sociedades campesinas con respecto a los centros de poder estatal, que son un punto de referencia clave para los movimientos agrarios.

A partir de la década de 1980 el neoliberalismo ha ejercido una fuerte presión a los Estados nación desde tres direcciones: desde abajo, a través de un impulso generalizado hacia la descentralización política y fiscal y administrativa; desde los costados, mediante una fuerte privatización de las estructuras y responsabilidades de gobierno; y desde arriba, con la globalización y la cesión parcial de importantes poderes estatales a instituciones intergubernamentales y financieras internacionales. Así pues, los Estados nación y los modos de gobernanza se han visto alterados significativamente, pero también lo han hecho la sociedad civil y los movimientos agrarios (McKeon, 2009). Lo anterior tiene repercusiones de gran alcance en las cuestiones de la tierra y su relación con el Estado y la autoridad (Lund, 2016). Además, al considerar que los Estados representan un punto de referencia central para los movimientos agrarios, su transformación ha conducido a la transformación de los movimientos.

En ese sentido, muchos movimientos han seguido las mismas tres trayectorias de transformación que los Estados nación. Algunos movimientos agrarios se centraron en luchas políticas asociadas con ámbitos subnacionales y locales, mientras que otros siguieron el camino de la privatización y se insertaron en el emergente complejo de iniciativas de sustitución del Estado, como la microfinanciación y las asociaciones autónomas de regantes. Otros cruzaron audazmente las fronteras y crearon redes y coaliciones internacionales, pero abandonaron los frentes locales y nacionales. Muchos movimientos agrarios abandonaron el foco de lo nacional, pero no todos, unos intentaron establecer un hilo político y organizativo común que aglutinara movimientos y acciones colectivas desde las comunidades locales hasta el ámbito nacional e internacional. Este tipo de movimiento social (agrario) se ha convertido en una red vertical (Gaventa y Tandon,

2010). Entonces, podemos decir que existe un patrón similar en la política de la tierra concerniente a los movimientos por la tierra, al menos en lo que se refiere a las luchas locales y nacionales por la tierra (Lund, 2021).

El grupo políticamente más coherente y significativo entre estos MAT contemporáneos es La Vía Campesina creada en 1993. Sus bases son diversas en términos ideológicos, pero su liderazgo global ha estado influenciado con firmeza por “populistas agrarios radicales” ampliamente inspirados y formados, explícita e implícitamente, por conjuntos combinados de ideas marxistas y chayanovianas. Sumado a esto, la dirección actual está comprometida a profundidad con la noción de “autonomía” de los movimientos agrarios respecto a los partidos políticos,¹⁶ y una de las campañas globales que La Vía Campesina ha encabezado desde los 1990 ha sido la de la reforma agraria, basándose en el marco convencional de la reforma redistributiva, como ya se comentó.

Diversificación de las disputas por la tierra, las luchas y los movimientos

Como consecuencia de las transformaciones en el contexto mundial, los movimientos por la justicia social interesados en las luchas por la tierra no se limitan a los movimientos de agricultores que reclaman una reforma agraria para establecer pequeñas unidades productivas familiares. Lo que estamos presenciando es la aparición de movimientos sociales que reflejan el carácter cambiante de la política de la tierra y la vida social. La penetración capitalista en el campo toma varias formas y adopta nuevos mecanismos, incluidos los que están discursivamente vinculados a los imperativos del cambio climático, como las grandes iniciativas de conservación, los cultivos y materias

¹⁶ Para algunos relatos históricos útiles sobre el surgimiento de La Vía Campesina y sus características principales véanse Desmarais (2007), Wittman *et al.* (2010), Martínez-Torres y Rosset (2010) y Edelman y Borras (2016).

primas flexibles, y la expansión urbana y periurbana para bienes raíces residenciales, comerciales o industriales, así como enclaves turísticos, entre otros (Zoomers, 2010; Ojeda, 2012). Esto, a su vez, ha provocado reacciones por parte de una serie de grupos y clases sociales enfrentados a una variedad de conflictos por la tierra, que en parte se manifiestan en las movilizaciones y reivindicaciones políticas emergentes en torno a temas rurales agrícolas, rurales no agrícolas, así como urbanos agrícolas y no agrícolas en el Sur y el Norte global.

Movimientos agrarios y producción agrícola

Los movimientos orientados a la agricultura en el Sur y el Norte global siguen siendo un tipo clave de movimiento agrario en la actualidad. Al igual que en el pasado, las movilizaciones gravitan en torno a las disputas sobre la propiedad y los problemas alrededor de la producción, con todo, los movimientos agrarios contemporáneos fuertemente orientados hacia las luchas por la reforma agraria son comparativamente escasos. Ha habido movimientos agrarios de carácter nacional con un impacto importante en su contexto, atrayendo la atención e inspirando iniciativas en el nivel internacional (Moyo y Yeros, 2005). Entre los numerosos movimientos agrarios nacionales organizados que harían parte de esta categoría se encuentran el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) de Brasil (Wolford, 2010) y Colombia (Coronado, 2022; Sankey, 2022); varios movimientos agrarios organizados en Indonesia (Bachriadi, 2010; Lund, 2021) y la India (Levien, 2018); reclamantes de tierras organizados y sin estructuras en Zimbabue (Moyo, 2011); y movimientos agrarios que emplean diversas estrategias de reclamación en Filipinas (Franco, 2008a, 2008b). Existen otros países, como Sudáfrica (Kepe y Hall, 2018) y Etiopía, en los que la tierra ha sido el centro de grandes conflictos y donde los protagonistas clave son una combinación de ONG, instituciones de desarrollo y académicos radicales en lugar de movimientos campesinos con estructuras organizativas

nacionales. De igual modo, hay países entre estas dos categorías, que tienen niveles significativos de participación de los incipientes movimientos nacionales por la tierra en las contiendas políticas en torno a ella, aunque no cuenten con niveles organizativos muy desarrollados, tal es el caso de Myanmar desde 2010 hasta el golpe militar de febrero de 2021 (Ra y Ju, 2021).

Además, el aumento de la concentración de tierras en el Norte ha suscitado el interés e incidido en el incremento de movilizaciones de agricultores en esas regiones. En parte, esto se ha desencadenado por las asignaciones sesgadas de subsidios a las explotaciones medianas y grandes con poder comercial, así como a los gigantes industriales de la alimentación y la agroindustria, y por la incapacidad de los jóvenes que aspiran a ser agricultores para acceder a la tierra o entrar en el sector agrícola, según se destaca en un estudio multinacional de la Coordinadora Europea Vía Campesina y el TNI (Franco y Borrás, 2013; van der Ploeg *et al.*, 2015). El contexto específico de los antiguos países socialistas del Norte, por su parte, ha abierto nuevos debates y movilizaciones en torno a las políticas públicas alrededor de la tierra y los movimientos agrarios, descritos por Mamonova (2015) sobre Ucrania, Visser *et al.* (2012) sobre Rusia, y Magnan *et al.* (2022) sobre Canadá.

Múltiples movimientos agrarios contemporáneos se han movilizadо alrededor de cuestiones relacionadas con la producción y el comercio, en concreto los organismos genéticamente modificados y la biotecnología, la captura corporativa de la agricultura, el comercio, la Organización Mundial del Comercio (Bello, 2003), y por la construcción de sistemas agrícolas y alimentarios alternativos, así como por la soberanía alimentaria. Unos cuantos movimientos, como el MST de Brasil, lograron combinar movilizaciones por la tierra con temas productivistas y las organizaciones de agricultores del Norte se han mostrado especialmente activas referente a estas cuestiones. Sin embargo, mientras que las movilizaciones con respecto al comercio internacional, la biotecnología/los transgénicos y la captura

corporativa de la agricultura fueron especialmente grandes en la década de 1990, en los últimos años hemos asistido a una relativa disminución de las movilizaciones de masas y la agitación orientadas a estas cuestiones. Ahora bien, queda por ver si las protestas de los agricultores de 2020-2021 en la India resultan ser una excepción a la regla, o la señal de una renovada atención a dicho tipo de reivindicaciones (Baviskar y Levien, 2021; Jodhka, 2021; Kumar, 2021; Lerche, 2021).

De manera complementaria, existen elementos directamente relacionados con los asuntos agrarios que deberían formar parte de las luchas de los movimientos agrarios, pero que no se abordan de forma suficiente y coherente. El marco dominante de la reforma agraria que los movimientos agrarios heredaron de las luchas agrarias clásicas se centra en la transformación de las relaciones de propiedad en las tierras productivas, lo cual se trata de un marco económico centrado en la producción. Para nosotros, tiene que ver con una perspectiva necesaria aunque insuficiente para entender los problemas y las luchas por la tierra hoy día, ya que en muchas sociedades si no en la mayoría, la tierra también es fundamental para las necesidades de reproducción social de los trabajadores rurales.

En las zonas rurales, además del acceso a las tierras de cultivo, la tierra también significa el acceso a los siguientes elementos, o a una combinación de ellos: parcelas familiares; huertos familiares; huertos comunitarios; bosques comunitarios; agua de río, lago o manantial; parques públicos para los niños; terrenos espirituales; zonas comunes de pastoreo; rutas para desplazamientos más seguros y cortos; etcétera. La falta, pérdida o disminución brusca del acceso a todos o a varios de ellos posee diversos grados de impacto negativo en la capacidad de un hogar para reproducir su fuerza de trabajo y garantizar las necesidades básicas para el sostenimiento de la vida, es decir, alimentos, ropa, vivienda y cuidados. Lo que ocurra con el grado de acceso de un hogar a una serie de tierras para la reproducción social repercutirá en su capacidad para realizar

tareas en la esfera de la producción, pues las esferas de producción y reproducción social se constituyen mutuamente (Bhattacharya, 2017; Pattenden, 2018; Shah y Lerche, 2020; O’Laughlin, 2021; Cousins, 2022). Por tanto, las cuestiones relacionadas con la tierra deberían entenderse de esta manera y, consecuentemente, las luchas por la tierra deberían enmarcarse así.

Si dibujamos un mapa del acceso a la tierra y los medios de vida de los hogares campesinos desde una perspectiva centrada en la producción, con rutas de acceso ilustradas gráficamente mediante líneas, será una visión minimalista: una parcela campesina y un terreno de cultivo. Empero si dibujáramos un mapa del acceso a la tierra y los medios de vida desde una perspectiva que integre la producción y la reproducción social, tendríamos sobre el tablero una figura compleja en forma de red que nos demostrará gráficamente la artificial, aunque desastrosa, separación que se pretende hacer entre las complejas relaciones socio-agroecológicas y los medios de vida campesinos. En ese sentido, abordar el tema de la tierra desde una perspectiva que combine las esferas de la producción y la reproducción social significa definir el acceso a la misma como “una serie de accesos a una serie de tierras y recursos naturales” (Ribot y Peluso, 2003; Borrás *et al.*, 2021). Tal perspectiva permite situar mejor la cuestión de la tierra en proyectos estratégicos como las apuestas de transición hacia la agroecología (Perfecto y Vandermeer, 2010; Altieri y Toledo, 2011; Rosset y Altieri, 2017; Akram-Lodhi, 2021; Holt-Giménez *et al.*, 2021).

Movimientos agrarios no vinculados a la producción agrícola

La necesidad en el Sur y Norte global de movimientos rurales arraigados en el campo cuyo principal interés y reivindicaciones no sean agrícolas es quizá uno de los avances políticos más significativos en el frente rural durante las últimas tres décadas. Es probable que este tipo de movimiento cobre aún más importancia en la era del cambio

climático, la fiebre mundial por los recursos y el auge mundial de la precarización laboral. A medida que el capital amplía el área geográfica de su influencia para abrir nuevos mercados y asegurarse mano de obra y recursos naturales baratos, cuando no gratuitos, más espacios son penetrados por el capitalismo integrando un mayor número de personas a los procesos de acumulación de capital. En este contexto, proliferan los mecanismos y formas de intrusión capitalista en el campo que no tienen que ver con la producción agrícola, algunas de las más destacadas son las grandes iniciativas de conservación relacionadas con los bosques, la pesca, la biodiversidad y la vida silvestre, y los sistemas de compensación de carbono como REDD+ (Reducción de Emisiones por Deforestación y Degradación de los Bosques) y el “carbono azul”. Estos se han visto reforzados política y logísticamente por los discursos dominantes sobre el cambio climático y las políticas emergentes en torno a la mitigación y la adaptación (véase, por ejemplo, Corbera, 2012; Barbesgaard, 2018).

Huelga decir también que muchos de estos grandes proyectos de conservación han ido de la mano de la militarización (Dressler y Guieb, 2015; Verweijen y Marijnen, 2018). Algunos proyectos de desarrollo modernizadores convencionales a gran escala se están etiquetando como proyectos de mitigación del cambio climático, como es el caso de megaproyectos hidroeléctricos, junto a plantaciones industriales de árboles que evidencian una expansión sin precedentes en términos de bosques talados y superficie plantada durante las últimas dos décadas (Hunsberger *et al.*, 2017; Lamb y Dao, 2017; Scheidel y Work, 2018; Borrás *et al.*, 2020). Adicionalmente, existe una tendencia mundial hacia la zonificación y reclasificación de ciertos espacios, en especial en áreas consideradas frágiles debido al cambio climático, lo que ha llevado a la expulsión de las personas o la prohibición del acceso a esos espacios, ya sean tierras, aguas o bosques.

Este tipo de penetración capitalista en el campo ha desencadenado el reciente auge de movimientos por la justicia social, cuyas reivindicaciones y luchas no son principalmente de naturaleza

agrícola-productiva. Por ejemplo, los pueblos indígenas se movilizan para defender su territorio, emergen movimientos de justicia social de las campañas contra el represamiento de los ríos, se intensifican las movilizaciones contra los monocultivos industriales de árboles, las comunidades costeras luchan contra procesos de despojo que se llevan a cabo en nombre de la adaptación al cambio climático, y poblaciones locales establecen movimientos para oponerse a diversas formas de exploraciones mineras intrusivas y extractivas en sus comunidades.

Los discursos dominantes sobre el cambio climático siguen ganando fuerza (Ribot, 2014, 2022; Borrás *et al.*, 2022a), se enmarcan en conceptos amplios como “eficiencia”, “resiliencia” y “escasez” dentro de una perspectiva económica neoclásica o neoinstitucionalista (Scoones *et al.*, 2019; Vigil, 2022). De esa manera, es probable que sigamos atestigüando nuevos procesos de despojo y expulsiones, así como de movilizaciones y contiendas políticas, ello dará lugar a un número cada vez mayor de movimientos que abarcan una variedad de luchas por la tierra, pero que no son de naturaleza estrictamente agraria en términos clásicos. La fusión o integración de campañas y movimientos agrarios, medioambientales y de justicia climática es un resultado emergente de estas transformaciones en el frente rural (Yaşın, 2022).

Existen todavía más cuestiones relacionadas con la tierra en el campo que son de naturaleza no agrícola y que rara vez son abordadas por los movimientos agrarios contemporáneos, ya sea en el trabajo directo de organización y movilización o a través del trabajo de coalición con otros movimientos y grupos políticos. Hay problemas de tierras relacionados con la vivienda para las clases trabajadoras rurales que viven en los centros poblados, o bien en ciudades pequeñas y medianas, cuyos medios de subsistencia no están directamente vinculados a las actividades agrarias. Entre tales personas se encuentran desempleados, en específico jóvenes, vendedores ambulantes, empleados públicos mal pagados, como los barrenderos, trabajadores ocasionales mal pagados del sector servicios, artesanos, mineros artesanales, trabajadores de minas y fábricas, etcétera. Muchos de ellos tienen sus hogares instalados

en espacios sobre los que no tienen seguridad de tenencia, de ahí que les urja luchar de forma organizada para conseguir o mantener el acceso a la tierra necesaria para sus intereses, pues como se mencionó, el acceso a una serie de tierras es crucial para las actividades de reproducción social. Muchos populistas de derecha contemporáneos enarbolan estos problemas a través del apoyo de diversas comunidades rurales (Edelman, 2021; Scoones *et al.*, 2018).

Ahora bien, este tipo de problemas, aunque relacionados con la tierra, no son de naturaleza agraria y no deberían abordarse desde los marcos tradicionales de los movimientos agrarios, lo que resulta ser un reto para investigadores-activistas. Incluso, estos problemas se han extendido bastante dado el creciente tamaño de las clases trabajadoras rurales precarizadas en el mundo, lo cierto es que resultan ser los menos atendidos por los movimientos anticapitalistas organizados. Así, los movimientos agrarios contemporáneos (y por tanto los investigadores-activistas) tendrán un papel que desempeñar en términos del trabajo para la construcción de coaliciones con estos sectores.

Iniciativas y movimientos urbanos con orientación agrícola

A medida que la expansión urbana y periurbana ha aumentado exponencialmente, las cuestiones rurales y urbanas se entrelazan cada vez más mediante la agricultura y la industria, los flujos de mano de obra y la política alimentaria. A su vez, a medida que más tierras agrícolas son incorporadas a la expansión urbana, más espacios rurales y agrícolas se incluyen en zonas clasificadas oficialmente como urbanas (Jacobs, 2018; Siebert, 2020). De igual forma, poblaciones urbanas se extienden al campo, expandiendo las comunidades suburbanas y periurbanas, como las *dachas* rusas (Mamonova y Sutherland, 2015).

A medida que las megaciudades se congestionan, se observan iniciativas de autoabastecimiento no organizadas por parte de los habitantes de ciudades del Sur y el Norte global. Estas personas

plantan cultivos alimentarios en pequeñas parcelas de tierra dondequiera que se encuentren (bordes de carreteras, márgenes de vías férreas, terrenos baldíos), a menudo de manera informal o ilegal. Dicha práctica es paralela y, en ocasiones se solapa, con un tipo de agricultura urbana más organizada y direccionada (McClintock, 2014). Estos movimientos emergentes son pequeños, dispersos, con frecuencia nebulosos en su estructura y espontáneos en su carácter; no obstante, las iniciativas y lógica que les ha dado origen constituyen un fenómeno interesante que requiere un escrutinio académico y político más minucioso, puesto que existe la posibilidad de que este grupo siga creciendo y su trascendencia política aumente, hecho que provoca que los temas agrarios y las cuestiones urbanas sean más complejas de estudiar (Brenner y Schmid, 2014).

Iniciativas y movimientos urbanos sin orientación agrícola

Finalmente, cabe destacar las emergentes movilizaciones y movimientos urbanos por la tierra que no se centran en la agricultura. Por ejemplo, las poblaciones urbanas costeras de diversos países en desarrollo están siendo expulsadas o viven bajo la amenaza de expulsión por gobiernos que emplean como pretexto discursos sobre la adaptación al cambio climático. El capital sigue tomando espacios verdes de carácter público y asegurándose para sí potenciales parques públicos, mientras los gobiernos utilizan la falta de fondos como excusa para privatizar las tierras públicas restantes o acaparar los bienes comunes y venderlos a la empresa privada. Hemos sido testigos de estas tendencias en el mundo, particularmente en las últimas décadas, y hemos asistido también al aumento de las movilizaciones de las comunidades locales que luchan contra esas formas de despojo. Se trata de conflictos de tierras en espacios urbanos: se abordan de forma distinta a las cuestiones sobre la tierra planteadas desde nociones convencionales en estudios agrarios, pero no dejan de ser preguntas en torno a la tierra.

En resumen, durante las tres últimas décadas, la política de la tierra se ha transformado al igual que las luchas por la tierra. Viejos problemas y conflictos han reaparecido en nuevos contextos, como la persistencia de las luchas por la tierra contextualizadas en reivindicaciones por la reforma agraria centradas en las tierras cultivables y la producción económica, aunque estas luchas son mucho menos numerosas y políticamente más débiles que en el siglo XX. Mientras tanto, nuevos problemas se enmarcan en viejos contextos: por ejemplo, las contiendas políticas acerca de las medidas de mitigación y adaptación al cambio climático ligadas a la tierra se presentan cada vez más como luchas por la tierra que se solapan con luchas agrarias convencionales. Una de las transformaciones más significativas en las luchas mundiales por la tierra es el auge de las luchas por la justicia ambiental (Peluso *et al.*, 2008; Martínez-Alier *et al.*, 2016; Scheidel *et al.*, 2020). Éstas se han extendido a los procesos simultáneos de luchas por la tierra en pro de la justicia agraria y la justicia ambiental y climática. “Justicia climática agraria” es la abreviatura que empleamos para este tipo híbrido, que bien podría definir las luchas por la tierra del siglo XXI (Borras y Franco, 2018; Calmon *et al.*, 2021; Sekine, 2021; Shah, 2022; Yaşın, 2022).¹⁷

Los activistas han luchado por encontrar vías políticas e ideológicas para enfrentar una serie de transformaciones que traen amenazas existenciales para la vida y el sustento de los trabajadores rurales y urbanos de todo el mundo, pero a su vez, las aludidas transformaciones generan oportunidades políticas sin precedentes para las luchas por la justicia social. Este cambiante contexto proporciona un terreno fértil para el auge de la investigación activista vinculada a las luchas agrarias y da forma a su carácter en términos de actores clave, agendas, lugares y formas de entender las luchas por la tierra y la propia investigación activista.

¹⁷ Para la discusión de un marco similar, partiendo del marxismo ecológico y el caso histórico del Dust Bowl, véase Holleman (2018).

Capítulo 3

La investigación activista

Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

Karl Marx

Cuando entro al salón de clases o doy conferencias públicas, trato de aplicar toda la “fuerza de la abstracción” y toda la investigación que pueda, con la esperanza de cambiar la mentalidad de las personas. Para mí, ése es el verdadero compromiso radical. Lo irónico es que para asumir ese compromiso no siempre se establecen los mejores vínculos con activistas u otras personas “ajenas al mundo académico”, e incluso, implica en muchos casos cortar esos vínculos al menos durante un tiempo. Ser solidario, y llevar a cabo el tipo de investigación que podría resultar beneficiosa, a veces requiere volverse solitario, porque sin todo ese tiempo que paso en la biblioteca, en mi hogar, en mi estudio pensando, leyendo y escribiendo, no podría aportar ninguna “fuerza de abstracción” ni hechos convincentes a la lucha. Vale entonces la pena repetir el punto principal: en ocasiones, la mejor manera de que un académico radical “marque la diferencia más allá de la academia”, es precisamente comprometiéndose a llevar a cabo una buena investigación académica de carácter radical y progresista, porque sin investigación radical disminuyen las posibilidades de obtener resultados radicales; esa es la verdadera lección de las largas horas que Marx pasó

en el Museo Británico, y esa es la oportunidad que nos han legado los académicos radicales que nos precedieron. Esa lección, y esa oportunidad, no deben desaprovecharse.

Don Mitchell (2004)

Sigo siendo irreverente. Sigo sintiendo el mismo desprecio y rechazo hacia las llamadas decisiones objetivas tomadas sin pasión o rabia. La objetividad, al igual que la afirmación de que uno es imparcial o razonable, suele ser una postura defensiva utilizada por aquellos que temen involucrarse en las pasiones, las filiaciones, los conflictos y los cambios que conforman la vida; es decir, por aquellos que temen a la vida. Una decisión “objetiva” suele carecer de vida, es académica, y la palabra “académica” es sinónimo de “irrelevante”.

Saul Alinsky (1969: IX [1946])

Estudios sobre la investigación activista

Como se explica al inicio de este libro, los investigadores-activistas son aquellas personas que además de interpretar el mundo a través de la academia, están comprometidas con transformarlo, y, por lo tanto, tienen alguna vinculación con movimientos o proyectos políticos orientados hacia la justicia social. En el marco de este libro, se trata de interpretar e influir sobre el carácter, ritmo y dirección de las transformaciones agrarias, las cuales guardan dentro de sí el objeto de estudio de investigadores-activistas: la política de la tierra. Al mismo tiempo, se intenta reinterpretar y cambiar la base institucional de la política de la producción de conocimiento.

En un sentido amplio y en términos de su base institucional, existen tres tipos de investigadores-activistas, a saber: (I) quienes se encuentran principalmente en instituciones académicas y realizan trabajo activista conectados a un proyecto político o movimiento; (II) quienes se ubican principalmente en instituciones de investigación independientes

no académicas, que realizan trabajo activista y se conectan con un proyecto político o movimiento; y (III) quienes están establecidos principalmente en un movimiento social o proyecto político y desarrollan el activismo académico desde adentro (véase tipología relacionada de Croteau, 2005:32-35). Colectivamente, estos comprenden un subconjunto mucho más pequeño dentro de la noción más amplia de “intelectuales” en el sentido gramsciano (Gramsci, 1971).

La categorización propuesta y utilizada aquí heurísticamente se ha inspirado en parte en Edelman, cuyo enfoque examina la relación entre académicos y activistas en el contexto de los estudios agrarios y el activismo de la siguiente manera:

Parte de una distinción analítica entre tres categorías de personas: activistas de movimientos, investigadores académicos en universidades e instituciones similares, e investigadores profesionales en otro tipo de instituciones, como las organizaciones no gubernamentales (ONG). Sin embargo, a continuación, argumenta que la distinción es en parte heurística, y que las fronteras entre los investigadores activistas y los demás investigadores son en la práctica a menudo difusas. Para empeorar las cosas, o al menos complicarlas aún más, otra heurística útil que se desmorona incluso bajo un escrutinio mínimo resulta ser central para la forma en que se enmarca aquí el problema. Me refiero a que la distinción entre activistas e investigadores (de todo tipo) descansa en gran medida en una distinción espuria entre “hacer” y “pensar”. Aunque tales distinciones son dudosas en la práctica, aún conservan cierto valor analítico en la medida en que los activistas y los investigadores profesionales (tanto académicos como de otro tipo) a menudo ocupan diferentes papeles sociales y espacios institucionales, además hacen hincapié en diferentes tipos de acción social (Edelman, 2009:246).

Al hablar de investigadores-activistas la bibliografía suele referirse a académicos que se vinculan con movimientos sociales o proyectos políticos y en el proceso utilizan esos vínculos para llevar

a cabo investigaciones académico-activistas. Como explica Charles Hale, “todavía se sitúan principalmente en los márgenes de las instituciones dominantes y a menudo prefieren hablar desde estos lugares” (2008:3). Un tema clave de investigación y debate en la literatura es cómo investigadores-activistas surgen y sobreviven, o incluso prosperan, dentro de la academia, las tensiones y sinergias en su compromiso con los proyectos políticos y los movimientos sociales, y las implicaciones de todo ello para la academia y los movimientos. Existe una tendencia implícita en la bibliografía a sugerir que la investigación académica “propriadamente dicha” es, y sólo puede ser, realizada por académicos dentro del mundo académico. Algunas reflexiones importantes sobre la investigación activista y las investigaciones intelectuales del activismo han sido llevadas a cabo por destacados investigadores-activistas que trabajan en el mundo académico, varias de las cuales presentaremos más adelante.

¿Quiénes son los investigadores-activistas contemporáneos? Frances Fox Piven ofrece una perspectiva centrada en los Estados Unidos que resulta útil por su amplia resonancia. Describe a investigadores-activistas como “académicos que quieren que su trabajo sea políticamente relevante (‘relevante’ era el sello de investigadores-activistas en la década de 1970). Se ven a sí mismos como parte de la izquierda política y quieren contribuir a los esfuerzos reformistas de la izquierda” (2010:806). Insiste en que “muchas personas entran en el mundo académico decididas a convertirse en académicos porque quieren ser tanto académicos como activistas”, señalando además que esto se convirtió en una tendencia tras los movimientos de protesta juveniles de las décadas de 1960 y 1970. La autora señala también que la motivación procede de la idea de que “el trabajo académico puede ser útil para abordar los grandes problemas de nuestra sociedad”, y que, por lo tanto, muchos académicos trabajan para influir en la política (2010:806).

Por su parte, Peters sostiene que las tareas habituales de los académicos, incluso cuando son políticamente radicales y relevantes, no les convierten en investigadores-activistas: “Ser activista no significa

estudiar (...) la lucha de otra persona” (2005:46). Por el contrario, “el verdadero activismo significa asumir un reto organizativo, trabajar colectivamente con otros y realizar el lento, pesado y tedioso trabajo de reunir a la gente para lograr el cambio” (2005:46). El argumento de Peters reafirma la relevancia de la academia radical descrita por Mitchell (2004), pero aclara el carácter distintivo de un subconjunto mucho más pequeño de investigadores-activistas. En ese sentido, la investigación activista es una forma de academia radical, pero la academia radical no necesariamente corresponde al tipo de la investigación activista.

En el marco de la generalización del neoliberalismo en las universidades, todas las expresiones académicas radicales provocan inevitablemente tensiones (Castree, 2000; Mitchell, 2004; Burawoy, 2014; Deere, 2018); no obstante, la tensión generada por la investigación activista puede ser diferente. Esto nos lleva de vuelta a Piven, quien nos recuerda que la tensión surge “cuando nos comprometemos con las reivindicaciones más problemáticas en función de los intereses e ideas de los grupos que se encuentran en los márgenes de la vida política, aquellas personas que no tienen voz, y han sido degradadas y explotadas” (Piven, 2010:808). La autora agrega que esto resulta aún más problemático

cuando nos comprometemos con los movimientos a menudo desordenados que intentan promover las causas políticas de estos grupos; cuando juntamos nuestras críticas a las estructuras institucionales que los movimientos intentan cambiar con el compromiso hacia los movimientos mismos (2010:808).

Concluye señalando que “es este tipo de compromiso dividido, entre una carrera académica y el activismo disidente, lo que provoca la reflexión sobre cómo hacer ambas cosas” (2010:808).

David Meyer destaca el reto que supone cumplir ese doble compromiso, dado que los dos espacios tienen requisitos diferentes, aun cuando ambos exijan rigor y honestidad intelectual. Afirma que “un

resultado probable de la separación del interés intelectual sobre el activismo político del propio activismo es que los activistas o académicos que intentan hacer ambas cosas al mismo tiempo no hacen bien ninguna de las dos” (2005:193). Y añade:

El activismo y el estudio académico sobre el activismo se vuelven dicotómicos, de tal forma que los activistas no tienen tiempo para pensar más allá del pragmatismo de la campaña en curso, y los académicos se desvían hacia abstracciones teóricas que, aunque potencialmente útiles para la construcción de conocimiento, están tan alejadas de problemas contemporáneos a menudo urgentes, que sus trabajos son ignorados fácilmente sin más riesgo que para aquellos que los inspiraron inicialmente (2005:193).

La contribución de Hale, elaborada a partir de su propia experiencia en la investigación activista en el contexto de una movilización por la tierra en Nicaragua, coincide con nuestra propia visión de este tema. Hale define la investigación activista como un “método a través del cual afirmamos un compromiso político con un grupo organizado de personas en lucha y permitimos que el diálogo con ellos dé forma a cada fase del proceso” (2006:97). Para él, la doble lealtad —a la academia y a la lucha política— es la característica que define a investigadores-activistas (2006), y sostiene que

estos compromisos políticos duales transforman directamente nuestros métodos de investigación: desde la formulación del tema de investigación hasta la difusión de los resultados exigen colaboración, diálogo y normas de responsabilidad que los métodos convencionales pueden dejar fuera de la ecuación, y de hecho lo hacen con regularidad (2006:104).

Resalta las tensiones: “La doble lealtad a un grupo organizado en lucha y al análisis académico riguroso a menudo no son totalmente

compatibles entre sí. Están en tensión y, a veces, la tensión se convierte en contradicción absoluta” (2006:105). Pero también indica que la tensión no siempre tiene por qué ser negativa, de hecho

esa tensión suele ser muy productiva. No sólo produce resultados de investigación potencialmente útiles para la lucha política con la que uno se alinea, sino que también puede generar nuevas ideas y conocimientos que desafíen y transformen el conocimiento académico convencional (2006:105).

Concluye volviendo a la posición política e intelectual más amplia de un investigador o investigadora activista. Su argumento es el siguiente:

No todos los métodos de investigación activista son apropiados para todos los proyectos académicos y no todo el conocimiento innovador, radical o transformador se produce de este modo. Más bien, los métodos de investigación activista son una opción entre muchas otras, pero su empleo es especialmente apropiado cuando un grupo organizado en lucha está intensamente interesado en el tema de análisis en cuestión y cuando las propias condiciones de su lucha implican un desafío a los paradigmas analíticos existentes (2006:108).

¿Cómo podemos dar sentido y abordar las tensiones y contradicciones inherentes a esa doble lealtad? Un punto de partida puede encontrarse en la ampliación que hace Piven de la conversación, siguiendo a Alinsky, y tomando una dirección con la que estamos de acuerdo. La autora sostiene que, como investigadores-activistas dentro de la academia “nos enfrentamos constantemente en nuestras rutinas diarias a las recompensas y los castigos repartidos por nuestros colegas y nuestros grupos de referencia académicos más amplios (...) Y diariamente estamos rodeados de las personas que nos recompensarán o nos castigarán” (2010:808).

Cuando ésta es la condición imperante, la presión dentro de la academia para hacer lo que hacen los académicos “normales” se vuelve significativa, por tanto, Piven sostiene que debemos trabajar para configurar el marco institucional en el que pueda florecer el compromiso activista. Asimismo, agrega que “elegimos en mayor o menor medida a nuestros colegas y grupos de referencia, y seleccionamos nuestras asociaciones y revistas”. Además, es estratégicamente importante tener en cuenta “dónde nos situamos en el complejo (...) mundo académico (...) eligiendo dónde nos situamos teniendo en cuenta no sólo el prestigio de la institución, sino cómo afectará a nuestra capacidad para realizar el trabajo político con el que estamos comprometidos” (2010:809).

Los debates de Hale, Piven y otros sobre este tema son importantes para comprender la investigación activista contemporánea. Hale y Piven problematizan el concepto de académico-activista en el contexto de quienes se encuentran situados en instituciones académicas. Esto es, por supuesto, relevante, pero representa sólo uno de los tres tipos de investigadores-activistas mencionados con anterioridad. Aunque es probable que los otros dos tipos (quienes trabajan principalmente en instituciones de investigación independientes y quienes trabajan principalmente en movimientos sociales) sean menos numerosos que quienes trabajan en el mundo académico, su papel es igual de importante desde el punto de vista político y a la hora de analizar la investigación activista en un sentido más amplio.

Los dos últimos tipos desempeñan un papel fundamental tanto en la investigación académica y activista como en el trabajo político y, sin embargo, están infravalorados y poco estudiados. Lo anterior exige una comprensión de investigadores-activistas más amplia e inclusiva que la percepción predominante, pues los investigadores-activistas no universitarios cumplen una función esencial en la producción de conocimiento y la acción política. En líneas generales, se distinguen de sus homólogos académicos, aunque a menudo se solapan con ellos: la frontera entre los distintos tipos

de investigadores-activistas es difusa y porosa, con cruces regulares entre dichos ámbitos.

Derivado de su énfasis en el activismo académico, la mayoría de la literatura sobre el tema da la impresión inadvertidamente de que: (I) los movimientos sociales y las instituciones de investigación independientes son una misma cosa; y (II) el trabajo realizado por investigadores-activistas situados en los dos sitios no académicos no tiene el mismo valor o peso que el trabajo de quienes se sitúan en la academia.

Volviendo a nuestras tres grandes categorías, los investigadores-activistas pueden identificarse en función de su ubicación institucional principal y de su labor intelectual y política principal, pero siempre desde una perspectiva relacional e histórica. Las tres categorías efectúan investigaciones políticamente relevantes y participan en movimientos o proyectos políticos que pretenden interpretar y cambiar el mundo, aunque sus métodos, tradiciones, limitaciones y oportunidades institucionales sean distintos. Por la propia definición de investigación activista, los investigadores-activistas de las tres esferas institucionales interactúan y se influyen mutuamente, por lo que sólo pueden entenderse en un contexto relacional. Además, la investigación activista es producto de su propio tiempo. La investigación activista en el contexto de la revuelta obrera en Europa en 1848 era muy diferente a la investigación activista en torno a la revuelta estudiantil de 1968, y esas dos oleadas pasadas eran diferentes a la de principios del siglo XXI.

Según nuestra experiencia, las instituciones de investigación no académicas, independientes y progresistas son relativamente autónomas y muchas de ellas pueden tener más margen de manobra en lo que respecta a la investigación activista, las estrategias de investigación y la determinación de los fines políticos a los que debe servir la investigación. En general, la mayoría son menos formales y burocráticas, menos enfocadas en los negocios y menos centradas en el rendimiento, los logros y las pretensiones individuales. Al mismo

tiempo, también son bastante diversas: algunas son relativamente conservadoras desde el punto de vista político, mientras que otras son más radicales. Entre estas últimas, unas cuantas han dado cobijo institucional a intelectuales públicos, muchos de los cuales han optado conscientemente por trabajar en entornos menos limitados política e institucionalmente, sin renunciar al rigor de la investigación académica. Entre ellas y ellos se encuentran algunos de los intelectuales públicos más destacados del mundo, quienes han contribuido enormemente a la labor de la investigación activista y que podrían ser más conocidos que muchos de los investigadores-activistas. Existen quienes trabajan de forma más o menos permanente fuera de la academia, mientras que otros entran y salen con regularidad por la puerta giratoria entre el mundo académico y las instituciones de investigación independientes.

Esto demuestra que una contribución significativa a la generación de conocimiento, que sea a la vez académica y políticamente convincente, no es exclusiva de ningún tipo de investigación activista, sino que puede proceder de cualquiera de las tres categorías. Los investigadores-activistas que trabajan en organizaciones de investigación independientes suelen ser muy productivos, a pesar de contar con menos recursos para la investigación, aunque este trabajo no siempre se reconozca y valore de manera adecuada.

La autonomía política y una financiación flexible son características clave que permiten a las aludidas instituciones de investigación independientes realizar sus programas. Por ende, es pertinente analizar brevemente las distintas fuentes de financiación, que repercuten en la autonomía y la capacidad de las instituciones de investigación no académicas y los movimientos sociales. La primera son las cuotas de suscripción y las donaciones individuales periódicas. Son el tipo ideal de financiación, por la obvia razón de que permiten el mayor grado de autonomía en cuanto a cómo se utilizan los fondos y para qué objetivos políticos. El segundo tipo, los fondos procedentes de donantes no gubernamentales, que aumentaron en la década de 1980,

suelen ser relativamente flexibles desde el punto de vista político. Gran parte de este tipo de financiación procede de organizaciones de voluntarios liberales progresistas o de izquierdas que recogen donativos de los barrios mediante campañas de recaudación de fondos.

Un tercer tipo de financiación adopta la forma de fondos gubernamentales canalizados a través de ONG. Esto forma parte de la neoliberalización de la cooperación para el desarrollo iniciada a finales de los 1980, en virtud de la cual parte de la cooperación oficial para desarrollo (COD) de un país se canaliza a través de ONG que, a su vez, desembolsan los fondos a múltiples socios en países pobres. Algunas ONG tradicionales continuaron con sus actividades convencionales de recaudación de fondos mientras recurrían al dinero de la ayuda gubernamental para la mayor parte de su presupuesto total. Este arreglo duró casi tres décadas, pero empezó a erosionarse hace unos años, en parte por las medidas oficiales de austeridad y en parte como reacción gubernamental al lobby ejercido por grupos de extrema derecha en los países donantes. Los fondos también pueden proceder de fundaciones políticas canalizadas a través de ONG, principalmente en Europa. Se trata de una variante del tercer tipo, pero merece la pena mencionarla porque la cuantía de estos fondos se amplía o contrae en función de los resultados de los partidos políticos en las elecciones nacionales: los partidos políticos crean fundaciones que reciben fondos del gobierno, cuya cuantía depende del número de votos recibidos o de escaños parlamentarios obtenidos durante las elecciones. Una quinta fuente de financiación posible es el dinero procedente de fundaciones creadas, por ejemplo, por grandes corporaciones e imperios empresariales. Por último, otra fuente de financiación son las instituciones que conceden becas de investigación, las cuales han tenido tradicionalmente una orientación puramente académica, pero cada vez se abren más a la investigación en general.

Muchas instituciones de investigación cuentan con una combinación de estas fuentes de financiación. La cuestión es que la

evaluación de la autonomía y la capacidad de las instituciones de investigación académico-activistas requiere en parte comprender qué tipo de fondos reciben y de dónde. Esto, a su vez, exige comprender la política del complejo global de fuentes de financiación de las instituciones de investigación independientes, en especial de aquellas que son políticamente radicales. Aunque el tipo de fondos no predetermina el carácter político de las instituciones de investigación académico-activistas, sí tiene cierta influencia. El problema es que la financiación de grupos de investigación políticamente independientes (y en particular radicales) se ha reducido de modo sustancial y sigue disminuyendo en medio del actual auge de partidos y grupos populistas de derechas en algunos de los países clave de donde proceden las organizaciones donantes (Scoones *et al.*, 2018). Incluso en los casos en los que los donantes han seguido financiando el trabajo de investigadores-activistas, los términos del compromiso suelen ser negociados. Este tipo de problema no es exclusivo de investigadores-activistas fuera de la academia: quienes se encuentran en la academia están bajo la presión constante de las instituciones de subvención de investigación, directa o indirectamente, implícita o explícitamente.

Además, el reto para investigadores-activistas que trabajan fuera de la academia no es sólo una financiación estable, sino también la presión que ejercen algunos financiadores y usuarios del conocimiento para que produzcan resultados académicamente rigurosos, mientras sus compañeros y compañeras de los movimientos sociales presionan para que produzcan investigaciones políticamente rigurosas. Así, se enfrentan de modo constante a la disyuntiva ¿son académicos o activistas?, ¿forman parte de una institución de investigación o de un grupo de incidencia política?, ¿cederán a la presión de los financiadores o a las expectativas de los movimientos? Así pues, al mismo tiempo que esta categoría de investigadores-activistas tiene el privilegio de acceder tanto a los movimientos sociales como a los círculos académicos, de igual forma sufren la tensión que viene en

dos direcciones: hacia un mayor rigor académico o hacia un mayor rigor político.

Hay investigadores-activistas que se sitúan específicamente dentro de los movimientos sociales. De las tres categorías de investigadores-activistas, quizá sean los menos reconocidos como tales. Choudry lamenta que la literatura en torno a la academia radical y la investigación activista “rara vez se comprometa con la rica gama de producción de conocimiento desde el interior de los movimientos sociales” (2020:28). Y añade:

De hecho, gran parte de los trabajos sobre la “investigación activista” hacen hincapié en los esfuerzos y experiencias del profesorado universitario o de los estudiantes de posgrado, en las implicaciones que tiene para las carreras universitarias, en su credibilidad dentro de la academia y en las implicaciones para determinadas disciplinas, más que en su uso, relación o relevancia para las luchas por la transformación social (2020:28).

Este tipo de investigadores-activistas no son muchos: no por la razón a la que aludió Gramsci (es decir, que el campesinado no tiene sus propios intelectuales orgánicos), sino por una razón bastante más práctica: no hay estabilidad institucional, ni planes programáticos ni fondos para la investigación académica desde el interior de los movimientos, y no hay una fuente estable de ingresos, ni siquiera la más mínima, para los investigadores.

Aunque permanezcan en el anonimato, muchos de los intelectuales clave de los movimientos, en especial los más veteranos, son quienes dinamizan los agudos análisis y las poderosas posiciones políticas que se atribuyen a los movimientos, y aunque sean escasos, casi siempre hay un núcleo clave de investigadores-activistas internos en los movimientos sociales: activistas que siguen comprometidos y comprometidas con la investigación de rigor académico en medio de su trabajo cotidiano al interior de los movimientos. El trabajo

juicioso que muchos de ellas y ellos realizan permite pensar que el campesinado contemporáneo y sus movimientos han producido sus propios intelectuales orgánicos, en el sentido gramsciano del término (véase también el marco de los “intelectuales populares” de Baud y Rutten, 2004:8; Tadem, 2016).

La atención desproporcionada que se presta en la literatura emergente a los investigadores-activistas situados en la academia impide una comprensión más profunda de la investigación activista en general, y de la investigación activista en instituciones y organizaciones no académicas en particular. La interacción entre las tres categorías de investigadores-activistas está, de igual forma, poco estudiada y comprendida. La figura 1 ilustra posibles puntos y espacios de interacción. La “interacción” puede examinarse desde al menos cuatro perspectivas: compromiso (sin) complementariedad, ausencia de compromiso, cruce/puerta giratoria y presencia en dos o incluso en los tres sitios simultáneamente. Es importante explorar este ángulo porque hay buenas razones para creer que investigadores-activistas situados en diferentes entornos institucionales interactúan y se comprometen en alianzas objetivas y subjetivas en la generación de conocimiento y la acción política, y sospechamos que dicha interacción desempeña un papel mucho más crítico en la investigación académica y el trabajo político de lo que se ha reconocido o admitido hasta ahora.

La discusión anterior nos lleva a los tres elementos que definen la investigación activista, a saber, su naturaleza relacional, histórica y cultural.

Figura 1
Investigadores-activistas
en diferentes esferas institucionales



En primer lugar, la investigación activista es dinámica y no puede congelarse en una categoría que se sitúa entre el tipo ideal del activismo, por un lado, y el tipo ideal de la investigación académica, por otro. El carácter “académico activista” de una relación entre el trabajo académico y el activista es una cuestión de proporción: podría estar más cerca del tipo ideal de activismo político o del tipo ideal de la investigación académica. Definir la investigación activista implica, por tanto, especificar la relación de cada uno con una serie de instituciones y actores dentro y fuera del mundo académico, y con otros investigadores-activistas en diversas esferas institucionales.

En segundo lugar, debido a la inherente fluidez de los individuos, los investigadores-activistas no pueden ser congelados en el tiempo dentro de una categoría concreta. Basarse en impresiones instantáneas significa congelar a un individuo en un momento, lo

que podría dar una imagen poco representativa de su posición en el *continuum* entre los tipos ideales del activista y el académico. Los investigadores-activistas y la investigación activista sólo pueden reconocerse cuando se contemplan desde una perspectiva histórica y sólo entonces pueden situarse en el *continuum*. Hay excelentes investigadores e investigadoras radicales que pueden haber participado en un proyecto de investigación en colaboración con un movimiento radical por la justicia social, por ejemplo, pero este compromiso puntual nunca se repitió. A la inversa, hay investigadores-activistas de larga trayectoria que trabajan como académicos “puros” durante un periodo determinado, desvinculados temporalmente del movimiento político, pasando todo su tiempo en la biblioteca, dedicados a la “abstracción” (Mitchell, 2004); no obstante, sería inexacto concluir sobre la base de este periodo que la persona no es un investigador-activista, sino un académico radical. En ese sentido, es importante considerar que las posibles combinaciones de trabajo activista y académico por parte de un individuo son casi ilimitadas.

En tercer lugar, mientras que podemos ponernos de acuerdo con relativa facilidad sobre una noción universal de investigación académica, con todas las salvedades sobre las tradiciones coloniales y decoloniales, occidentales y no occidentales, y las diferencias disciplinarias, será comparativamente difícil llegar a una noción universal de lo que constituye el “trabajo activista”. Lo último está en parte vinculado a ideas no universales de lo que constituye y define los movimientos por la justicia social y la disputa política. Un tipo ideal de movimiento agrario progresista en América Latina puede parecer diferente —en términos de perfil organizativo, cultura política, estrategias políticas o formas de expresión, y tipos de aliados— a los de África, que a su vez pueden ser diferentes a los de Asia, o a los de Europa Occidental, Europa Oriental o Norteamérica, y diferentes de nuevo a los de la región de Oriente Medio y Norte de África, o a los de China.

Por ejemplo, es inevitable encontrar variaciones en el trabajo entre investigadores-activistas y activistas políticos en el amplio sistema

alimentario (esferas de producción, circulación, intercambio y consumo) en el Norte global. La forma en que se interpretan y activan los principios rectores y los protocolos para realizar el trabajo académico-activista diferirá entre las comunidades, incluso cuando puedan compartir normas que parecen resonar universalmente como “coproducción de conocimientos”, “transparencia”, “participación” y “solidaridad” (Brem-Wilson, 2014; Levkoe *et al.*, 2019; Duncan *et al.*, 2021; Levkoe, 2021; de Wit *et al.*, 2021). Las formas concretas en que surgen y se construyen tales principios rectores y protocolos varían —por ejemplo, entre las antiguas potencias coloniales y las colonias explotadas— y se sustentan (en ese caso) en las relaciones de poder coloniales y poscoloniales. En otras palabras, lo que puede considerarse investigación activista y cultura política en una sociedad no tiene por qué considerarse del mismo modo en otra. La forma en que investigadores-activistas de China conciben, construyen y participan en proyectos políticos como la soberanía alimentaria (Day y Schneider, 2018; Yan *et al.*, 2021) puede ser muy diferente de la forma en que lo hacen en Brasil o Estados Unidos.

El debate sostenido hasta ahora subraya el punto planteado al principio de este libro, a saber, que la investigación activista agrarista tiene características inherentes que no se encuentran en otros tipos de investigación activista; y si se reduce aún más a la investigación activista agrarista en el Sur global, esto es todavía más cierto (véase el manifiesto del Colectivo de Académicos-Activistas Agraristas del Sur o CASAS).¹⁸ Este será el tema principal de la siguiente sección. En última instancia, la investigación activista sólo puede entenderse como algo intrínsecamente relacional, histórico y cultural, de hecho, con algunos paralelismos con la forma en que E.P. Thompson ha definido la clase y la conciencia de clase.

¹⁸ Véase <https://casasouth.org/sample-page/>

La investigación activista en los estudios agrarios críticos

Nuestra discusión se orienta ahora hacia una sección más estrecha de los investigadores-activistas: a saber, quienes trabajan en el área de los estudios agrarios críticos y el activismo del movimiento agrario. No discutiremos en detalle nuestra comprensión del campo de los estudios agrarios críticos, pero nuestro punto de partida es la historización y caracterización ofrecida por Borrás (2023), es decir, un campo de estudios que ha evolucionado desde los estudios agrarios clásicos que tuvieron su época dorada desde los años 1950 hasta la primera mitad de los 1980 y que actualmente se definen por tres características entrelazadas: el compromiso político, el pluralismo y el internacionalismo.

Los términos “investigadores-activistas agraristas” e “investigación activista agrarista” se utilizarán para referirse a este subconjunto de investigadores-activistas, así como a este tipo de trabajo. La inmensa mayoría de investigadores-activistas y movimientos sociales estudiados en la literatura emergente sobre la investigación activista pertenecen a disciplinas que no están directamente relacionadas con los estudios agrarios, y generalmente se centran en temas relacionados con la paz y contra la guerra, el trabajo, la raza, el género y el medio ambiente. No son frecuentes los estudios sobre la investigación activista que toman como contexto aspectos y movimientos agrarios.

Sin embargo, por las razones explicadas, las cuestiones agrarias son fundamentales para entender los problemas globales, por tanto, entender la investigación activista agrarista es clave para comprender mejor la investigación activista en general. En comparación con los activistas que trabajan en otros sectores y sobre otros temas, los investigadores-activistas centrados en los estudios agrarios críticos y con movimientos agrarios pueden enfrentarse a retos adicionales por diversas razones, una de ellas es la “distancia” (geográfica, logística, institucional, intelectual y política). Todavía más, existen retos teóricos y políticos propios de las clases agrarias, como se analiza en el

capítulo 1 concerniente a los puntos de vista perdurables de Marx, Gramsci y los populistas agrarios clásicos.

Es esencial que la investigación activista de carácter agrarista se aborde en referencia a los movimientos agrarios y al debate sobre las alianzas externas, a pesar de —o especialmente debido a— los límites de enmarcar las luchas por la tierra solamente dentro de la categoría de tipo I (rural-agrícola), como se muestra en la discusión del capítulo 2. La organización de la producción y la reproducción social, el empobrecimiento y la explotación del trabajo, la inserción en determinadas estructuras sociales e instituciones agrarias, todo ello conspira para imponer enormes limitaciones y obstáculos a la capacidad de los habitantes rurales de interpretar y cambiar sus condiciones de vida —en concreto a quienes pertenecen a las filas de la clase trabajadora agraria y, en particular, a los grupos sociales excluidos o discriminados. De ahí la necesidad de contar con aliadas y aliados externos que puedan ayudar a abordar dichas limitaciones y obstáculos a las acciones colectivas y, como también hemos comentado, la necesidad de que los investigadores-activistas aborden cuestiones que están fuera de los parámetros de trabajo de los movimientos agrarios existentes.

Los aliados externos adoptan diversas formas. En el siglo XX, los aliados más constantes del campesinado y los movimientos agrarios fueron los partidos políticos revolucionarios comunistas y socialistas. Dentro y fuera de los parámetros de las alianzas formales con los partidos políticos, hay otros aliados y aliadas que figuran en la vida cotidiana de los habitantes rurales: profesores; líderes eclesiásticos como sacerdotes, monjas y monjes; abogados; médicos; y líderes sindicales y estudiantes universitarios que se ocupan de complejos documentos estatales y corporativos, ayudan a analizar casos y formular peticiones, proporcionan logística para facilitar los viajes a los centros de autoridad o redactan materiales de agitación y propaganda. Muchos otros están incluidos e implicados en el contexto de los aliados vistos desde esta perspectiva: cantantes, compositores, poetas,

pintores, fotógrafos, periodistas, cineastas, escritores, dramaturgos, actores y activistas de derechos humanos. El hecho de que capten las condiciones y las luchas de la clase trabajadora agraria y las transmitan a través de su medio de una forma y en una medida que los textos políticos académicos o escritos nunca podrían alcanzar, hace que este tipo de aliados sean cruciales.

Este era el contexto político general en el apogeo de los estudios agrarios clásicos durante el siglo XX, cuando los intelectuales radicales de izquierda que podían abrirse camino en instituciones académicas e instituciones de investigación independientes trabajaban en torno al potencial revolucionario del campesinado y la clase obrera, así como en la construcción de alternativas socialistas desde este sector. La era de ese tipo de investigación activista terminó en la década de 1980.

Al igual que la investigación activista de los estudios agrarios críticos del pasado, la generación actual incluye a algunas y algunos de los jóvenes intelectuales más dedicados, brillantes y políticamente comprometidos de nuestro tiempo. Además, los retos y dificultades que deben enfrentar investigadores-activistas que trabajan dentro de las instituciones académicas siguen siendo similares a los de las generaciones pasadas, pues las instituciones académicas no siempre se sienten cómodas o apoyan el activismo radical por diversas razones, por ejemplo, su carácter institucional o el origen de los recursos para su financiación e infraestructura.

Hay dos tipos de instituciones que plantean retos especialmente difíciles a investigadores-activistas. En primer lugar, las instituciones dirigidas por administraciones políticamente conservadoras, o al menos por quienes han decidido ser políticamente neutrales en situaciones de gran desigualdad e injusticia en el mundo, lo que significa en la práctica ponerse del lado de los privilegiados y los opresores. Y, en segundo lugar, las instituciones dirigidas por tecnócratas apolíticos guiados por nociones de productividad y eficiencia financiera, sin ningún interés en las discusiones políticas alrededor del pensamiento

emancipatorio. Así las cosas, el escenario ideal sería una institución comprometida con la justicia social —no sólo de palabra, sino a través de los hechos— y dirigida por académicos dedicados, apoyados por tecnócratas que sean al menos tolerantes y, preferiblemente, respetuosos y agradecidos con el trabajo de investigadores-activistas. Sin embargo, los entornos ideales no surgen del vacío, son producto de disputas políticas.

¿Quiénes son los activistas del agrarismo contemporáneo? Se trata de un conjunto amplio y diverso de individuos, quizá más diverso que el de sus predecesores, son una mezcla de personas de distintas generaciones, disciplinas académicas, convicciones ideológicas, políticas e intereses temáticos, lo que refleja en parte el tipo de estudios agrarios críticos que han surgido en la actualidad, tal y como los describen Edelman y Wolford (2017) y Borrás (2023). Algunos son activistas veteranos que estuvieron profundamente implicados en los movimientos de protesta de los 1960 y 1970, y en proyectos revolucionarios de liberación nacional. Muchos de ellos han hecho la transición hacia la investigación activista contemporánea dentro o fuera de las instituciones académicas. El grueso de los actuales investigadores-activistas agraristas surgió de iniciativas creadas en el marco de la emergencia de los movimientos sociales de la década de 1980 en adelante, y se han unido a movimientos por la justicia social a partir de diferentes puntos de entrada como luchas gremiales, temáticas o iniciativas de solidaridad como las luchas por la tierra, el trabajo en defensa de los pueblos indígenas u organizaciones ambientalistas.

Una parte importante del reciente auge de la investigación activista agrarista procede de los movimientos por el derecho a la alimentación que han experimentado un gran dinamismo y expansión a partir de la década de 1990, en parte inspirados por reivindicaciones y campañas contra los transgénicos, la defensa de la agricultura sostenida comunitariamente y la soberanía alimentaria (Holt-Giménez y Shattuck, 2011). Más recientemente ha habido otra ola de expansión

de la investigación activista agrarista a través del frente de la justicia ambiental y climática (Martínez-Alier *et al.*, 2016) que ha revivido viejas e inspirado nuevas reivindicaciones como la agroecología. La gama de disciplinas académicas a las que se está recurriendo también se ha ampliado más allá de los parámetros convencionales de la economía política agraria para incluir la ecología política, la geografía, entre otras, incluyendo una visión más amplia de los estudios de política alimentaria en todas las regiones geográficas del mundo.

La capacidad de transmitir noticias e información del campo al mundo exterior, así como el momento y la velocidad de esta transmisión son, y siempre han sido, puntos de referencia clave tanto en la investigación académica agraria como en el activismo político. Ello se debe a la “distancia multidimensional” (física, institucional, política, etcétera) del mundo agrario y rural con respecto a los centros de poder, y a cómo ello repercute en la autonomía de los habitantes rurales empobrecidos y en su capacidad para participar en la disputa política. Uno de los cambios evidentes en la forma en que investigadores-activistas llevan a cabo su trabajo se refleja en uno de los medios más populares para el intercambio y la difusión de conocimientos: las redes sociales. Existe un uso generalizado de internet, Twitter (ahora llamado X), Facebook, Weibo, YouTube, TikTok, Instagram, plataformas de audio/videoconferencia como Zoom (cuya popularidad aumentó exponencialmente en el contexto de la pandemia), WhatsApp, WeChat, Viber o Signal, mensajes de texto, grabación de video y fotografía digital, tecnología GPS, drones y versiones electrónicas de publicaciones que pueden enviarse fácilmente por correo electrónico.

Todo ello ha alterado radicalmente la forma de interacción entre los investigadores-activistas y los movimientos agrarios en torno a la producción e intercambio de conocimientos y la acción política, en comparación con dos o tres décadas atrás. La velocidad, la accesibilidad y el alcance son clave para la eficacia de la investigación activista, y los activistas del movimiento agrario contemporáneos están maximizando la tecnología de la comunicación disponible al

servicio de la investigación activista, ya sea con el objetivo de llegar a un público más amplio o de devolver los resultados de la investigación a los movimientos agrarios.

En muchas ocasiones, investigadores-activistas que trabajan fuera de las instituciones académicas han sido mucho más eficaces que sus homólogos en la academia en la difusión del conocimiento popular y en el uso de las redes sociales como medio de comunicación. A finales de 2021, el TNI tenía más de 12 mil suscriptores activos para su revista electrónica, más de 22 mil 500 seguidores en Twitter y más de 21 mil 700 seguidores en Facebook; La Vía Campesina tenía 23 mil 300 seguidores en Twitter, y Amigos de la Tierra Internacional 44 mil 200. Las estadísticas de descarga de sus publicaciones muestran cifras que se cuentan por miles en el caso de artículos individuales. En comparación, un autor de un artículo de una revista académica podría estar encantado si un artículo se descargara más de 500 veces durante un periodo de cinco años y alcanzara una puntuación de diez en Altmetric (una métrica que rastrea la mención de un artículo en medios de difusión). Por supuesto, una cosa es la velocidad y el alcance del trabajo académico-activista, y otra el poder político para hacer efectivas tales intervenciones.

Investigación activista e instituciones académicas

¿Cuáles son las cualidades de un activista? En su libro de 1971 *Tratado para radicales* Alinsky esbozaba las cualidades clave de un buen activista radical. Estas cualidades incluyen curiosidad, irreverencia, imaginación, sentido del humor y una visión de un mundo mejor. Afirmaba que un activista radical y organizador comunitario

detesta el dogma, desafía cualquier definición finita de la moralidad, se rebela contra cualquier represión de la búsqueda libre y abierta de ideas sin importar a dónde puedan conducir. Desafía, insulta, agita,

desacredita, inquieta. Y como todo lo que está vivo, guarda en sí una paradoja, pues su irreverencia radica en una profunda reverencia por el enigma de la vida y una búsqueda incesante por su significado (1971:73).

Un buen activista es irreverente, subversivo y apasionado. Un buen académico es, a nuestro entender, preciso, respetuoso y clínico. ¿Es posible combinar estas cualidades aparentemente irreconciliables en una sola persona? La respuesta, por supuesto, es que investigadores-activistas se esfuerzan constantemente por conseguirlo, tratando de combinar estas características en su trabajo, independientemente de su base institucional. Estos conjuntos de cualidades aparentemente contradictorias son co-constitutivas de investigadores-activistas, de hecho, les definen.¹⁹

Los investigadores-activistas forman un subconjunto dondequiera que trabajen: un subconjunto tanto en las instituciones académicas, como en las organizaciones activistas o movimientos agrarios. Su trabajo corre el peligro constante de ser tachado como “poco académico y demasiado activista” en el mundo académico, y de “poco activista y demasiado académico” en los movimientos sociales. Los investigadores-activistas están acostumbrados a no sentirse totalmente bienvenidos o aceptados en su base institucional, a sentirse fuera de lugar, como intrusos, atravesados por una incomodidad permanente, una tensión o sensación de incongruencia mientras se esfuerzan por mantener el equilibrio en sus dos entornos: el académico y el del activismo.

Las instituciones académicas pueden ser contextos agrestes para investigadores-activistas. En muchos casos, “las organizaciones académicas profesionales condenan al ostracismo a los investigadores-activistas mediante una combinación de autocensura e imposición de marcos intelectuales contrarios a la investigación activista”

¹⁹ Véase también Martínez-Alier *et al.* (2011) en el contexto de la investigación y el activismo por la justicia ambiental.

(Greenwood, 2006:319). Por ejemplo, la denominada “literatura gris”, que incluye publicaciones de movimientos sociales, estudios de instituciones de investigación independientes o informes de ONG, se consideran poco rigurosos científicamente hablando.

Los investigadores-activistas que trabajan dentro de la academia, cuentan con dos tareas simultáneas: por un lado, construir vínculos con los movimientos por la justicia social o, cuando éstos no existan, ayudar a crearlos; y por otro, organizarse y movilizarse dentro de la academia para efectuar cambios en su base institucional. Así, la universidad se convierte en el contexto y el objeto de su trabajo intelectual y político, una situación que se refleja en la reflexión de Walter Rodney, posiblemente uno de los principales precursores de la investigación activista contemporánea:

El sistema te dará una bonita casa con un bello jardín, un coche, un balance razonable en la cuenta bancaria. Te dirán: “Vende tu alma negra”. Esa es la condición para la existencia como supuesto intelectual en la sociedad. ¿Cómo salimos de ese cautiverio babilónico? (...) Sugiero, en primer lugar, que el intelectual, el académico (...) tiene que atacar las distorsiones que el imperialismo blanco, el imperialismo cultural blanco, han producido en todas las ramas de la academia (2019:66).

La reivindicación de Rodney por la democratización y descolonización de las universidades es uno de los frentes de batalla clave para investigadores-activistas de hoy (véase, por ejemplo, de Jong *et al.*, 2017). Esto incrementa los desafíos de lidiar con la dinámica y los requisitos del trabajo académico. Tales retos sólo pueden entenderse en relación con la necesidad de navegar a través de la “doble lealtad” (Hale, 2006) o el “camino dual” (Piven, 2010) y pueden verse en las siguientes áreas: (II) la rigurosidad del trabajo, (III) el impacto y (IV) la recompensa y el castigo.

El proceso de investigación (métodos, financiación y asignación de fondos, preguntas de investigación, etcétera) se ha identificado

en la mayor parte de la bibliografía sobre investigación activista como uno de los puntos de mayor polémica entre académicos y activistas, cada uno de ellos encaminado en las direcciones opuestas de la rigurosidad académica o la política. Esto no se explora a detalle aquí, pero véase Hale (2006) y Edelman (2009) para excelentes discusiones. El argumento aquí es que dicha polarización es a menudo innecesaria, y que los procesos y resultados en cada una de estas áreas pueden ser beneficiosos tanto para el trabajo académico como para el político. La rigurosidad, el impacto, la recompensa y el castigo están entre los conceptos más discutidos dentro de la investigación activista.

La rigurosidad

La investigación y las publicaciones académicas tienen que ser rigurosas. Por lo general, esto implica ser minucioso, metódico, preciso, cuidadoso y convincente teórica, metodológica y empíricamente. Lo que esto significa en la práctica no está claro, ya que puede depender mucho del contexto. Lo que sí está claro es el proceso que determina lo que es académicamente riguroso. Para juzgar la rigurosidad de la aplicación a una beca de investigación, de un manuscrito para publicación y para los procesos de contratación o promoción, existen arbitrajes normativos como evaluadores académicos y grupos de revisión, comités editoriales y consejos de investigación.

La clave para determinar lo que es y lo que no es académicamente riguroso es un grupo de referencia o pares evaluadores que suelen llevar a cabo su tarea en un proceso de revisión. Las distintas disciplinas, instituciones, medios de publicación y revistas tienen tradiciones diferentes para determinar la rigurosidad académica y para decidir si un trabajo supone una verdadera “contribución”. Algunos valoran las aportaciones teóricas novedosas, otros privilegian la riqueza empírica. Esto es relativamente fácil para un académico bien

formado y dedicado, la cosa se complica cuando entra en escena el doble compromiso de investigadores-activistas.

La rigurosidad política es el punto de referencia desde el cual los movimientos agrarios valoran los procesos de investigación. Esto significa estar políticamente informado y ser exhaustivo, sensible, oportuno y pertinente. El objetivo es comprender la naturaleza y dinámica del cambio social, entender el pasado para influir el curso del presente y el futuro. Es lo contrario de un enfoque *post-mortem*, que tiende a centrarse en el análisis retrospectivo. Supone posicionarse sobre los procesos políticos que se investigan, lo que a su vez corre el riesgo de comprometer la rigurosidad de la investigación académica.

Algunos movimientos de masas militantes tienen tradiciones muy arraigadas que no difieren del proceso académico de revisión por pares y autorreflexión crítica: en los movimientos de inspiración marxista en los que se fomentan los debates y la crítica, el principio de “unidad-lucha de contrarios-unidad” tiene como objetivo lograr la rigurosidad académica —o, mejor dicho, teórica y política. Suele ir acompañado del principio de “crítica y autocrítica”, que es una combinación de revisión por pares y autorreflexión crítica. También hay árbitros de la rigurosidad política: los movimientos agrarios, concretamente los líderes de los movimientos, los cuadros, los militantes, las bases y las capas de simpatizantes. Aislar y satisfacer los requisitos de la rigurosidad académica o política es la parte fácil. El reto más difícil para los investigadores-activistas, independientemente de su base institucional, es cómo abordar la rigurosidad académica y política simultáneamente de forma que satisfaga a los árbitros de ambas partes. Pero el rigor académico y el político pueden no encajar bien el uno con el otro, e incluso pueden ser antitéticos, aunque también pueden ser complementarios y sinérgicos.

El impacto

Los arbitrajes de la esfera académica y de la política tienden a formular preguntas básicas sobre el impacto histórico, coyuntural y aspiracional de la investigación de un investigador-activista. Existen diferentes tradiciones al interior de la academia y los movimientos agrarios en relación con la comprensión y medición del impacto de la investigación, las cuales pueden ser o no contradictorias. Para los movimientos sociales, la respuesta puede ser bastante sencilla: lograr algún cambio en la realidad, como detener la construcción de una represa, redistribuir la tierra a los campesinos sin tierra, aumentar los salarios de los trabajadores agrícolas o, de forma más inmediata, ayudar eficazmente a los movimientos sociales a elaborar argumentos o campañas más convincentes. Los debates sobre el impacto de la investigación son importantes para los movimientos y para quienes los estudian, sobre todo porque, como indica Tarrow (2005), los movimientos sociales suelen fracasar más de lo que triunfan. En su libro sobre los movimientos sociales transnacionales, Keck y Sikkink (1998) arguyeron que medir y evaluar el impacto de estos movimientos es complicado, aunque el análisis inicial muestra que la capacidad para replantear los discursos parece ser su mayor fortaleza (véase también McMichael, 2008, en referencia a los MAT).

El lado académico de la historia es distinto. La evaluación del impacto en términos académicos se centra en gran medida en los puntos que adquiere una publicación, que dependen en buena parte de los medios que hacen las publicaciones, los cuales se clasifican principalmente en función de su “factor de impacto”, así como del número de descargas de un artículo. Destacados consejos académicos de investigación que ofrecen apoyos económicos dan mucho peso a las publicaciones en revistas académicas con factores de impacto altos, sin embargo, hoy día no basta con publicar, aunque sea en medios y revistas altamente valoradas, pues el nivel de citaciones de las publicaciones se ha convertido en un factor igual o más importante

para los evaluadores académicos. Un indicador de impacto, el “índice H” es una medida del grado en que una publicación ha sido citada por otras publicaciones.

Los investigadores-activistas tienen que enfrentarse a este requisito de medición del impacto en una de las mitades que componen su doble vida, lo cual resulta complicado por varias razones. Reaccionando a las críticas que señalan a la investigación activista de simplista, poco compleja y pobre teóricamente (y, por tanto, mal puntuada en las mediciones académicas sobre el impacto), Hale argumenta que “la forma en que los compromisos políticos transforman los métodos de investigación, y a veces llevan a que se priorice la claridad analítica por encima de una mayor complejidad, hacen que la investigación activista sea difícil de defender en un entorno académico” (Hale, 2006:101). El autor explica que “la investigación activista implica compromisos que no pueden someterse a arbitraje, evaluación o regulación desde el ámbito académico”. En su lugar, añade, “requiere una mediación constante entre estos dos espacios, insistiendo en que no es necesario elegir entre ellos ni hacer que uno colapse en el otro” (Hale, 2006:105).

Esto nos lleva de nuevo al debate sobre la rigurosidad académica y política: no se trata de una cosa o la otra, pues si los activistas académicos logran abordar esta doble tarea satisfactoriamente, no hay razón para que no se les considere al mismo nivel —o incluso mejor— que los más destacados investigadores de la academia, medidos en los términos académicos sobre el impacto de las publicaciones. Hay algunas novedades al respecto que pueden ser buenas noticias para investigadores-activistas. Ahora bien, sin ahondar en la lógica neoliberal que introdujo estas novedades en las universidades, a continuación se describen brevemente tres de ellas.

La primera es que cada vez se da más importancia al “impacto social” dentro del mundo académico, el cual recibe distintos nombres según el contexto. En el contexto académico neerlandés, se denomina “relevancia social”, mientras que en el norteamericano

algunos de sus elementos pueden incluirse en la amplia categoría de “compromiso”. El significado de estos términos sigue estando abierto a la interpretación. Por ejemplo, un proyecto de investigación académica sobre el cambio climático realizado en colaboración con el sector empresarial cumple los requisitos de relevancia social, pero también lo hace un proyecto de investigación que estudia y al mismo tiempo apoya políticamente el movimiento Extinction Rebellion.

Así pues, la relevancia social puede convertirse fácilmente en una frase de cajón y perder su potencial radical y emancipador. Además, la promoción de la relevancia social en el trabajo académico puede fomentar inadvertidamente prácticas instrumentalistas donde los académicos reclutan socios fuera del mundo académico, como movimientos agrarios, ecologistas o instituciones de investigación independientes, porque dicha asociación es necesaria para aplicar a una beca de investigación o aportar puntos extra en la evaluación del rendimiento académico de un individuo. Las asociaciones pueden carecer de un significado político, y en algunos casos, los socios no académicos han sido utilizados de forma instrumental por el socio académico, o al revés. A pesar de estos problemas y de la lógica neoliberal subyacente en ese sistema de valoración, la noción de “impacto social” tiene el potencial de proporcionar una plataforma a través de la cual investigadores-activistas pueden reunir los puntos que necesitan para su trabajo académico y, al mismo tiempo, ayuda a legitimar la noción de investigación activista dentro de la academia.

La segunda novedad es que las revistas académicas hacen ahora un seguimiento de la puntuación Altmetric de un artículo, que es una medida de la cantidad y calidad del grado en que una publicación ha sido mencionada en las noticias, blogs, Twitter, Facebook y otras redes sociales. Tales métricas sitúan a investigadores-activistas que no están vinculados a instituciones académicas en una mejor posición en términos de reconocimiento del impacto que sus homólogos académicos.

Un tercer cambio es el impulso generalizado a las publicaciones de acceso abierto. Por ejemplo, la Unión Europea exige ahora que

los resultados de todos los proyectos de investigación financiados con fondos públicos se publiquen en acceso abierto.

Estos tres sistemas para el mejoramiento y seguimiento del impacto pueden favorecer a investigadores-activistas, ayudándoles a defenderse, legitimarse y afianzarse dentro del mundo académico. Hay muchos ejemplos de investigadores-activistas que trabajan en instituciones de investigación no académicas y en movimientos agrarios que obtienen mejores resultados con estas métricas de impacto que sus homólogos que trabajan exclusivamente en el mundo académico.

Otro impacto que no es fácilmente cuantificable, pero que se valora mucho en el mundo académico, es el grado en que una publicación ha inspirado a una nueva generación y ha despertado el interés por un tema de investigación concreto. El seguimiento de las citas sólo puede captar parcialmente dicho aspecto. Los investigadores-activistas suelen tener un buen historial en ese sentido. A lo largo de los años, las instituciones de investigación no académicas que trabajan en temas amplios que incluyen cuestiones agrarias han producido algunos de los clásicos en este campo que han influido en generaciones enteras de investigadores, investigadores-activistas. Podríamos pensar en las obras, tanto clásicas como contemporáneas, producidas por investigadores-activistas del TNI, el Institute for Food and Development Policy/Food First, Focus on the Global South, Institute for Policy Studies, GRAIN, The Corner House, ETC Group, FIAN Internacional, La Vía Campesina y Third World Network, entre otros. Muchos de los investigadores-activistas de estas instituciones no sólo han producido publicaciones de gran impacto, como demuestran las estadísticas de descargas y citas de documentos de internet, sino que muchas de estas publicaciones han establecido, asimismo, agendas estratégicas de investigación. El trabajo pionero de GRAIN sobre el acaparamiento mundial de tierras, que comenzó con un informe en 2008 (GRAIN, 2008), es un buen ejemplo.

Por último, los investigadores-activistas han desempeñado un papel en la redefinición de lo que significa impacto social, para

incluir no sólo estudios retrospectivos, sino el seguimiento y estudio de objetivos móviles con el fin de influir en el carácter y la trayectoria de los procesos políticos y normativos reales.

Recompensa y castigo

La recompensa y el castigo son normas formales e informales dentro de la academia y los movimientos sociales, utilizadas en parte como instrumentos de rendición de cuentas que determinan en gran medida lo que investigadores-activistas pueden y no pueden hacer. Pero el dilema, como subraya Croteau, es que

el trabajo bien recompensado en el mundo académico puede ser en gran medida irrelevante para las preocupaciones inmediatas del movimiento (...) mientras que (...) el trabajo que se fundamenta para contribuir al avance estratégico de los esfuerzos del movimiento no se reconoce como significativo en el mundo académico (2005:20).

Dentro de las instituciones académicas, lo que se premia es el trabajo considerado con rigurosidad académica, que se traduce en publicaciones con un impacto significativo basado en criterios como el Índice H. Incluso cuando la dirección de una institución no está de acuerdo con la posición política un investigador-activista, puede hacerse de la vista gorda siempre y cuando la universidad pueda reclamar los puntos de productividad. Por otra parte, un rendimiento inferior al nivel mínimo que el personal académico debe producir y cumplir periódicamente dará lugar a un castigo. Éste puede ser rápido y decisivo, y puede llevar a la pérdida de puestos de trabajo. Por ello, “publicar o perecer” se convierte en un principio rector informal en el mundo académico.

Mientras tanto, para los investigadores-activistas que operan fuera de la academia, la aceptación y el reconocimiento dentro de los

círculos académicos son probablemente las mayores recompensas que pueden obtener de los académicos. Por ejemplo, una invitación para pronunciar un discurso de apertura en una conferencia académica importante es una forma en que los académicos pueden expresar su respeto y reconocimiento a investigadores-activistas que están fuera de la academia. Estos últimos se lo toman en serio porque la aceptación y la afirmación constituyen una legitimación de su trabajo y grandes oportunidades para sus agendas políticas radicales. La no aceptación, puede considerarse una forma de castigo, aunque a menudo no es más que una expresión y extensión del elitismo académico, que puede ser arrogancia o, de hecho, ignorancia.

Por su parte, los movimientos agrarios no están en posición de recompensar o castigar institucional o materialmente, pero pueden recompensar o castigar políticamente de maneras que son muy importantes para los investigadores-activistas. La recompensa de un movimiento suele consistir en un acceso más amplio y sostenido al movimiento, incluso puede incluir invitaciones, en calidad de invitado, a las reuniones de los espacios de dirección de un movimiento. La confianza que se puede demostrar y la franqueza que se puede ofrecer son recompensas inigualables. El castigo se produce cuando se ha violado la confianza o se sospecha que se ha violado. El castigo es rápido y completo, y casi siempre adopta la forma de una suspensión brusca del acceso, a veces abarca un aislamiento político más amplio que se extiende a otros movimientos.

Existe una división bastante marcada entre investigadores-activistas dentro de la academia y los de fuera, especialmente quienes tienen su base en movimientos sociales. Se trata de que para quienes trabajan dentro de la academia, la recompensa y el castigo tienden a girar en torno al individuo, mientras que para quienes están fuera de ella tienden a dirigirse al colectivo. En el mundo académico, el rendimiento y los logros suelen medirse en términos individuales y personales, como la posición, la promoción, las publicaciones individuales, las becas individuales, las reclamaciones personales

de derechos de autor, etcétera. Cada unidad de trabajo realizada por un investigador se mide en términos individuales y personales, cada unidad de trabajo realizada por un individuo en un entorno académico se publicita y se monetiza, a menudo sobre la base de normas laborales formales y legales. Esto entra en tensión con los movimientos radicales de izquierdas, donde los impactos se miden más comúnmente en términos de la colectividad, movimiento, comunidad, sociedad u organización, y las excesivas reivindicaciones individuales de logros están mal vistas y se califican peyorativamente de “oportunismo” o “personalismo”, por lo que hay una tendencia a aconsejar no llamar la atención sobre el trabajo realizado por un individuo para que ese sea monetizado.

Por supuesto, hay cierto grado de generalización en ambas caracterizaciones; sin embargo, parece haber un patrón general que demuestra tal contraste. Los académicos pretenden que se les reconozca el mérito por cada concepto sobre el que tienen una reivindicación personal y que otros han utilizado, lo que exige una “referencia académica individual” completa y precisa para las ideas que han puesto por escrito, incluso cuando ellos mismos no siempre reconocen de forma completa, honesta y transparente los orígenes de esas ideas.

He aquí un ejemplo burdo: un investigador académico estudió la campaña de promoción política de un MAT. En el transcurso de las conversaciones con los líderes del movimiento, el investigador académico descubre algunos detalles poco conocidos sobre las estrategias de la campaña, y escribe y publica un artículo al respecto. Todos los que quisieran escribir algo sobre el mismo asunto, incluidos los que pudieran haber tenido conocimiento previo del mismo, o los que hubieran recogido los datos en circunstancias completamente distintas, tendrán que hacer ahora referencia al investigador académico, es decir, al “propietario” de estos conocimientos. Si no se hace referencia a esas reclamaciones personalizadas de derechos de autor, se corre el riesgo de ser acusado de plagio, es decir, de robar las ideas de otra persona. El investigador académico, conscientemente o no,

se apropió de conocimientos del movimiento y los transmitió como propios. Como se ha indicado, se trata de una ilustración burda, una caricatura, pero tiene resonancia con muchas situaciones incómodas y éticamente turbias, y en el centro de esta cuestionable atribución se encuentra el *ethos* individualista del mundo académico.

Contrariamente, los movimientos por la justicia social prefieren que los individuos, otros movimientos y la sociedad en general adopten e interioricen las ideas de los movimientos como propias, sin hacer referencia a los individuos, basándose en una expectativa de “referencia política colectiva”. Cuando GRAIN publicó en 2008 lo que se convertiría en su influyente informe sobre el acaparamiento mundial de tierras, ningún autor individual reivindicó la propiedad de las ideas. Cuando publicaron un documento de reflexión sobre el proceso y el impacto de su informe de 2008 (GRAIN, 2013), volvieron a hacer hincapié en la atribución colectiva. Esto no quiere decir que los individuos sean suprimidos en los movimientos de justicia social en favor de lo colectivo, se trata simplemente de que el individualismo y el ascenso individual tienden a ser generalmente evitados dentro de los movimientos radicales por la justicia social, mientras que son celebrados en la academia.

Lo que queremos subrayar aquí es que no hay nada malo en las recompensas y oportunidades individuales, ya sea en la academia o fuera de ella. Sin embargo, pueden surgir problemas cuando ésta se convierte en la única lógica o en la lógica dominante, y cuando empieza a ir en contra del sentido del “bien común” o de la comunidad en general. A la inversa, no hay nada intrínsecamente bueno en una concepción colectiva o comunitaria del trabajo, ya sea dentro o fuera del mundo académico, de hecho, puede bloquear el florecimiento de la agencia individual y se sabe que ha fomentado el parasitismo. Parte de lo que estamos señalando aquí es el dilema que plantea a investigadores-activistas que necesariamente navegan por ambas tradiciones. El reto consiste en encontrar y mantener un equilibrio entre lo colectivo y lo individual, de la misma forma en

que E.P. Thompson (1971) y James C. Scott (1976) enmarcaron sus ideas sobre una economía moral: se trata de los individuos, la clase y la colectividad en su conjunto. Esto nos lleva de nuevo a las tres características que definen el activismo académico mencionadas: relacional, histórico y cultural.

Resumiendo, el debate hasta ahora: una de las principales preocupaciones de cualquier académico convencional, incluido un académico radical de izquierda, es examinar el mundo para seguir mejorando las teorías, incluidas las teorías sobre cómo cambiar el mundo. La principal preocupación de un investigador-activista es explorar las teorías con el fin de mejorar el trabajo político práctico para cambiar el mundo. Ambos se comprometen con las teorías —con la “fuerza de la abstracción”, como explica Mitchell (2004)—, pero con diferentes puntos de partida y objetivos finales. El trabajo puramente académico, incluidas las variantes de la izquierda radical, no obliga al investigador a trabajar con el mismo sentido de urgencia que requiere la política práctica, ni tampoco obliga a apresurarse en la elaboración de síntesis analíticas, lo que es una presión constante sobre los investigadores-activistas.

Por ejemplo, un académico radical que estudia el acaparamiento de tierras y sus implicaciones para el trabajo puede esperar varios años hasta que los datos empíricos sean observables para poder realizar un estudio teóricamente más sólido sobre el impacto de la nueva empresa construida sobre las tierras acaparadas. En cambio, es poco probable que un investigador-activista espere a disponer de más datos empíricos para llegar a conclusiones que sean suficientes para fundamentar iniciativas intelectuales y políticas destinadas a influir inmediatamente en la trayectoria del acaparamiento de tierras a medida que se desarrolla, que ofrezcan herramientas para resistirse y oponerse a dicho acaparamiento. Esto no quiere decir que un enfoque sea mejor que el otro, sus fundamentos y su relevancia son diferentes y, aunque es importante entender las diferencias

entre ellos, no tiene sentido compararlos para juzgar cuál es mejor; pues ninguno de los enfoques, por sí solo, puede producir o representar todo el conocimiento necesario para lograr el cambio social radical que se busca. La clave está en entender cómo combinar estos enfoques para desafiar colectivamente el *statu quo* en la producción, circulación y uso del conocimiento.

En el contexto de las luchas anticapitalistas, Wright (2019) ha argumentado que no se trata de elegir un tipo ideal de lucha anticapitalista por encima de otro, sino más bien de cómo combinar los diversos tipos ideales de lucha para erosionar el capitalismo. En el nivel individual, la cuestión no es si el trabajo académico-activista de Susan George del TNI es mejor que el trabajo académico radical de Henry Bernstein, sino cómo podrían complementarse estos dos trabajos.

Investigación activista y activismo político

En el capítulo 1 se exploró la cuestión de los aliados externos del campesinado y los movimientos sociales, rastreando algunas raíces históricas en el 18 Brumario de Marx y la Narodnaya Volya en Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX. Allí, se señaló que no es un problema el hecho de que los campesinos y los movimientos agrarios necesitan investigadores-activistas como aliados, sino que la cuestión son los términos de esa relación. En ese contexto, la autonomía —la forma en que las influencias externas afectan la toma de decisiones interna— se convierte en un punto de referencia clave, pero se aplica a ambos lados de la relación: la autonomía es tan importante para los investigadores-activistas como para los movimientos agrarios, sobre todo considerando que las relaciones instrumentalistas unidireccionales han marcado muchas de las interacciones entre investigadores-activistas y movimientos agrarios. Sobre este tipo de relaciones, nombraremos dos variantes dominantes.

El vanguardismo de los investigadores-activistas y la subordinación del movimiento agrario

La primera es una tendencia que se basa en el supuesto implícito de que los trabajadores rurales y sus movimientos agrarios están mal informados y tienen bajos niveles de conocimiento y capacidad para comprender y cambiar su situación. Esta suposición se basa a veces en una lectura desde la economía política sobre la situación de los trabajadores rurales en la esfera de la producción económica. Lo vemos en las reflexiones de Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en las que se refiere a los campesinos como “un saco de patatas”, y argumenta que “no pueden representarse a sí mismos y por eso deben ser representados” (Marx, 1968 [1852]). También lo vemos en el extenso debate y argumento de Gramsci sobre por qué “el campesinado no tiene sus propios intelectuales públicos” (Gramsci, 1971). Junto con la ofensiva ideológica emprendida por los marxistas ortodoxos contra los populistas y neopopulistas rusos y sus seguidores, esto consolidó la suposición marxista ortodoxa acerca de la naturaleza del campesinado y sus movimientos, y lo que son y no son capaces de conseguir.

Los críticos marxistas no son los únicos que han hecho tales suposiciones sobre el campesinado y el debate político sobre lo agrario. Los pensadores liberales burgueses y tecnócratas, especialmente los asociados con la economía neoclásica y la nueva economía institucional tienden a tener una perspectiva similar a pesar de proceder de una tradición ideológica muy diferente. Algunos investigadores-activistas de instituciones de investigación independientes y de movimientos sociales pueden diferir poco de sus homólogos académicos en ese sentido. De hecho, no es extraño ver a algunos “guardianes” de movimientos agrarios actuar y hablar, en ocasiones, como caudillos, caciques, “jefes” o “pequeños señores”, actuando como “amos” de los campesinos.

La discusión anterior demuestra que hay una gran diversidad ideológica entre quienes se llaman investigadores-activistas y, por

ende, existen diferentes puntos de vista sobre la agencia política y la autonomía del campesinado y los movimientos que lo representan. Para algunos tipos de investigadores-activistas, la tarea principal es investigar para estos pobres habitantes rurales y sus movimientos, y utilizar ese conocimiento para informar su trabajo o proceso político, ayudando así a desarrollar la capacidad de los pobres, haciendo que la generación de conocimientos siga siendo principalmente el dominio de investigadores-activistas.

Esta perspectiva sobre los campesinos y los movimientos agrarios procede de una larga tradición que considera que la masa de campesinos pobres no tiene suficiente capacidad para comprender su situación, ni suficiente autonomía ni capacidad para cambiarla. Como ya se ha comentado en otras partes de este libro, ello forma parte de la accidentada historia de muchos intelectuales, partidos políticos y proyectos de izquierda radical, y es una de las razones por las que los movimientos agrarios pospartidistas suelen ser reacios al “vanguardismo”, o a cualquier indicio de él, por parte de los investigadores-activistas en particular y de los intelectuales en general, en especial quienes están asociados a partidos políticos.

Este enfoque tiene muy poca fe en las clases trabajadoras rurales y asigna un papel subordinado a los movimientos agrarios, otorgando a investigadores-activistas un papel de vanguardia en términos de generación de conocimiento. En esta tradición, los movimientos agrarios son tratados esencialmente como adjuntos a la agenda o proyecto intelectual y político de los investigadores-activistas, y muchos movimientos, por diversas razones, tienden a ser obedientes. La versión extrema de esta tendencia es entonces un doble problema de vanguardismo por parte de investigadores-activistas y de seguidismo por parte de los movimientos agrarios. Así, vemos organizaciones de movimientos agrarios de alto perfil en las que un puñado de vanguardias (casi siempre los intelectuales, guardianes, o partidos políticos) hacen todo el ruido y reclaman representación, mientras que las bases caen en la desmovilización y el letargo.

La subordinación de investigadores-activistas al vanguardismo del movimiento agrario

La segunda variante —lo contrario de la primera, y quizá una reacción a ella en algunas ocasiones— es la tendencia a que los movimientos agrarios marquen la agenda mientras que los investigadores-activistas se limiten a seguirlos. Esta variante se basa en la idea romántica de que todo lo que dicen y hacen los movimientos agrarios es bueno y correcto, y debe ser apoyado incondicionalmente. Podría decirse que es una especie de “línea de masas”, en términos maoístas, llevada al extremo o desplegada fuera de contexto. Recordemos lo que dijo Mao: “Las masas son los verdaderos héroes, mientras que nosotros mismos somos a menudo infantiles e ignorantes, y sin esta comprensión es imposible adquirir siquiera los conocimientos más básicos” (Mao, 1975:12). Esta versión descontextualizada y romántica de la línea de masas demuestra una comprensión bastante ingenua de la dinámica política y del funcionamiento real de los movimientos agrarios.

Examinando de forma más general la relación entre los académicos, la izquierda y los movimientos, Lemisch resumió algunas de las contradicciones y dilemas relacionados con nuestro debate:

Pero dejar que un movimiento defina los objetivos académicos y las preguntas que te planteas no es bueno para la izquierda. Se cortará una fuente vital de debate y crítica si los intelectuales de izquierda se convierten en cautivos de una corriente de izquierda y se reducen a un papel de mero “acompañamiento” (...) Para un intelectual, el mero acompañamiento es un abandono de la responsabilidad crítica del historiador (...) No servimos muy bien al pueblo con una admiración acrítica (2004:193).

Volviendo a los aspectos específicos sobre la investigación activista ligada al agrarismo podríamos preguntarnos: en entornos

en los que no existen conflictos políticos abiertos ni movimientos organizados, ¿qué significaría entonces el activismo académico? ¿Simplemente acompañar a los empobrecidos, documentar y escribir sobre su condición? ¿O significa algo más que eso, hasta el punto de cavar las trincheras y trabajar en ellas para ayudar directamente a construir un movimiento, por ejemplo? En los entornos en los que existen grupos organizados, el funcionamiento interno de los movimientos agrarios no sólo dista mucho de ser perfecto, sino que está atravesado por relaciones de poder, donde muchas veces hay formas de manipulación por parte de actores y facciones que compiten dentro y fuera de los movimientos. Además, la representación no siempre es democrática, y la responsabilidad interna no siempre es un punto fuerte en los movimientos agrarios, o en cualquier movimiento político. Méndez comparte lo que ha visto dentro de las organizaciones y ofrece palabras de advertencia a los investigadores-activistas:

Los investigadores-activistas deben tener cuidado de no presuponer una visión ingenua de las organizaciones locales, pobres e inocentes, incapaces de “utilizar” al académico-activista o los proyectos de investigación para promover agendas individuales, políticas o de grupos reducidos. No debemos dar por sentada una relación romántica y color de rosa entre los investigadores-activistas y las organizaciones “locales”. En la era de la globalización, también debemos ser cautelosos a la hora de idealizar las comunidades locales como depositarias de “verdades locales auténticas”. Las comunidades y organizaciones no son homogéneas, ni están libres de conflictos internos, luchas de poder y contradicciones (...) Es prácticamente imposible que el académico-activista asuma la posición de observador neutral cuando se trata de estos conflictos internos (2006:153).

Tomarse al pie de la letra lo que dicen o muestran los líderes de los movimientos suele llevar a investigadores-activistas a escribir

sobre procesos que no merecen apoyo, o bien a no apoyar causas que sí lo merecen. Los investigadores-activistas de este tipo tienden a reforzar el liderazgo problemático de líderes caudillistas, a fortalecer y legitimar papeles problemáticos desempeñados por intermediarios de movimientos antidemocráticos e incluso despóticos, o a apoyar posiciones políticas problemáticas. Sin darse cuenta, descartan movimientos y acciones colectivas fascinantes por el mero hecho de no contar con líderes capaces de expresar y amplificar logros importantes, y en su lugar pueden captar movimientos que en realidad son cascarones vacíos simplemente por contar con líderes elocuentes que pueden pagar para asistir a reuniones y conferencias en las ciudades centrales o en el extranjero. Edelman nos advierte sobre

el empeño de los activistas en presentar “relatos oficiales” demasiado coherentes sobre sus movimientos y en hacer afirmaciones de representación que pueden o no tener una base sólida. En ocasiones, los investigadores académicos y otros intelectuales profesionales colaboran, a sabiendas o sin saberlo, en la elaboración y propagación de estos relatos y en adornar las dimensiones de las biografías de los activistas y de las prácticas de los movimientos sociales que entran en conflicto o complican la imagen o la línea “oficial”. Una cuestión importante es si este enfoque cosmético, que en sus manifestaciones más extremas los críticos caracterizan a veces como “autocensura” o “adulación acrílica” sirve realmente a las necesidades de los movimientos sociales (2009:249).

Además, no es raro que una organización campesina rica genere apoyo popular afirmando que representa a todos los campesinos: pequeños, medianos y grandes. En esta situación, el peor escenario es la presencia de una interacción triangular de refuerzo entre los líderes caudillistas de los movimientos agrarios (que promueven movimientos a menudo vacíos o movimientos de campesinos ricos que reivindican la representación de toda la “gente de la tierra”), capas de intermediarios y simpatizantes de los movimientos (muchos de

los cuales podrían ser intelectuales pequeñoburgueses románticos o impetuosos); e investigadores-activistas acrílicos (especialmente aquellos que no despliegan un análisis de clase riguroso), que toman al pie de la letra las grandes reivindicaciones de los líderes, intermediarios y simpatizantes de los movimientos.

En ese contexto, se otorga a los movimientos agrarios un papel de vanguardia célebre y romántico, mientras los investigadores-activistas adquieren un papel subordinado. En este caso, los investigadores-activistas se ven relegados al papel de auxiliares de la agenda política y logística de los movimientos agrarios, aceptando en silencio esta degradación. La versión extrema de tal tendencia es el doble problema del vanguardismo de los movimientos agrarios y la subordinación de investigadores-activistas.

Compromiso e interacción entre investigadores-activistas y el movimiento agrario

Las dos tendencias dominantes mencionadas son instrumentalistas y problemáticas. Necesitamos un tercer enfoque que sea bidireccional, se refuerce mutuamente y sea interactivo en las relaciones entre los movimientos agrarios e investigadores-activistas. Por un lado, este enfoque valora la experiencia de investigadores-activistas al momento de ayudar a los movimientos agrarios a superar las limitaciones y los obstáculos y a ampliar el alcance de sus luchas políticas. Por otro lado, valora la autonomía de los movimientos agrarios en la realización de sus acciones colectivas y la construcción de los movimientos. Conscientes de que la unión de fuerzas ofrece un gran potencial para las sinergias, los investigadores-activistas y los movimientos agrarios pueden forjar una alianza enriquecedora, como señalan parte de los supuestos fundamentales de algunos de los pioneros de la investigación-acción participativa, como el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (Rappaport, 2020). En opinión de Edelman,

algunas sinergias importantes entre los movimientos sociales y los académicos podrían implicar intercambios de conocimientos y contactos, debates estratégicos conjuntos, dar a conocer las plataformas y actividades de las organizaciones y analizar sus historias, y participar en investigaciones y espacios de formación colaborativos (2009:247).

Un punto de partida importante para este tipo de enfoque es comprender honesta y objetivamente de dónde viene cada uno y cuáles son sus motivaciones para la interacción. Es un enfoque que reconoce la autonomía de ambas partes y, por tanto, se basa en la negociación de los términos del compromiso. Es un enfoque que reconoce la capacidad tanto de los movimientos agrarios como de los investigadores-activistas para generar conocimiento, aunque de formas diferentes, entendiéndose que dicho conocimiento puede ser más poderoso cuando se combina.

Los dos actores tienen diferentes orígenes y diferentes puntos de partida e intereses cuando generan conocimientos y participan en luchas políticas. Por ejemplo, los investigadores-activistas pueden estar pensando en teorizar la soberanía alimentaria como un sistema alimentario alternativo, mientras que una organización local del movimiento agrario puede estar interesada en una problemática inmediata como la vinculación con los programas públicos de comedores escolares. O puede ocurrir lo contrario: los investigadores-activistas pueden estar interesados únicamente en concluir un proyecto de investigación de un año y publicar algunos artículos en revistas, mientras que los movimientos agrarios están pensando en un objetivo más amplio, como un programa de redistribución de tierras. Estos diferentes puntos de partida e intereses llevan a que los compromisos entre los movimientos agrarios y los investigadores-activistas se caractericen por su potencial por las tensiones y los conflictos.

Croteau *et al.* explican que “tanto los teóricos de los movimientos sociales como los activistas de los movimientos están situados en sistemas estructurales que crean limitaciones a sus esfuerzos, al tiempo que

ofrecen posibilidades para la acción” (2005:XV-XVI). Además, afirman que “la tensión entre teoría y práctica debe entenderse en relación con fuerzas estructurales más amplias, en lugar de individualizarse como el problema o la visión de un único académico o activista” (2005:XV-XVI). Como nos recuerdan Outledge y Derickson, los investigadores-activistas se identifican y se ponen del lado de “las luchas de las comunidades marginadas a través de formas que rechazan, pero no ignoran, las historias violentas e imperialistas de la academia” (2015:391). Para Fox, las dos partes están en la mejor posición “para encontrar una sinergia positiva entre las necesidades de los activistas y el rigor empírico y analítico de la academia si reconocen las tensiones entre las fuerzas que dan forma a los dos tipos de agendas” (2006:30).

Al estudiar los movimientos agrarios en América Latina, Edelman explica que “las tensiones entre activistas y académicos (...) tienden a girar más estrechamente en torno al proceso de investigación y al propósito y los métodos de producción y difusión de conocimientos” (2009:247). Estas diferencias no son insalvables. Como nos recuerda Fox, “para que funcionen, las asociaciones entre activistas y académicos deben basarse en la comprensión de la otra parte, el respeto por la diferencia, objetivos comunes viables y la voluntad de aceptar el desacuerdo” (2006:31). Y concluye:

Ideas como asociación y alianza —más que el término solidaridad, por ejemplo— reconocen que los participantes son actores autónomos con sus propias agendas, prioridades e intereses sobre la mesa. Las coaliciones y asociaciones duraderas no sólo se basan en valores compartidos, sino también en intereses compartidos (2006:32).

Al explorar la política sobre la sostenibilidad del desarrollo, Ian Scoones subrayó tensiones similares y describió la desordenada interacción entre quienes participan en la política alrededor del conocimiento. Explicó que “las transformaciones hacia la sostenibilidad y el desarrollo no pueden ordenarse, gestionarse y controlarse, sino

que deben surgir de alianzas políticas irregulares, conocimientos diversos y organización colectiva” (2016:308). Un enfoque bidireccional y de refuerzo mutuo de las relaciones entre académicos, activistas y movimientos agrarios conduce necesariamente a una interiorización mutua de las pasiones y contradicciones de ambos actores. Al reflexionar sobre su participación en las luchas por la tierra en Nicaragua, Hale sostiene:

Estos movimientos son a la vez inspiradores y problemáticos; los activistas de los movimientos son valientes defensores de la justicia local y mundial, pero en parte están implicados en los mismos sistemas de opresión a los que pretenden oponerse. Mi argumento toma forma al contemplar estas dos líneas de investigación a través de una única lente. Alinearse con una lucha política al tiempo que se investiga sobre cuestiones relacionadas con esa lucha es ocupar un espacio de comprensión académica profundamente enriquecedora. Sin embargo, cuando nos situamos en esos espacios, también nos vemos inevitablemente arrastrados a las complejas condiciones del proceso político. Las contradicciones que surgen de ello hacen que la investigación sea más difícil de llevar a cabo, pero también generan una comprensión que de otro modo sería imposible alcanzar. Esta percepción, a su vez, proporciona una base a menudo no reconocida para la comprensión analítica y la innovación teórica (2006:98).

En sí, los investigadores-activistas y los movimientos agrarios surgen de forma autónoma unos de otros. En el proceso de seguir sus propias trayectorias se entrelazan unos con otros. Esta relación se manifiesta de diversas formas, y puede asumir tipos menos productivos e incluso problemáticos. Una relación interactiva y de refuerzo mutuo entre ambos conduce a una dinámica de compromiso desordenada, pero encierra el mayor potencial en términos de producir un cambio progresivo en las sociedades. No obstante, aunque reconocemos un alto grado de agencia política entre los

investigadores-activistas y los movimientos agrarios, éstos llevan a cabo su trabajo académico y político en circunstancias que no son de su elección, en condiciones difíciles e incluso hostiles. En el capítulo 4 analizamos otros difíciles retos que enfrenta la investigación activista.

Capítulo 4

¿Qué hacer? Retos de la investigación activista agrarista

Ian Scoones examinó la política alrededor de la Evaluación Internacional de las Ciencias y Tecnologías Agrícolas para el Desarrollo (IAASTD por sus cifras en inglés), y concluyó que

algunos de los concursos de conocimientos implicados en la evaluación (...) iluminan cuatro preguntas centrales sobre la teoría y la práctica democráticas contemporáneas: ¿cuáles son los procesos que llevan a la delimitación del conocimiento; cómo se despliegan diferentes prácticas y metodologías en los procesos interculturales y globales; cómo se construye y legitima la “representación”; y, como resultado de esto, de qué manera surgen las formas de entender colectivamente las cuestiones globales? (...) en las evaluaciones de este tipo, la política detrás del conocimiento debe hacerse más explícita, y las negociaciones en torno a la política y los valores, los marcos y las perspectivas, deben ocupar un lugar central en el diseño de la evaluación (2009b:547).

La política del conocimiento se desarrolla, entre otros lugares, en la diversidad de interpretaciones que existen sobre el mundo y cómo cambiarlo. La política del conocimiento que Scoones indicó hace más de una década al referirse a la experiencia de la IAASTD es similar en el debate sobre el cambio climático. Jesse Ribot ha destacado esta dinámica de la política del conocimiento:

Los marcos predominantes y ostensiblemente científicos para evaluar las pérdidas y daños relacionados con el cambio climático se centran en los fenómenos climáticos como causa principal. Este enfoque oscurece y silencia las numerosas causas sociales y político-económicas de las crisis. Enmarcar de nuevo lo social pone de relieve un abanico más amplio de causas y posibles soluciones. También resulta ser más político, ya que sitúa la causa en decisiones, políticas e instituciones, indicando responsabilidades específicas. Elegir una perspectiva de análisis social y político-económico tiene implicaciones éticas y para la acción, ya que amplía las capacidades de respuesta y la asignación de responsabilidades (2022:683).

La investigación activista se centra en refutar los supuestos dominantes, pero equivocados, sobre problemas sociales como el cambio climático. Pero, como destacan Scoones y Ribot, existen voces y enfoques diversos y contrapuestos: ¿qué voces se escuchan y qué enfoques se adoptan, y por qué? Los circuitos globales del conocimiento, altamente antidemocráticos y neocoloniales, refuerzan, amplifican y legitiman las voces y los marcos de las clases y grupos sociales dominantes en asuntos relacionados, por ejemplo, con la tierra, los debates políticos alrededor de lo agrario, la alimentación y el clima. Por ende, se convierte en una tarea importante para investigadores-activistas impugnar las políticas del conocimiento y democratizar los circuitos del conocimiento, que, a su vez, no pueden desvincularse de las luchas más amplias por la justicia social.

Como tema académico y punto de referencia político, la política alrededor de lo agrario en general y de la tierra en particular, han sido revitalizadas dentro de la agenda mundial del desarrollo. Las cuestiones políticas y de investigación clásicas siguen siendo pertinentes, pero también han surgido otras nuevas. El abanico de temas es ahora mucho más amplio que en los estudios agrarios convencionales. Este cambio se debe, en parte, al carácter cambiante de los movimientos agrarios contemporáneos, que han sufrido los altibajos

que experimenta cualquier movimiento social a lo largo del tiempo.

Así, mientras que la era de las guerras campesinas y los movimientos agrarios vinculados a proyectos revolucionarios nacionales terminó hace unas cuatro décadas, desde entonces ha surgido un tipo de movimiento agrario significativamente distinto, y las recientes expresiones y proyecciones transnacionales de los mismos han sido uno de los acontecimientos más interesantes en el frente global de la política alrededor de lo agrario. La dimensión de clase y los ejes co-constitutivos de la diferenciación (raza, etnia, casta, género, generación, religión, nacionalidad) que están dinámicamente en juego, hacen que sea un reto comprender la complejidad de la mayoría de los movimientos agrarios contemporáneos. Sus transformaciones en movimientos de justicia ambiental y climática, así como en movimientos por la alimentación, o su solapamiento con ellos, representan algunos de los cambios más importantes en la política de los movimientos agrarios. Esto exige el despliegue de herramientas de análisis teóricas y metodológicas clásicas y contemporáneas en los estudios agrarios, combinadas con herramientas que aún están por imaginar y crear.

Es útil ver este desafío en el contexto de un *continuum* histórico y político, que va desde las tradiciones clásicas establecidas en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de Marx, y los aspectos más destacados del populismo agrario clásico ruso de la segunda mitad del siglo XIX, hasta las ideas centrales sobre las luchas anticapitalistas en el siglo XXI expuestas en la tipología de luchas anticapitalistas de Erik Olin Wright y la noción de Nancy Fraser de “luchas anticapitalistas y ambientales por el ecosocialismo” (Wright, 2019; Fraser, 2021).

Wright analiza cinco “lógicas estratégicas” de las luchas anticapitalistas, a saber: “aplastar el capitalismo”, “desmantelar el capitalismo”, “domesticar el capitalismo”, “resistir al capitalismo” y “escapar del capitalismo” (2019:38-64).

Destrozar el capitalismo es la lógica de los revolucionarios marxistas; sugiere destruir un sistema para construir uno nuevo, y

requiere la toma del poder estatal (2019:42). La toma del poder estatal se produce a través de “un partido socialista amplio, con bases masivas, capaz de ganar elecciones y mantenerse en el poder durante un tiempo suficientemente largo” (2019:43). El desmantelamiento del capitalismo tiene objetivos estratégicos similares, aunque se muestra escéptico sobre un derrumbe súbito del capitalismo. En su compromiso con el socialismo democrático, la idea de esta lógica es lograr un “desmantelamiento gradual del capitalismo y la construcción de la alternativa mediante la acción sostenida del Estado” (2019:43). Aplastar el capitalismo y desmantelar el capitalismo aspiran ambos a la “posibilidad última de sustituir el capitalismo por un tipo de estructura fundamentalmente diferente: el socialismo” (2019:44).

Domesticar el capitalismo implica considerar al capitalismo como la principal causa de los daños en la sociedad, por lo que propone la alternativa de la “socialdemocracia”. Su lógica se basa en la idea de que “el capitalismo no necesita ser abandonado a su suerte, sino que puede ser domesticado mediante políticas estatales bien diseñadas” (2019:45). Dicho de otro modo: “El capitalismo puede someterse a una regulación y redistribución significativas para contrarrestar sus daños y seguir proporcionando las ganancias adecuadas para que funcione”, y “para lograrlo se requiere la movilización popular y la voluntad política, pues nunca se puede confiar en la benevolencia ilustrada de las élites” (2019:45). Wright explica que “la idea de domesticar al capitalismo no elimina la tendencia subyacente del capitalismo a causar daños, simplemente contrarresta ese efecto” (2019:46).

La resistencia al capitalismo promueve “luchas que se oponen al capitalismo desde fuera del Estado, pero que no intentan por sí mismas obtener el poder del Estado” (2019:49), mientras que la huida del capitalismo implica cierto grado de resignación: “Una de las respuestas más antiguas a las depredaciones del capitalismo ha sido la ‘huida’” (2019:49). El supuesto aquí es que el capitalismo es demasiado poderoso para luchar contra él y derrotarlo, por lo que

lo mejor que podemos hacer es aislarnos de sus efectos dañinos, escapando de “sus estragos en algún entorno protegido” (2019:49).

La tipología de Wright tiene dos dimensiones: el objetivo de la estrategia, es decir, neutralizar los daños o trascender las estructuras; y el lugar de la estrategia, a saber, el Estado o la sociedad civil. Podemos extraer tres mensajes principales de la obra de Wright que son relevantes para nuestro debate actual: *a)* existe una pluralidad y diversidad de tipos ideales de luchas anticapitalistas; *b)* no existe un único tipo ideal que pueda desplegarse eficazmente para luchar contra el capitalismo; *c)* la clave es combinar los tipos ideales de luchas anticapitalistas para erosionar el capitalismo. En resumen, las luchas anticapitalistas son intrínsecamente pluralistas, interclasistas, multisituadas y multiescalares, al igual que deberían serlo las luchas agrarias contemporáneas, cuyo núcleo es la lucha por la tierra, como se analiza en el capítulo 2.

Fraser (2021) considera que la era del cambio climático ha hecho esencial que la lucha anticapitalista esté co-constituida por movimientos que vayan más allá de lo ambiental. Fraser lamenta que los movimientos contemporáneos por la justicia ambiental se ocupen por lo general de los daños específicos en las comunidades locales, sin que estén suficientemente coordinados en el nivel sistémico y no se vinculen de forma directa a las luchas anticapitalistas. Esto hace que los movimientos “meramente ambientales” rara vez estén conectados con otras luchas relacionadas, por ejemplo, con la reproducción social y el cuidado, las condiciones laborales, etcétera.

Fraser resalta la necesidad de un movimiento ambiental que vaya más allá, forjando vínculos sistémicos que conduzcan a perspectivas anticapitalistas y ecosocialistas. Nos inspiramos en el argumento de Fraser para ampliarlo al caso de los movimientos agrarios, pues consideramos que éstos tienen que ir más allá de ser “meramente agrarios”, lo cual es un mensaje clave en nuestro análisis sobre la tipología de los problemas y luchas relacionadas con la tierra en el capítulo 2.

Los conceptos normativos de Wright y Fraser relativos a las luchas son un reflejo de los cambios en el entorno global, incluido el mundo agrario. Este es un telón de fondo crucial para la investigación activista ligada al agrarismo en el siglo XXI, y lo diferencia de sus homólogos del pasado, muy centrados en los tipos ideales de destrucción/desmantelamiento del capitalismo y dominados por tradiciones marxistas ortodoxas. Hoy día, mientras que el marxismo ortodoxo sigue siendo extremadamente influyente en los estudios agrarios críticos y el activismo agrarista, las influencias ideológicas son más plurales, diversas y eclécticas (Li, 2014; Kothari *et al.*, 2019; Gerber, 2020; Roman-Alcalá, 2021).

Todo ello debe considerarse una continuación, no un rompimiento con el pasado: una transición de los estudios agrarios clásicos a los estudios agrarios críticos (Borras, 2023). Dentro de ese *continuum*, deberíamos destacar a pensadores notables y sus ideas perdurables sobre la política agraria y el papel desempeñado por los aliados. La realización de un trabajo académico-activista agrarista en el contexto contemporáneo exige una estrategia “orientada al movimiento”. Esto puede entenderse en dos sentidos. En primer lugar, está orientada al movimiento porque no rehúye vincularse y contribuir a los movimientos y proyectos políticos agrarios emancipatorios. En segundo lugar, está orientada al movimiento porque pretende llevar a cabo la investigación tanto individual como colectivamente dentro y a través de un movimiento de investigación activista y académico-activista.

El movimiento de investigación activista y académico-activista que aquí se plantea tiene las características de un movimiento social: se basa en intereses comunes, así como en suposiciones y visiones generales compartidas sobre el mundo tal y como lo conocemos y el mundo que queremos construir; es amorfo, fluido, informal, inspirado e inspirador; creativo e irreverente, audaz y subversivo. Debe adoptar la forma de un colectivo flexible: una comunidad de colegas, camaradas y compañeros de viaje. Implica y conlleva

redes formales de investigación, pero no debería acabar ahí. Debe ser a la vez organizado y espontáneo, capaz de navegar por el difícil terreno entre el vanguardismo y la subordinación con relación a los movimientos agrarios, y debe ser difuso, pero tener claros núcleos de imaginación y creatividad político-intelectual de una manera operativamente policéntrica. Debe compartirse democráticamente y dispersarse por los tres sitios clave: la academia, las instituciones de investigación independientes y los centros de investigación con base en los movimientos sociales. Sólo con un movimiento de este tipo podremos ir más allá de las agendas y logros individuales en la investigación académico-activista, resolver las contradicciones entre el individualismo académico y el colectivismo del movimiento social y, en el proceso, transformar la investigación académico-activista en una fuerza mayor para el cambio social radical.

¿Cómo puede la investigación activista seguir siendo relevante y fortalecerse en el contexto contemporáneo? ¿Qué hacer? Para ampliar la investigación activista y transformarla en una fuerza mayor en favor de la justicia social es necesario tener claro por lo menos 4 elementos: *a)* los objetivos del trabajo académico-activista, *b)* el conocimiento transformador, *c)* la acción afirmativa, y *d)* la solidaridad y el internacionalismo. A continuación, se analizan cada uno de estos aspectos, dirigiéndonos hacia lo normativo y lo práctico, y abarcando los tres entornos institucionales.

Objetivos: acceso, equidad y autonomía

Si el objetivo general es consolidar y ampliar las filas y el alcance de la investigación activista agrarista, entonces las acciones deben tener objetivos claramente definidos para que sean eficaces. En este contexto, hay tres objetivos generales de la investigación activista agrarista contemporánea que resultan cruciales y que pueden englobarse en los conceptos de acceso, equidad y autonomía.

El primer objetivo consiste en conseguir un acceso básico a los medios y condiciones necesarios para un trabajo académico-activista eficaz. Lo que esto implica puede ser diferente de un caso a otro, dependiendo de las condiciones históricas estructurales e institucionales y de las circunstancias actuales, que van de lo político a lo material. Políticamente, entre las necesidades de acceso más básicas está el derecho a tener derechos (Franco *et al.*, 2015). Pero estamos de acuerdo con el argumento de Jesse Ribot de que “el derecho a dar forma a los derechos es aún más importante: es el derecho a los medios y las libertades para influir en quienes gobiernan. Esto es la emancipación” (2014:697).

La idea y la práctica de la investigación activista, por subversivas que sean, requieren el acceso a algunos derechos civiles y políticos básicos (en virtud de leyes nacionales o tratados internacionales) (Franco y Monsalve, 2018). Esto puede sonar insignificante para investigadores-activistas que operan en sociedades donde la democracia liberal garantiza, al menos hasta cierto punto, libertades básicas de información y expresión. Estas libertades no pueden darse por sentadas en otras sociedades con condiciones políticas menos democráticas, en las que la participación en determinadas formas de activismo puede acarrear represalias violentas por parte del Estado y las élites, como la pérdida del trabajo o incluso de la vida. Además, las condiciones más desfavorables para la investigación activista suelen darse en las sociedades en las que la investigación activista subversiva es más necesaria. En tales situaciones, para poder llevar a cabo su trabajo, la tarea más urgente de investigadores-activistas es luchar por el derecho a tener derechos, y por el derecho a dar forma a los derechos.

También existen requisitos materiales y logísticos para una investigación activista eficaz, como el acceso a fondos e infraestructura para la investigación, por ejemplo, una buena biblioteca, la cual puede definirse como aquella que está bien provista de recursos, incluidos libros y suscripciones a las principales revistas científicas

internacionales. Esto es crucial para los investigadores, ya que les permite conocer en todo momento el estado del arte en diferentes campos y disciplinas. De nuevo, para la mayoría de los investigadores-activistas, la distribución actual y el alcance del acceso a estos requisitos materiales son demasiado limitados, mientras que sólo unos pocos disfrutan de un amplio acceso. Esta desigualdad se basa en las mismas condiciones estructurales e institucionales ya descritas.

Uno de los requisitos materiales más importantes para afianzar la investigación activista en todo el mundo es el acceso a servicios e instrumentos relacionados con los idiomas, lo cual tiene que ver con el hecho de que el inglés es la lengua dominante no sólo en el mundo académico, sino también en las instituciones de investigación independientes y en los movimientos sociales. En el mundo académico actual, si una publicación académica se encuentra en una revista o libro de lengua no anglosajona, es muy probable que no reciba el “valor” que merece. La inmensa mayoría de las revistas académicas que están “indexadas” y se sitúan en el extremo superior de la escala de clasificación son revistas en inglés. Es inusual ver revistas no anglosajonas entre las indexadas, y aún más raro encontrar revistas no anglosajonas en los primeros puestos de cualquier sistema de clasificación; lo mismo ocurre con la publicación de libros.

Muchos sistemas de clasificación de revistas y libros se basan en complicados cálculos que, a su vez, se basan en el número de citas (Web of Science y Google Scholar). Dado que la infraestructura institucional y de incentivos está sesgada a favor de las publicaciones en inglés —por ejemplo, las revistas indexadas en Web of Science son en su inmensa mayoría en inglés—, las citas de Web of Science también están sesgadas a favor de los artículos en inglés. El ejemplo de las recompensas institucionales por la publicación de libros también es revelador: un libro publicado por una editorial anglosajona con sede en Europa es probable que obtenga el máximo de puntos de incentivo para su autor por parte de la universidad, mientras que un libro publicado en bahasa indonesia es probable que aporte puntos

mínimos, si es que aporta alguno. Lo cierto es que ni siquiera publicar en inglés iguala automáticamente las condiciones: uno puede recibir el máximo de puntos de incentivo por publicar con una editorial en lengua inglesa con sede en los Países Bajos, y pocos o ningún punto por publicar con una editorial en lengua inglesa en Filipinas. La estructura de valoración de las publicaciones académicas, en la que se integran investigadores-activistas, es profundamente antidemocrática.

Así, otra tarea urgente y continua de los investigadores-activistas es trabajar para dismantelar estas estructuras sociales, de ahí la necesidad subrayada por Castree (2000) de tratar a las universidades como trincheras de lucha. Dada la profundidad de las bases estructurales e institucionales de esta situación antidemocrática, cambiar el sistema será una lucha a largo plazo. Mientras tanto, los investigadores-activistas deben afrontar este reto luchando por el acceso a los servicios de idiomas. Como mínimo, esto significa traducir las comunicaciones escritas y verbales al inglés, así como apoyo para la edición lingüística de los trabajos publicados. Aunque suene mundano, este apoyo conlleva importantes costes financieros que los investigadores-activistas —especialmente los situados en el Sur global y procedentes de grupos sociales desfavorecidos— pueden no estar en condiciones de cubrir. La mayoría de los investigadores del Sur global o que trabajan en pequeñas instituciones de investigación independientes o en movimientos sociales no disponen de esos recursos: de hecho, esa cantidad puede equivaler al salario de un mes completo de un investigador universitario. Disponer de recursos para pagar servicios e instrumentos relacionados con los idiomas es, por tanto, un requisito básico para investigadores-activistas, pero superar los obstáculos y las limitaciones que ello implica no es fácil. Las ideas de algunos movimientos sociales transnacionales contemporáneos podrían ser pertinentes en este caso, pues hace dos o tres décadas encontraron una solución parcial a un problema similar con la aparición de un movimiento organizado de “traductoras y traductores solidarios”.

El segundo objetivo está relacionado con la equidad. La discusión anterior demuestra que muchos investigadores-activistas potenciales y en acción no cuentan con el acceso mínimo a algunos de los requisitos materiales y políticos fundamentales para una investigación activista eficaz. Como ya se ha dicho en capítulos anteriores, el trabajo de investigadores-activistas es relacional, dentro y fuera de los círculos académicos-activistas. Es importante no considerar el acceso como una preocupación aislada, ya que de este modo se reforzarían los problemas del individualismo y el elitismo, lo cual quiere decir que el acceso individual debe considerarse con relación a estructuras sociales más amplias.

Es vital abordar la cuestión del acceso en el contexto de las desigualdades estructurales e institucionales en las que se desenvuelven los investigadores-activistas y sus aliados, competidores o adversarios. En esta línea, se han identificado distintos ejes de desigualdad: entre los investigadores-activistas adentro de las instituciones y entre las instituciones académicas mismas, caracterizados por la diferenciación social basada en la clase y otros ejes co-constitutivos de la diferenciación; y entre los investigadores-activistas y los demás.

Como en el caso del acceso, las desigualdades pueden apreciarse en el contexto de requisitos materiales y políticos diferenciados para la investigación activista. No se trata de desigualdades aleatorias, sino más bien del resultado directo de sistemas coloniales y pos-coloniales de saqueo, explotación y opresión históricos, así como de las relaciones de poder contemporáneas. No es un accidente aleatorio que una prestigiosa universidad del Reino Unido esté exponencialmente mejor dotada que su homóloga de Zimbabue, por ejemplo. Existen infinitas manifestaciones de estas desigualdades materiales y políticas.

Tal como se ha sugerido, dos de los medios más importantes de producción de conocimiento para los investigadores-activistas son los libros y las revistas científicas, que son como el arado y la tierra para los campesinos. El patrón general de distribución del acceso a

estos dos recursos clave refleja y reproduce los ejes de explotación y opresión. Si el conocimiento es poder, el acceso desigual a los medios de producción de conocimiento implica reproducir la distribución desigual de poder. La cuestión del acceso nunca es sólo una cuestión técnica, o una de derecho o una oportunidad individual aleatoria, sino una extensión y un reflejo de las estructuras de poder.

Acabar con estas desigualdades y construir un terreno más democrático en el que la investigación activista pueda germinar, crecer y florecer son imperativos urgentes. Lo que está claro es que la lucha por una distribución más equitativa de los medios y la infraestructura para la producción del conocimiento no puede desconectarse de las luchas más amplias dentro y contra el capitalismo.

El tercer objetivo, directamente relacionado con las cuestiones de acceso y equidad que se han tratado con anterioridad, debería ser producir una masa crítica de investigadores-activistas situados en múltiples contextos con un alto grado de autonomía y capacidad de acción. Esto implica, lógicamente, la realización de actividades y eventos que aumenten el grado de autonomía y capacidad: es decir, el empoderamiento.

Resumiendo, por autonomía entendemos el grado de influencia externa en los procesos internos de un movimiento, lo cual difiere del concepto de "independencia", que se refiere a una cuestión de ser o no ser (Fox, 1993). La capacidad se refiere a la habilidad para hacer lo que uno quiere hacer, dadas las aptitudes y los recursos necesarios. Un movimiento puede tener una gran autonomía para hacer lo que quiere hacer, pero carecer de la capacidad para llevarlo a cabo; a la inversa, puede tener la capacidad de hacer algo, pero carecer de la autonomía suficiente para perseguir sus objetivos; en cualquier caso, no podrá alcanzar sus aspiraciones (Fox, 1993). Éste es un reto para investigadores-activistas, sin importar su entorno institucional. Por ejemplo, un académico-activista puede pretender llevar a cabo una investigación y un trabajo de incidencia política explícitamente anti-capitalista y socialista, pero los únicos fondos disponibles proceden de

una agencia gubernamental o de un donante corporativo filantrópico. Incluso cuando los investigadores-activistas poseen la capacidad, las aptitudes y los recursos para efectuar su investigación, pueden carecer de la autonomía necesaria.

Independientemente de su lugar de trabajo los investigadores-activistas deben enfrentar obstáculos para alcanzar mayores niveles de autonomía y capacidad de acción. En la actualidad, en muchas sociedades las condiciones políticas tienen a reducir el nivel de autonomía. Además, aunque muchas universidades e instituciones oficiales de investigación del Sur están mejorando sus infraestructuras y capacidades logísticas para la investigación, sus niveles siguen siendo muy inferiores a los de sus homólogas del Norte. Por último, los investigadores-activistas de todas las esferas institucionales están atravesados por procesos de diferenciación social como la clase y otros ejes co-constitutivos de la diferenciación (raza, etnia, género, generación, casta, nacionalidad, religión, lengua).

Una persona blanca privilegiada procedente de una familia de clase alta del Norte que haya estudiado en una universidad de élite mundial y haya socializado con importantes investigadores-activistas globales no se encontrará con las limitaciones y obstáculos cotidianos a los que se enfrenta un investigador-activista negro o indígena, con bajos ingresos, que haya asistido a una universidad “desconocida” y que haya trabajado al margen de los círculos académicos o activistas de élite. El grado de autonomía y la capacidad de acción que puedan tener estos dos tipos extremos de investigador-activista son muy diferentes.

En resumen, un punto de partida clave para reflexionar sobre estos temas es considerar que la investigación activista está marcada por dispositivos de diferenciación social como la clase y otros ejes co-constitutivos, independientemente de la base institucional donde se desarrolle. Si no se comprende esto, es probable que se reproduzca y refuerce la diferenciación social que refleja estructuras sociales más amplias e instituciones de explotación y opresión. En pocas palabras,

podemos entender la cuestión de la autonomía y la capacidad de acción de los investigadores-activistas en parte comprendiendo que su esfera de trabajo no es igualitaria, sino que está definida por jerarquías, estatus social y elitismo.

Los niveles de autonomía y capacidad de investigadores-activistas son intrínsecamente dinámicos a lo largo del tiempo y dependen en gran medida de proyectos y campañas específicos, condiciones institucionales y fuentes de financiación. En ese sentido, comúnmente los investigadores-activistas se encuentran en el *continuum* de los dos tipos ideales presentados de altos niveles de autonomía y capacidad y bajos niveles de autonomía y capacidad. Si el objetivo general es afianzar a investigadores-activistas a escala mundial en las tres esferas de la academia, las instituciones de investigación independientes y los movimientos sociales, entonces la tarea inmediata es realizar actividades que fomenten la autonomía y la capacidad de investigadores-activistas en acción y potenciales.

Conocimiento transformador

El acceso a los medios de producción de conocimiento y la equidad en los mismos, con vistas al fortalecimiento de la autonomía y la capacidad de acción, son requisitos fundamentales para una de las piedras angulares de la investigación activista: una perspectiva transformadora de la generación, atribución y uso del conocimiento. La generación, la atribución y el uso del conocimiento pueden reproducir estructuras e instituciones de explotación y opresión; en ese sentido, una de las características que definen a los investigadores-activistas, al menos desde el punto de vista normativo, es hacer hincapié en un tipo transformador de conocimiento: un marco y un método de trabajo que aspira a impedir que la infraestructura del conocimiento se utilice para reproducir la explotación y la opresión de forma más amplia. En síntesis, los investigadores-activistas

aspiran (y deberían aspirar) a una forma emancipadora de generación, atribución y uso del conocimiento.

El orden social y la jerarquía actuales en la generación de conocimiento reflejan y reproducen el sistema social general, incluidas sus características de explotación y opresión. La naturaleza y el modo en que se genera el conocimiento se utilizan para construir y mantener perspectivas hegemónicas y para justificar el capitalismo global. Algunos de los medios básicos para la producción de conocimiento (libros, revistas académicas, escuelas, centros de investigación) se han mercantilizado en general con fines lucrativos. El resultado es que sólo un puñado de países, grupos sociales o individuos pueden permitirse tener pleno acceso a estos medios de producción de conocimiento, dejando al margen a la inmensa mayoría. Los diversos mecanismos de mercantilización de las universidades, la investigación y el conocimiento son elementos que sostienen la reproducción de un sistema injusto.

Esto puede manifestarse en algunas prácticas cotidianas (aparentemente inofensivas e incluso positivas) del mundo de la investigación. Por ejemplo, las becas de investigación, incluso las clasificadas como becas científicas, se han alineado cada vez más para apoyar las agendas estatales y corporativas para la reproducción continua y ampliada del capital corporativo. Las convocatorias para becas de investigación especifican marcos de investigación predeterminados, como las solicitudes de proyectos en torno a la mitigación y adaptación al cambio climático basadas en el mercado, o una convocatoria de becas filantrópicas sobre “cómo hacer que la nueva revolución verde funcione en África”. Los temas abiertos en la investigación científica y en la investigación orientada a la política son cada vez más escasos, pues los problemas de la neoliberalización de las universidades tienen un carácter global. Burawoy explica que, a medida que disminuye el gasto público y una universidad se convierte cada vez más en una organización autofinanciada, esta “busca nuevas fuentes de ingresos (...) y medidas para reducir gastos” (2014:XI). Argumenta que

al competir por fondos limitados, las universidades han entrado en el juego de los *rankings*, lo que implica manipulaciones elaboradas y costosas, sometiendo a la academia a cálculos de corto plazo o a criterios arbitrarios que determinan lo que se considera conocimiento. La combinación de mercantilización y racionalización ha conducido a la polarización de las condiciones de la enseñanza superior en todos los niveles: dentro de las disciplinas y entre ellas, dentro de las universidades y entre ellas, dentro de los países y entre ellos (...) Los académicos se enfrentan a una serie de opciones: observar pasivamente el desarrollo del proceso, participar activamente en su promoción o, alternativamente, mantener el carácter público de las universidades y defender su autonomía mediante la construcción de alianzas con sectores públicos que están experimentando presiones similares de mercantilización y racionalización (2014:XI).

En el contexto del diagnóstico de Burawoy sobre la situación actual de las universidades, la atribución de conocimientos es quizá una de las manifestaciones más concretas de las desigualdades impulsadas por la mercantilización en el trabajo del conocimiento. La neoliberalización de las universidades y de la investigación en general también ha supuesto el refuerzo de las reclamaciones individuales de los derechos de propiedad intelectual como propiedad privada individual, lo que plantea nuevos dilemas para la investigación radical y la investigación activista. Como bien apuntan Sudbury y Okazawa-Rey, los investigadores-activistas “viven en medio de contradicciones” (2009:12) y están constantemente atravesados por dilemas éticos y políticos.

Este problema es en específico agudo y generalizado en la investigación relacionada con el mundo agrario, como se manifiesta en la monetización de la participación y colaboración en la investigación de personas u organizaciones del Sur global. Es decir, un colaborador remunerado al que se ha etiquetado como “asistente de investigación”, “recopilador de datos” o “enumerador de datos” no tiene necesariamente derecho a convertirse en coautor del resultado final de la investigación.

He aquí un ejemplo hipotético concreto: un académico que no conoce en absoluto la dinámica de los movimientos agrarios de un país determinado quiere escribir sobre ellos, pero no puede realizar el trabajo de campo exhaustivo que se necesita, en parte porque no conoce el idioma local. Así que contrata a dos experimentados intelectuales y activistas locales, que conocen muy bien el movimiento agrario de ese país, como asistentes de investigación para que realicen entrevistas y grupos focales en su nombre a cambio de una remuneración. Los honorarios son insignificantes en el contexto de una universidad europea o norteamericana bien dotada, pero son varias veces superiores a lo que los intelectuales locales reciben como salario de una universidad pública local o de una ONG. Se ejecuta la investigación, se entregan los datos al académico, se pagan los honorarios a los intelectuales locales y se publica una revista bajo la exclusiva autoría del académico, que ahora tiene los derechos individuales de propiedad sobre los datos e información del artículo.

Una característica que acompaña a este sistema desigual de atribución es el concepto de “derechos de propiedad privada” sobre el conocimiento: esto es, los derechos de autor. Una variante de esta práctica común consiste en tomar y utilizar casualmente ideas de informes genéricos de organizaciones y movimientos radicales no académicos. En este caso, por lo general no se reconocen los derechos de autor porque la academia considera a este tipo de documentos como materiales “grises”, es decir, algo que no ha sido estrictamente “publicado” en la definición académica del término. Pero si estas organizaciones quieren utilizar el artículo de revista protegido por derechos de autor que se apropió de las ideas de las organizaciones en primer lugar, se espera que hagan referencia al artículo académico como el “origen” de la idea.

A primera vista, podríamos decir que no hay nada incorrecto, desde el punto de vista legal o incluso ético, en el primer caso hipotético presentado aquí: tanto el comprador como el vendedor de servicios quedaron satisfechos con la transacción comercial, y

las actividades descritas en ambos casos se practican con bastante frecuencia en todo el mundo. Sin embargo, si utilizamos una lente política desde una perspectiva académico-activista, podríamos hacer una valoración distinta. Los investigadores-activistas y quienes aspiran a serlo deben reflexionar sobre estas prácticas de forma más crítica en términos políticos.

Del mismo modo, en términos generales, no hay nada inherentemente malo en la idea de los derechos de autor. Pero si el punto de partida de tal reivindicación es un sistema de atribución viciado, entonces existe el peligro de que los derechos de autor formalicen una reclamación de atribución problemática. Es equivalente a decir que no hay nada malo en un título privado de tierra *per se*, siempre y cuando no se base en un sistema viciado de distribución de la tierra o en reclamaciones problemáticas de tierras, porque de esa manera los títulos de propiedad pueden servir para formalizar la desigualdad estructural en el acceso a la tierra.

En un caso extremo, los hipotéticos asistentes de investigación citados, ya no podrían hacer referencia a sus propios conocimientos sobre el movimiento agrario sin hacer referencia al académico europeo que inició el contrato para realizar el trabajo de recopilación de datos. Utilizar sus propios conocimientos sin citar el artículo de la revista del académico europeo significaría, legal y técnicamente, cometer plagio, un delito grave en el mundo académico. Para que los derechos de autor, tan sacrosantos en el mundo académico, funcionen con justicia, deben basarse en un sistema justo de atribución. Esta difícil situación pone en juego una vasta zona gris del mundo académico. Unas líneas de la canción de Woody Guthrie, “This land is your land”, escrita y compuesta hace casi un siglo en un contexto diferente y sobre un tema distinto, ayudan a ilustrar la cuestión:

Había un muro alto que intentaba detenerme;
En este muro un aviso que decía: Propiedad Privada,
Pero en la parte de atrás no decía nada.

No estamos sugiriendo aquí que la única solución sea designar coautor a todo aquel que haya hecho alguna contribución a un proyecto específico relacionado con la generación de conocimiento. Lo que defendemos es un esfuerzo serio por alejarse de las prácticas antidemocráticas e injustas que se recogen en el ejemplo hipotético, y un tanto caricaturizado, al que nos hemos referido. Es probable que el mejor camino a seguir se encuentre en algún punto intermedio entre los dos extremos de exclusión o inclusión absolutas. Si la coautoría completa como forma de atribución es poco práctica o imposible, al menos se debería poder ser lo suficientemente generoso en el reconocimiento de quienes realizan una contribución significativa al proceso de investigación, lo que sería menos complicado desde el punto de vista logístico.

Los problemas de atribución aquí descritos se agudizan y se vuelven complejos porque la arquitectura estructural e institucional, y el andamiaje ideológico que la sustenta, son tan desiguales y antidemocráticos que otorgan a algunos académicos y otras personas que reclaman la atribución de ideas dentro y fuera de la academia un poder mucho mayor que a otros tanto para construir como para hacer valer sus reclamaciones.

En este contexto, los intelectuales orgánicos de los movimientos agrarios, los investigadores en condiciones precarias, los activistas con base en pequeñas instituciones radicales de investigación independiente y los movimientos agrarios que se mantienen ocupados luchando en las trincheras podrían estar todos en el lado perdedor del muro de Woody. No se trata de cuestionar la pertinencia e importancia de las reivindicaciones de propiedad sobre los derechos de autor, ni la necesidad de normas antiplagio y su aplicación. Más bien, lo que se plantea aquí para una reflexión más profunda es que si tenemos que perseguir y hacer cumplir la idea de las reclamaciones individuales privadas de derechos de autor y las normas antiplagio, es importante que haya una democratización previa o concomitante de toda la esfera de la generación, atribución, circulación y uso del conocimiento,

pues no puede permitirse que una obra intelectual apropiada y reclamada antidemocráticamente pueda estar plenamente protegida por el aparato legal de los derechos de autor. Los derechos de autor, en principio y en la práctica, sólo pueden ser justos si se basan en un sistema democrático de atribución del conocimiento.

Ahora bien, esto no quiere decir que la autoría deba ser siempre colaborativa, pues hay muchas ocasiones en las que la autoría individual es por completo apropiada y correcta, incluyendo, por ejemplo, a aquellos investigadores-activistas que se toman un descanso para comprometerse con la “fuerza de la abstracción” (Mitchell, 2004).

Al observar la distribución de la balanza, puede notarse que son quienes se asientan en los círculos de la élite de la academia quienes tienden a estar en el lado de los beneficios, no porque quieran aprovecharse de los “otros” a través del muro de Woody, sino por el propio entorno estructural e institucional en el que se encuentran. Algunos son capaces de ejercer su influencia para intentar superar las limitaciones y los obstáculos del sistema, o incluso para reestructurar radicalmente sus universidades en el sentido defendido por Castree (2000), aunque esto podría resultar un paso demasiado grande para muchos. Por ejemplo, una tradición arraigada y mantenida durante años en el mundo académico con respecto a la coautoría colaborativa es, en principio, una transacción comercial: uno tiene que contribuir realmente en la escritura de la publicación para ser señalado como coautor.

A menudo “contribución” significa algo “concreto”, y con frecuencia ese algo concreto significa participación real en la redacción de un texto. Aquí es donde entra en juego la base estructural e institucional de la exclusión, porque hacer una contribución lo suficientemente significativa como para ser considerado coautor suele requerir la capacidad de escribir en un inglés académico elocuente. Con demasiada frecuencia, esto implica que los hablantes no nativos de inglés, especialmente los del Sur global, quedan excluidos a priori. De manera que reducir la idea de contribución al conocimiento a

algo técnico, como la capacidad de escribir en inglés “académico”, o la experiencia en una técnica cuantitativa que sea un elemento clave en una publicación, es quizá el mecanismo *de facto* más significativo de exclusión y, de hecho, de apropiación indebida y tergiversación en la generación y atribución del conocimiento.

Mientras tanto, los que tienen su base en movimientos sociales, pequeñas instituciones de investigación independientes o universidades poco dotadas del Sur global se encuentran en el otro lado de la balanza. En nuestra opinión, la mejor forma de avanzar para los investigadores-activistas es mediante un proceso: participar en la “construcción de puentes”, conscientes de las dificultades prácticas que entraña tratar de lograr un terreno perfectamente democrático en la atribución de conocimientos. La construcción de puentes conlleva prácticas cotidianas como garantizar una representación suficiente y adecuada de investigadores del Sur global en publicaciones para números especiales de revistas, libros editados, etcétera, que estén directamente relacionados con el Sur global. El punto es que el compromiso de los investigadores-activistas con los procesos que lleven a la construcción de puentes podría hacer las condiciones actuales menos antidemocráticas.

Por último, la esfera del uso del conocimiento es con probabilidad una de las dimensiones más asimétricas del complejo mundial del conocimiento. Aunque la era digital ha contribuido a la erosión parcial del monopolio de las élites sobre la información y el conocimiento, sigue habiendo numerosos tipos de conocimiento e información inaccesibles para la mayoría. Una suscripción anual a una revista internacional de renombre puede costar al menos mil dólares, y no hay forma de que las numerosas universidades, instituciones de investigación independientes y movimientos sociales (incluidos muchos del Norte) con dificultades económicas puedan permitirse semejante gasto. Esto conduce, entre otras cosas, a situaciones extremas en las que el conocimiento generado por los intelectuales orgánicos en las trincheras de las luchas agrarias sea apropiado por

personas ajenas y esos mismos intelectuales orgánicos no puedan acceder a las publicaciones porque no pueden permitirse comprar libros caros o suscribirse a revistas caras, o incluso porque no saben leer inglés.

Un futuro positivo en términos de descolonización y democratización de la producción de conocimiento y avance de la investigación activista requiere un acceso abierto para los usuarios del conocimiento. Esta lucha es una parte inherente de las luchas dentro y contra el capitalismo. La producción, la atribución y el uso son esferas inseparables de la infraestructura del conocimiento. Por lo tanto, otra tarea urgente de los investigadores-activistas es luchar por descolonizar y democratizar el acceso al conocimiento para impulsar la democratización, es decir, la masificación del uso del conocimiento.

Acción afirmativa

A diferencia de los académicos puros que operan en un entorno neoliberalizado basado en la competencia individual, donde el progreso depende de ser de algún modo “mejor” que los demás, la potencia de un investigador-activista no se basa principalmente en los logros o la importancia del individuo, sino en la fuerza de la comunidad y la colectividad. De ahí que para alcanzar y mantener esa fuerza es necesario fortalecer constantemente la comunidad, tanto dentro como fuera de la academia, lo cual incluye la discriminación positiva. Hay tres grupos sociales que deberían ser el objetivo de la discriminación positiva: *a)* aquellos dentro de la academia que se encuentran o provienen del Sur global, *b)* quienes se hallan en una posición desfavorecida en relación con los ejes de la diferenciación social, y *c)* los investigadores-activistas que operan fuera de la academia.

Existen condiciones sociales y materiales que dificultan la participación en la producción, el intercambio y el uso de conocimientos a

los investigadores procedentes o establecidos en el Sur global en las mismas condiciones que sus homólogos del Norte global, algunas de las cuales han sido enumeradas anteriormente. Incluso cuando algunos de los medios de producción de conocimientos son accesibles, estos investigadores suelen verse confinados a trabajar dentro de su propio país porque carecen de los recursos y redes necesarios para llevar a cabo investigaciones en otros países.

Publicar, aunque se disponga de importantes datos de investigación y herramientas teóricas, puede suponer un enorme reto debido a la falta de relación con pares y redes importantes a los que sus homólogos del Norte acceden fácilmente, por ejemplo, asistiendo a conferencias académicas internacionales, teniendo contactos con académicos clave que son editores de revistas o están asociados a ellas y disponiendo de recursos para pagar servicios de idiomas que les permitan alcanzar el nivel de inglés necesario para publicar. Incluso si se superan estos obstáculos y se publica en una revista de prestigio, es probable que la investigación languidezca tras una barrera de pago y, por tanto, su circulación sea escasa, mientras que sus homólogos pueden permitirse pagar por la costosa opción de *Vía Dorada*, que garantiza el acceso abierto permanente a su publicación. Los investigadores del Sur global, o radicados en él, necesitan ayuda para superar dichos obstáculos y superar limitaciones que pueden resultar absurdamente difíciles.

Existen grupos sociales que podrían estar en desventaja dentro de la academia global. La desventaja viene determinada por la clase y los ejes co-constitutivos de la diferenciación: raza, etnia, casta, género, generación, religión, nacionalidad. Incluso en algunas universidades bien dotadas del Norte, los investigadores de estos grupos sociales se enfrentan a retos en la producción, atribución y uso del conocimiento en comparación con sus homólogos de otros grupos sociales. Así, si eres joven, mujer, no cristiano, inmigrante no blanco o investigador que no habla inglés como lengua materna en Europa o Norteamérica, es probable que te enfrentes a retos a

los que no suelen enfrentarse tus homólogos blancos, varones, de clase media o alta y no inmigrantes. Las relaciones de explotación en el ámbito de la generación de conocimientos pueden darse en el nivel intrainstitucional, incluso dentro de una misma universidad. Es bastante común que un académico sea un “explotador” en un sentido y, al mismo tiempo, un “explotado” en otro.

Los investigadores-activistas que no pertenecen al mundo académico, es decir, los que trabajan en movimientos sociales o en pequeñas instituciones de investigación radicales e independientes, probablemente pertenezcan a una de las dos categorías anteriores, o a ambas, además de tener que enfrentarse a los retos ya señalados de investigar en un entorno no académico. Es probable que estos investigadores se encuentren en el extremo inferior de las condiciones más desfavorables en los ámbitos de la generación, la atribución y el uso del conocimiento.

Por lo tanto, los investigadores-activistas están llamados a emprender una acción afirmativa para descolonizar y democratizar el tejido estructural e institucional de las esferas globales de producción, atribución, intercambio y uso del conocimiento, ayudando a reducir los obstáculos y a eliminar las limitaciones para los investigadores-activistas tradicionalmente en desventaja. La forma más importante de lograrlo es ayudando a estos grupos a formar y organizar movimientos sociales que puedan desafiar subversivamente el *statu quo* y construir una esfera global más democrática de generación, circulación y uso del conocimiento.

Solidaridad e internacionalismo

Por último, los investigadores-activistas deben llevar a cabo su tarea fundamental de interpretar el mundo de diversas maneras para transformarlo, trabajando para alcanzar mayores niveles de justicia social. Para los investigadores-activistas que trabajan dentro de la

academia, su lugar es a la vez un refugio y un campo de batalla, un lugar seguro y un lugar de lucha. En respuesta a los llamamientos de los geógrafos radicales para que se pongan en contacto con activistas ajenos a la academia, Castree replica:

Quiero defender aquí un proyecto de activismo dentro del sistema de educación superior del cual los geógrafos de izquierdas suelen sentirse obligados a salir. Si esto parece extraño, es sólo porque nos hemos acostumbrado a pensar que el activismo debe centrarse “ahí fuera”, en el “mundo real” (2000:960).

Nos tomamos en serio el punto de Castree de tratar la academia misma como un lugar para la investigación activista (véase también Burawoy, 2014; Deere, 2018). Tal como aduce Castree en su ensayo, esto sólo puede hacerse colectivamente, como en cualquier lucha política. El individualismo y el egoísmo, sellos distintivos del mundo académico convencional, son polos opuestos del activismo académico orientado a la comunidad y al colectivo. La tarea requiere que los investigadores-activistas se organicen constantemente y amplíen sus filas: un investigador-activista necesita el instinto de un organizador comunitario. Puede que el nivel de acción de Alinsky —es decir, local, micro, vecinal— sea menos pertinente hoy día, cuando se necesitan luchas más audaces, más grandes y multiescalares, pero su noción de que los organizadores comunitarios deben ser constantemente irreverentes y subversivos sigue siendo igual de pertinente, tanto dentro como fuera de la academia.

Los grupos sociales tradicionalmente marginados y faltos de recursos en el trabajo de investigación activista no carecen por completo de recursos, se tienen los unos a los otros y, cuando se unen, pueden generar una reserva global de recursos. Esto adopta diversas formas, grandes y pequeñas, como subvertir las costosas barreras de las revistas científicas aprovechando al máximo las zonas legalmente grises de las plataformas virtuales de intercambio de publicaciones. Las

acciones se llevan a cabo de forma individual y dispersa o también pueden ser a gran escala y organizadas, para conseguir el máximo efecto.

Los miembros de un grupo social marginado pueden tener algo que ofrecer a otros que se pueda intercambiar. Por ejemplo, la corrección de textos en inglés puede hacerse, no a las tarifas del mercado abierto determinadas en el Norte global, sino a “tarifas solidarias” asequibles, o incluso sobre la base de intercambios en especie. Los movimientos transnacionales contemporáneos por la justicia social no habrían surgido sin un conjunto organizado de intérpretes y traductores. Es difícil imaginar cómo la lucha por democratizar el terreno global de la producción, circulación y uso del conocimiento puede lograrse sin la participación de un grupo activista organizado de traductores y editores. Aún está por determinar cómo puede organizarse a gran escala.

La creación de redes globales es clave en la producción, circulación y uso del conocimiento. En pocas palabras, se trata de la inserción de uno en la red de poder: en el contexto actual, esto significa la inserción y la ubicación de un académico en la red de poder político dentro de la academia, y la red de poder entre la academia y los entornos fuera de ella (Derickson y Routledge, 2015:5). La ubicación en las redes de poder se manifiesta de diversas maneras y formas. En particular en la academia se organiza por disciplina, campo y tema, o por país y región del mundo. Estas redes son cruciales para tomar el pulso del campo, conocer el estado del arte, seguir los últimos debates, estar al tanto de los investigadores clave en el campo de uno, recibir comentarios de los compañeros sobre ideas y borradores de documentos, forjar alianzas para equipos de investigación más fuertes que podrían ganar becas competitivas o escribir en colaboración publicaciones de alto impacto y así sucesivamente. También es a través de estas redes como se llega a conocer a los editores de las series de libros de las prensas universitarias de élite o a los directores de revistas de prestigio. Muchas de las redes y asociaciones académicas

convencionales exigen cuotas de afiliación y organizan conferencias internacionales periódicas, y muchas de ellas, no todas, se asemejan a clubes de élite.

Múltiples investigadores de los grupos sociales tradicionalmente marginados, incluidos investigadores-activistas, enfrentan dificultades para integrarse en estas redes y círculos de élite por diversas razones, pero a menudo debido a los altísimos costos de los viajes internacionales, la dificultad para obtener visados, las cuotas de afiliación, los requisitos del inglés, etcétera. En lugar de aceptar pasivamente la exclusión de las redes de élite, los investigadores-activistas pueden construir su propia red paralela, complementaria o alternativa. Esto no eliminará de inmediato las limitaciones y obstáculos estructurales e institucionales a los que se enfrentan; no obstante, podría significar el comienzo de un esfuerzo más organizado en este sentido. Sería interesante ver dos redes paralelas que pudieran llegar a ser competitivas o complementarias: una parecida a un club elitista de sólo miembros que se sienten cómodos con el *statu quo* de la academia, la otra más parecida a una versión con múltiples sedes de las irreverentes asociaciones de vecinos de Alinsky, destinada a subvertir el *statu quo* de la academia global.

La tarea de dismantelar la base estructural e institucional del antidemocrático mundo de la generación, atribución y uso del conocimiento es desalentadora y extremadamente difícil y no puede separarse de las luchas más amplias dentro y contra el capitalismo. Aunque las redes entre investigadores-activistas son necesarias, es importante que tales esfuerzos se transformen en un movimiento emancipador coherente basado en la solidaridad y el internacionalismo. Ello significa no sólo hacer hincapié en la necesidad de abordar las preocupaciones prácticas cotidianas de investigadores-activistas individuales o de las organizaciones del movimiento agrario en lugares y momentos específicos, sino también vincular la lucha por una esfera democrática de generación, intercambio y uso del conocimiento a las luchas más amplias dentro y contra el capitalismo. Un movimiento académico-activista basado

en la solidaridad es una contracorriente de la norma individualista, oportunista y narcisista de la academia, hace hincapié en el principio general de la economía moral de progresar o morir de hambre juntos, y se asegura de no dejar a nadie atrás.

El internacionalismo es clave para contrarrestar la deuda económica perpetuada por los países del norte y occidentales. Inspirándonos en conceptos como “deuda ecológica” y “deuda climática”, utilizamos aquí el término “deuda académica” para referirnos a la deuda contraída por las antiguas naciones colonizadoras e imperialistas, cuyo saqueo de muchos países del Sur global se tradujo en la destrucción a largo plazo de la autonomía y la capacidad de esos países para construir sus propias instituciones académicas sólidas que no estén supeditadas, material e ideológicamente, a sus homólogas de los centros imperiales globales. El internacionalismo significa forjar coaliciones entre academias e investigadores-activistas de todo el mundo para hacer frente a esta deuda académica y construir una investigación activista global en verdad emancipadora.

Para nosotros, las luchas agrarias que no estén vinculadas a luchas más amplias contra el capitalismo pueden ser impactantes, pero no cambiarán significativamente el mundo tal y como lo conocemos. A su vez las luchas dentro y contra el capitalismo sin una comprensión y conexión adecuadas con las luchas agrarias están abocadas al fracaso.

De manera que las luchas más prometedoras van más allá de lo agrario, es decir, están vinculando diversas luchas de clase y sectoriales dentro del mundo rural y agrario para formar luchas antisistémicas, y en paralelo están conectadas con las luchas anticapitalistas en general (Wright, 2019; Fraser, 2021). La tarea de construir semejante movimiento anticapitalista global en el que las luchas por la tierra sean una parte central requiere la contribución de los intelectuales públicos, en el sentido que Gramsci (1971) pretendía. Para esta tarea, serán necesarias todas las perspectivas políticas alrededor del conocimiento: progresista, radical, activista y académico-activista.

Los investigadores-activistas, en última instancia, incluso quienes proceden de grupos socialmente marginados, pertenecen por definición a una subcategoría más acomodada en la jerarquía social más amplia de los que padecen la explotación y la opresión. Resulta tentador realizar un trabajo académico-activista para los explotados y oprimidos, y existe una base material para hacerlo, pues representa un conocimiento revolucionario y emancipador, además de una forma de trabajo de incidencia política radical que puede ser el más importante de todos los tipos progresistas y revolucionarios de producción de conocimiento. Empero, para nosotros, no es lo que define de forma decisiva a un investigador-activista. Escribir para y con los explotados y oprimidos es una pequeña subcategoría de esta ciencia radical, aunque es una subcategoría decisiva. Esto implica que los investigadores-activistas son aquellos que se comprometen con movimientos políticos desordenados, como se ha argumentado con anterioridad basándose en la obra de Frances Fox Piven. Pese a las constantes tensiones que existen entre investigadores-activistas, por un lado, y otros productores, intermediarios y usuarios de conocimientos, radicales o no, por otro, no son necesaria ni automáticamente adversarios. En muchas ocasiones y para muchas materias, podrían ser aliados en la construcción del bien común.

En conclusión, es muy probable que las luchas por la tierra en todo el mundo se intensifiquen y amplíen en un futuro próximo a la luz del creciente consenso en torno a las denominadas soluciones al cambio climático basadas en la naturaleza, como alcanzar las emisiones netas cero a través de proyectos de compensación de emisiones de carbono, que probablemente darán lugar a más acaparamientos de tierras. Esto hará que la investigación activista ligada a lo agrario sea aún más urgente y necesaria.

No se puede obviar el hecho de que los investigadores-activistas tienen una doble tarea: sobresalir en el trabajo académico y en el trabajo político. Esto requiere un enorme compromiso de tiempo

y esfuerzo. En este contexto, investigadores-activistas agraristas, dondequiera que se encuentren, sienten a veces que son como los campesinos chayanovianos: su producción no está orientada plenamente al comercio ni es viable, gran parte de su trabajo no es remunerado, su contribución a la sociedad en general no se reconoce y su actividad no produce muchos beneficios pues apenas sirve para cubrir los gastos. Para sobrevivir, tienen que recurrir a la autoexplotación, combinando largas jornadas de trabajo con una gran abnegación; sin embargo, sienten una profunda satisfacción que no puede medirse en términos materiales o monetarios. Daremos las últimas palabras a Piven, que capta plena y poderosamente un sentimiento con el que creemos estarían de acuerdo la mayoría de investigadores-activistas del mundo agrario:

Los investigadores-activistas deberían dejar de considerarse mártires. Somos activistas por la alegría que nos da el trabajo político, porque incluso cuando fracasamos, trabajar para que nuestra sociedad sea más amable, más equitativa, más justa, nos da una satisfacción como ninguna otra, porque los compañeros y compañeras que encontramos en el esfuerzo son amigos como ningún otro, y también porque nuestros esfuerzos en el activismo iluminan nuestro mundo social y político de una manera que la academia por sí sola nunca logra (2010:810).

Glosario

- BRICS.* Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica
- CASAS.* Collective of Agrarian Scholar-Activists in the South
- COP.* Conferencia de las Partes
- CLPI.* Consentimiento libre, previo e informado
- OGM.* Organismo genéticamente modificado
- IAASTD.* Evaluación Internacional de las Ciencias y Tecnologías Agrícolas para el desarrollo
- ICAS.* Initiatives in Critical Agrarian Studies
- ISS.* Instituto Internacional de Estudios Sociales
- MST.* Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra
- ONG.* Organización no Gubernamental
- PLAAS.* Institute for Poverty, Land and Agrarian Studies
- RANEP.* Russian Presidential Academy of National Economy and Public Administration
- RCSD.* Regional Center for Social Science and Sustainable Development
- REDD+* Reducción de Emisiones derivadas de la Deforestación y la Degradación de los bosques
- MAT.* Movimientos Agrarios Transnacionales
- TNI.* Transnational Institute
- UNESP.* Universidade Estadual Paulista, Presidente Prudente
- UNFCCC.* Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático
- USDA.* US Department of Agriculture

Fuentes consultadas

- ActionAid (2011). "Smallholder-led sustainable agriculture". Recuperado de <http://www.actionaid.org/publications/smallholder-led-sustainable-agriculture-actionaid-international-briefing>
- ALONGE, A.J. y R.A. Martin (1995). "Assessment of the adoption of sustainable agriculture practices: implications for agricultural education". *Journal of Agricultural Education* 36(3), pp. 34-42.
- ALTIERI, M.A. (1983). "The question of small development: who teaches whom?" *Agriculture Ecosystems and Environment* (9), pp. 401-405.
- ALTIERI, M.A. (1987). *Agroecology: the scientific basis of alternative agriculture*. Colorado: Westview Press.
- ALTIERI, M.A. (1995). *Agroecology: the science of sustainable agriculture*. Colorado: Westview Press.
- ALTIERI, M.A. (1999). "Applying agroecology to enhance productivity of peasant farming systems in Latin America". *Environment, Development and Sustainability* (1), pp. 197-217.
- ALTIERI, M.A. (2002). "Agroecology: the science of natural resource management for poor farmers in marginal environments". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (93), pp. 1-24.
- ALTIERI, M.A. (2004a). "Linking ecologists and traditional farmers in the search for sustainable agriculture". *Frontiers in Ecology and the Environment* (2), pp. 35-42.

- ALTIERI, M.A. (2004b). "Agroecology versus Ecoagriculture: balancing food production and biodiversity conservation in the midst of social in-equity". Recuperado de <http://www.wildfarmalliance.org/resources/ECOAG.pdf>
- ALTIERI, M.A. (2005). "The myth of coexistence: why transgenic crops are not compatible with agroecologically based systems of production". *Bulletin of Science, Technology & Society*, 25(4), pp. 361-371.
- ALTIERI, M.A. (2012). "Convergence or divide in the movement towards sustainable and just agriculture". *Sustainable Agriculture Reviews* (9).
- ALTIERI, M.A. y Rosset, P. (1996). "Agroecology and the conversion of large-scale conventional systems to sustainable management". *International Journal of Environmental Studies*, 50(3-4), pp. 165-185.
- ALTIERI, M.A. y Rosset, P. (1999a) "Ten reasons why biotechnology will not ensure food security, protect the environment and reduce poverty in the developing world". *AgBioForum*, 2(3-4), pp. 155-162.
- ALTIERI, M.A. y Rosset, P. (1999b). "Strengthening the case for why biotechnology will not help the developing world: a response to MacGloughlin". *AgBioForum*, 2(3-4), pp. 226-236.
- ALTIERI, M.A., Rosset, P. y Thrupp, L.A. (1998). "The potential of agroecology to combat hunger in the developing world". *2020 Brief 55*, International Food Policy Research Institute (IFPRI). Washington, DC.
- ALTIERI, M.A., Bartlett, A.K., Callenius, C. *et al.* (2012). *Nourishing the world sustainably: scaling up agroecology*. Geneva: Ecumenical Advocacy Alliance.
- ALTIERI, M.A., Letourneau, D.K. y Davis, J.R. (1983). "Developing sustainable agroecosystems". *American Journal of Alternative Agriculture* (1), pp. 89-93.
- ALTIERI, M.A., Anderson, M.K. y Merrick, L.C. (1987). "Peasant agriculture and the conservation of crop and wild plant conservation". *Biology* (1), pp. 49-58.
- ALTIERI, M.A., Nicholls, C.I., Henao, A. y Lana, M.A. (2015). "Agroecology and the design of climate change-resilient farming systems". *Agro-nomy for Sustainable Development* (35), pp. 869-890.

- ALTIERI, M.A. y Nicholls, C.I. (2004). *Biodiversity and pest management in agroecosystems*. Nueva York: Harworth Press.
- ALTIERI, M.A. y Nicholls, C.I. (2008). "Scaling up agroecological approaches for food sovereignty in Latin America". *Development*, 51(4), pp. 472-80. DOI: <http://dx.doi.org/10.1057/dev.2008.68>
- ALTIERI, M.A. y Nicholls, C.I. (2012). "Agroecology: scaling up for food sovereignty and resiliency". *Sustainable Agriculture Reviews* (11).
- ALTIERI, M.A. y Nicholls, C.I. (2013). "The adaptation and mitigation potential of traditional agriculture in a changing climate". *Climatic Change*.
- ALTIERI, M.A., Funes Monzote, F. y Petersen, P. (2011). "Agroecologically efficient agricultural systems for smallholder farmers: contributions to food sovereignty". *Agronomy for Sustainable Development*, 32(1).
- ALTIERI, M.A. y Masera, O. (1993). "Sustainable rural development in Latin America: building from the bottom up". *Ecological Economics* (7), pp. 93-121.
- ALTIERI, M.A. y Toledo, V.M. (2011). "The agroecological revolution in Latin America: rescuing nature, ensuring food sovereignty and empowering peasants". *Journal of Peasant Studies* (38), pp. 587-612.
- ANDOW, D.A. y Hidaka, K. (1989). "Experimental natural history of sustainable agriculture: syndromes of production". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (27), pp. 447-462.
- ASTIER, C.M., Argueta, Q., Orozco-Ramírez, Q. *et al.* (2015). "Historia de la agroecología en México". *Agroecología*, 10(2), pp. 9-17.
- AZZI, G. (1928). *Agricultural ecology*. Turin: Tipografia Editrice Torinese.
- BACHMANN, L., Cruzada, E. y Wright, S. (2009). *Food security and farmer empowerment: a study of the impacts of farmer-led sustainable agriculture in the Philippines*. Los Banos, Philippines: Masipag-Misereor.
- BADGLEY, C., Moghtader, J.K., Quintero, E. *et al.* (2007). "Organic agriculture and the global food supply". *Renewable Agriculture and Food Systems*, 22(2), pp. 86-108.
- BALFOUR, E.B. (1949). *The living soil: evidence of the importance to human health of soil vitality, with special reference to national planning*. Londres: Faber & Faber.

- BARBOSA, L.P. y Rosset, P.M. (2017). “Movimentos sociais e educação do campo na América Latina: aprendizagens de um percurso histórico”. *Revista Práxis Educacional*, 13(26), pp. 22-48.
- BEETS, W.C. (1990). *Raising and sustaining productivity of smallholders farming systems in the tropics*. Alkmaar, Netherlands: AgBe Publishing.
- BENSIN, B.M. (1930). “Possibilities for international cooperation in agro-ecological investigations”. *International Review of Agriculture. Monthly Bulletin of Agricultural Science and Practice* (21), pp. 277-284.
- BIANCHI, F.J., Booij, C.J. y Tschardtke, T. (2006). “Sustainable pest regulation in agricultural landscapes: a review on landscape composition, biodiversity and natural pest control”. *Proceedings of the Royal Society* (273), pp. 1715-1727.
- BORRAS Jr., S.M., Hall, R., Scoones, I., White, B. y Wolford, W. (2011). “Towards a better understanding of global land grabbing: an editorial introduction”. *The Journal of Peasant Studies*, 38(2), pp. 209-216.
- BOUDREAU, M.A. (2013). “Diseases in intercropping systems”. *Annual Review of Phytopathology* (51), pp. 499-519.
- BROKENSHAW, D.W., Warren, D.M. y Werner, O. (1980). *Indigenous knowledge systems and development*. Lanham: University Press of America.
- BROWN, C. y Miller, S. (2008). “The impacts of local markets: a review of research on farmers markets and community supported agriculture (CSA)”. *American Journal of Agricultural Economics*, 90(5), pp. 1298-1302.
- BROWNING, J.A. (1975). “Relevance of knowledge about natural ecosystems to development of pest management programs for agroecosystems”. *Proceedings of the American Phytopathology Society* (1), pp. 191-194.
- BRUIL, J. y Milgroom, J. (2016). “How to amplify agroecology”. *Agroecology Learning Exchange*. Recuperado de <http://www.agriculturesnetwork.org/magazines/global/making-the-case-for-agroecology/how-to-amplify-agroecology/howtoamplifyagroecology.pdf>
- BRUSH, S.B. (1982). “The natural and human environment of the central Andes”. *Mountain Research and Development*, 2(1), pp. 14-38.

- BUCKLES, D., Triomphe, B. y Sain, G. (1998). *Cover crops in hillside agriculture: farmer innovation with mucuna*. Ottawa, Canadá: International Development Research Centre.
- BUNCH, R. (1990). "Low input soil restoration in Honduras: the Cantarranas farmer-to-farmer extension programme". *Instituto Internacional para el Medio Ambiente y el Desarrollo*, pp. 1-10 Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/resrep01663>
- CABELL, J.F. y Oelofse, M. (2012). "An indicator framework for assessing agroecosystem resilience". *Ecology and Society* (17), pp. 18-23.
- CALLE COLLADO, A., Gallar, D. y Candón, J. (2013). "Agroecología política: la transición social hacia sistemas agroalimentarios sustentables". *Revista de Economía Crítica* (16), pp. 244-277.
- CAROLAN, M.S. (2006). "Do you see what I see? Examining the epistemic barriers to sustainable agriculture". *Rural Sociology*, 71(2), pp. 232-260.
- CARROLL, C.R., Vandermeer, J.H. y Rosset, P.M. (1990). *Agroecology*. Nueva York: McGraw-Hill.
- CAZELLA, A.A., Bonnal, P. y Maluf, R.S. (2009). *Agricultura familiar: multifuncionalidade e desenvolvimento territorial no Brasil*. Sao Paulo: Mauad.
- CHAMBERS, R. (1983). *Rural development: putting the last first*. Harlow, Essex: Longman Group Limited.
- CHAMBERS, R. (1990). "Farmer-first: a practical paradigm for the third agriculture". En Altieri, M.A. y Hecht, S.B. (eds.), *Agroecology and small farm development*. Ann Arbor: CRC Press.
- CHAMBERS, R. (1993). *Challenging the professions: frontiers for rural development*. Londres: Intermediate Technology Publications.
- Christian Aid (2011). "Healthy harvests: the benefits of sustainable agriculture in Asia and Africa". Recuperado de <http://www.christianaid.org.uk/images/Healthy-Harvests-Report.pdf>
- Civil Society Mechanism (CSM) (2016). "Connecting smallholders to markets". International Civil Society Mechanism for Food Security and Nutrition, Rome. Recuperado de <http://www.csm4cfs.org/wp-content/uploads/2016/10/English-CONNECTING-SMALLHOLDERS-TO-MARKETS.pdf>

- CLAWSON, D.L. (1985). "Harvest security and intraspecific diversity in traditional tropical agriculture". *Economic Botany*, 39(1), pp. 56-67.
- CONWAY, G.R. (1986). *Agroecosystem analysis for research and development*. Bangkok: Winrock International Institute.
- CORBETT, A. y Rosenheim, J.A. (1996). "Impact of a natural enemy overwintering refuge and its interaction with the surrounding landscape". *Ecological Entomology* (21), pp. 155-164.
- COX, G.W. y Atkins, M.D. (1979). *Agricultural Ecology*. San Francisco: W.H. Freeman.
- CRITCHLEY, W.R.S., Reij, C. y Willcocks, T.J. (2004). "Indigenous soil water conservation: a review of state of knowledge and prospects for building on traditions". *Land Degradation and Rehabilitation* (5), pp. 293-314.
- CROSS, P., Edwards, R., Hounsome, B. y Edwards-Jones, G. (2008). "Comparative assessment of migrant farm worker health in conventional and organic horticultural systems in the United Kingdom". *Science of the Total Environment*, 391(1), pp. 55-65.
- DA SILVA, V.I. (2014). *Classe camponesa: modo de ser, de viver e de produzir*. Brasil: Padre Josimo.
- DALTON, G.E. (1975). *Study of agricultural systems*. Londres: Applied Sciences.
- DE SCHUTTER, O. (21 y 22 de junio de 2010). Submission to the international seminar "The contribution of agroecological approaches to meet 2050 global food needs". Brussels.
- DE SCHUTTER, O. (2011). *Agroecology and the right to food*. United Nations Human Rights Council Official Report, Geneva, Switzerland.
- DE WALT, B.R. (1994). "Using indigenous knowledge to improve agriculture and natural resource management". *Human Organization*, 53(2), pp. 23-131.
- DELVAUX, F., Ghani, M., Bondi, G. y Durbin, K. (2014). "Climate-smart agriculture": the emperor's new clothes? Bruselas: Cooperación Internacional para el Desarrollo y la Solidaridad.
- DENEVAN, W.M. (1995). "Prehistoric agricultural methods as models for sustainability". *Advanced Plant Pathology* (11), pp. 21-43.

- DERPSCH, R. y Calegari, A. (1992). *Guia de plantas para adubação de inverno*. Londrina: Instituto Agronômico do Paraná.
- DESMARAIS, A.A. (2007). *La Via Campesina: globalization and the power of peasants*. Halifax, Canadá: Fernwood Publishing; Londres: Ann Arbor/Pluto Press.
- DICKINSON, J.D. (1972). "Alternatives to monoculture in humid tropics of Latin America". *The Professional Geographer* (24), pp. 217-232.
- DORWARD, A. (1999). "Farm size and productivity in Malawian smallholder agriculture". *Journal of Development Studies* (35), pp. 141-161.
- DOUGLASS, G.K. (1984). *Agricultural sustainability in a changing world order*. Boulder: Westview Press.
- DRAGHETTI, A. (1948). *Principi de fisiologia della fazenda agricola*. Bologna: Istituto Edizioni Agricole.
- DUMONT, A.M., Vanloqueren, G., Stassart, P.M. y Baret, P.V. (2016). "Clarifying the socioeconomic dimensions of agroecology: between principles and practices". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 40(1), pp. 24-47.
- DYER, G. (1991). "Farm size-farm productivity re-examined: evidence from rural Egypt". *Journal of Peasant Studies*, 19(1), pp. 59-92.
- ERICKSON, C.L. y Chandler, K.L. (1989). "Raised fields and sustainable agriculture in the lake Titicaca Basin of Peru". En Browder, J.O. (ed.), *Fragile lands of Latin America*. Boulder: Westview Press.
- ETC Group (2009). "Who will feed us? Questions for the food and climate crisis". ETC Group Comunique 102.
- FALS BORDA, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- FALS BORDA, O. (2014). *With climate chaos, who will feed us? The industrial food chain or the peasant food web?* Ottawa: ETC Group.
- FERNANDES, B.M. (2008a). "Questão agraria: conflictualidade e desenvolvimento territorial". En Buainain, A.M. (ed.), *Luta pela terra, reforma agraria e gestão de conflitos no Brasil*. Campinas: Universidad Estadual de Campinas.

- FERNANDES, B.M. (2008b). “Entrando nos territórios do território”. En Paulino, E.T. y Fabrini, J.E. (eds.), *Campesinato e territórios em disputas*. Sao Paulo: Expressão Popular.
- FERNANDES, B.M. (2009). “Sobre a tipologia de territórios”. En Saquet, M.A. y Sposito, E.S. (eds.), *Territórios e territorialidades: teoria, processos e conflitos*. Sao Paulo: Expressão Popular.
- FIDA (2004). “The adoption of organic agriculture among small farmers in Latin America and the Caribbean”. Recuperado de http://www.ifad.org/evaluation/public_html/eksyst/doc/thematic/pl/organic.htm
- FISCHER, J., Abson, D.J., Butsic, V. et al. (2014). “Land sparing versus land sharing: moving forward”. *Conservation Letters*, 7(3), pp. 149-157.
- Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO) (2014). “International symposium on agroecology for food security and nutrition”. Recuperado de <http://www.fao.org/about/meetings/afns/en/>
- FAO (2016). “Zero budget natural farming in India”. Family Farming Knowledge Platform. Recuperado de <http://www.fao.org/family-farming/detail/en/c/429762/>
- FORD, A. y Nigh, R. (2015). *The Mayan forest garden: eight millennia of sustainable cultivation of tropical woodlands*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- FOSTER, J.B. (2000). *Marx's ecology: materialism and nature*. Nueva York: NYU Press.
- FRANCIS, C.A. (1986). *Multiple cropping systems*. Nueva York: McMillan.
- FRANCIS, C., Lieblein, G., Gliessman, S. et al. (2003). “Agroecology: the ecology of food systems”. *Journal of Sustainable Agriculture* (22), pp. 99-118.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogy of the Oppressed*. Nueva York: Seabury Press.
- FREIRE, P. (1973). *Extension or Communication?* Nueva York: McGraw.
- FUNES AGUILAR, F., García, L., Bourque, M., Pérez, N. y Rosset, P. (eds.) (2002). *Sustainable agriculture and resistance: transforming food production in Cuba*. Oakland: Food First Books.
- FUNES AGUILAR, F. y Vázquez Moreno, L.L. (eds.) (2016). *Avances de la agroecología en Cuba*. Matanzas: Estación Indio Hatuey.

- FUNES MONZOTE, F.R. (2008). *Farming like we're here to stay: the mixed farming alternative for Cuba* (tesis de doctorado). Wageningen University. Recuperado de <http://edepot.wur.nl/122038>
- FUNES MONZOTE, F.R., Monzote, M., Lantinga, E.A. *et al.* (2009). "Agro-ecological indicators (AEIS) for dairy and mixed farming systems classification: identifying alternatives for the Cuban livestock sector". *Journal of Sustainable Agriculture*, 33(4), pp. 435-460.
- GALLAR HERNÁNDEZ, D. y Acosta Naranjo, R. (2014). "La resignificación campesinista de la ruralidad: la Universidad Rural Paulo Freire". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXIX(2), pp. 285-304.
- GARRITY, D. (2010). "Evergreen agriculture: a robust approach to sustainable food security in Africa". *Food Security* (2), pp. 197-214.
- GIRALDO, O.F. (2014). *Utopías en la era de la supervivencia. Una interpretación del Buen Vivir*. México: Ítaca.
- GIRALDO, O.F. (2015). "Agroextractivismo y acaparamiento de tierras en América Latina: una lectura desde la ecología política". *Revista Mexicana de Sociología*, 77(4), pp. 637-662.
- GIRALDO, O.F. (2016). "Convivialidad y agroecología". En Street, S. (ed.), *Con ojos bien abiertos: ante el despojo, rehabilitemos lo común*. Guadalajara: CIESAS.
- GIRALDO, O.F. y Rosset, P.M. (2016). "La agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales". *Guaju*, 2(1), pp. 14-37.
- GIRALDO, O.F. y Rosset, P.M. (2017). "Agroecology as a territory in dispute: between institutionality and social movements". *Journal of Peasant Studies*. DOI: 10.1080/03066150.2017.1353496.
- GLIESSMAN, S.R. (1998). *Agroecology: ecological processes in sustainable agriculture*. Chelsea: Ann Arbor Press.
- GLIESSMAN, S.R. (2007). *Agroecology: the ecology of sustainable food systems*. Nueva York: Taylor and Francis.
- GLIESSMAN, S.R. (2010). *Agroecology: the ecology of sustainable food systems*. Boca Raton: CRC Press.

- GLIESSMAN, S., Garcia, R. y Amador, A. (1981). "The ecological basis for the application of traditional agricultural technology in the management of tropical agro-ecosystems". *Agro-Ecosystems* (7), pp. 173-185.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2013). "Agroecology and politics. How to get sustainability? About the necessity for a political agroecology". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(1), pp. 45-59.
- GRAIN (2014). "Hungry for land: small farmers feed the world with less than a quarter of all farmland". *GRAIN Report*, pp. 1-22.
- GRAU, R., Kuemmerle, T. y Macchi, L. (2013). "Beyond 'land sparing versus land sharing': environmental heterogeneity, globalization and the balance between agricultural production and nature conservation". *Current Opinion in Environmental Sustainability* (5), pp. 477-483.
- GRIGG, D.B. (1974). *The agricultural systems of the world: an evolutionary approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GUIJT, I. (1998). *Assessing the merits of participatory development of sustainable agriculture: experiences from Brazil and Central America. Mediating sustainability*. Bloomfield: Kumarian Press.
- GUTERRES, I. (ed.) (2006). *Agroecología militante: contribuições de Enio Guterres*. São Paulo: Expressão Popular.
- GUTHMAN, J. (2014). *Agrarian dreams: the paradox of organic farming in California*. Berkeley: University of California Press.
- HAINZELIN, E. (2006). *Campesino a Campesino: voices from Latin America's farmer to farmer movement for sustainable agriculture*. Oakland: Food First Books.
- HART, R.D. (1979). *Agroecosistemas: conceptos básicos*. Turrialba: Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza.
- HARVEY, D. (2003). "The 'new' imperialism: accumulation by dispossession". *Socialist Register* (40), pp. 63-87.
- HECHT, S.B. (1995). "The evolution of agroecological thought". En Altieri, M.A. (ed.), *Agroecology: the science of sustainable agriculture*. Boulder: Westview Press.
- HECKMAN, J. (2006). "A history of organic farming: transitions from sir Albert Howard's war in the soil to USDA National Organic Program". *Renewable Agriculture and Food Systems* 21: 143-150.

- HÉNIN, S. (1967). "Les acquisitions techniques en production végétale et leurs applications". *Économie Rurale*, 74(1), pp. 45-54.
- HERNÁNDEZ XOLOCOTZI, E. (1977). *Agroecosistemas de México: contribuciones a la enseñanza, investigación y divulgación agrícola*. Chapingo: Colegio de Postgraduados.
- HIDDINK, G.A., Termorshuizen, A.J. y van Bruggen, A.H.C. (2010). "Mixed cropping and suppression of soilborne diseases". En *Genetic engineering, biofertilisation, soil quality and organic farming. Sustainable agriculture reviews*, 4.
- HOLT GIMÉNEZ, E. (2001). "Scaling-up sustainable agriculture". *Low External Input Sustainable Agriculture Magazine*, 3(3), pp. 27-29.
- HOLT GIMÉNEZ, E. (2002). "Measuring farmers' agroecological resistance after hurricane Mitch in Nicaragua: a case study in participatory, sustainable land management impact monitoring". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (93), pp. 87-105.
- HOLT GIMÉNEZ, E. (2006). *Campesino a campesino: voices from Latin America's farmer to farmer movement for sustainable agriculture*. Oakland: Food First Books.
- HOLT GIMÉNEZ, E. y Patel, R. (2009). *Food rebellions: the real story of the world food crisis and what we can do about it*. Oxford: Fahumu Books and Grassroots International.
- HOLT GIMÉNEZ, E. y Shattuck, A. (2011). "Food crises, food regimes and food movements: rumblings of reform or tides of transformation?" *Journal of Peasant Studies*, 38(1), pp. 109-144.
- HOLT GIMÉNEZ, E. y Altieri, M.A. (2016). "Agroecology 'lite': cooptation and resistance in the global North". Recuperado de <https://foodfirst.org/agroecology-lite-cooptation-and-resistance-in-the-global-north/>
- HOROWITH, B. (1985). "A role for intercropping in modern agriculture". *Bioscience* (35), pp. 286-291.
- HOWARD, A. (1943). *An agricultural testament*. New York y Londres: Oxford University Press.
- HOWARD, P.H. (2016). *Organic industry structure: acquisitions & alliances. Top 100 food processors in North America*. East Lansing: Michigan State University.

- HUANG, C., Liu, Q.N., Stomph, T. *et al.* (2015). *Economic performance and sustainability of a novel intercropping system on the North China plain*. PLoS ONE.
- HUDSON, B. (1994). "Soil organic matter and available water capacity". *Journal of Soil and Water Conservation*, 49(2), pp. 189-194.
- IGZOBURIKE, M. (1971). "Ecological balance in tropical agriculture". *Geographic Review*, 61(4), pp. 521-529.
- ILLICH, I. (2006). "La convivencialidad". En *Obras reunidas I*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- International Institute of Rural Reconstruction (IIRR) (2000). "Going to scale: can we bring more benefits to more people more quickly?" Conference highlights, 10-14 de abril. Philippines: IIRR.
- International Planning Committee for Food Sovereignty (IPC) (2015). "Report of the International Forum for Agroecology, Nyéléni, Mali, 24-27 february 2015". Recuperado de <http://www.foodsovereignty.org/wp-content/uploads/2015/10/NYELENI-2015-ENGLISH-FINAL-WEB.pdf>
- ISAKSON, S.R. (2009). "No hay ganancia en la milpa: the agrarian question, food sovereignty, and the on-farm conservation of agrobiodiversity in the Guatemalan highlands". *Journal of Peasant Studies*, 36(4), pp. 725-759.
- JAFFEE, D. (2012). "Weak coffee: certification and co-optation in the fair trade movement". *Social Problems*, 59(1), pp. 94-116.
- JAFFEE, D. y Howard, P.H. (2016). "Who's the fairest of them all? The fractured landscape of US fair trade certification". *Agriculture and Human Values*, 33(4), pp. 813-826.
- JANZEN, D.H. (1973). "Tropical agroecosystems". *Science* (182), pp. 1212-1219.
- KHADSE, A., Rosset, P.M., Morales, H. y Ferguson, B.G. (2017). "Taking agroecology to scale: the zero budget natural farming peasant movement in Karnataka, India". *The Journal of Peasant Studies*. DOI: 10.1080/03066150.2016.1276450.
- KHAN, Z.R., Ampong-Nyarko, K., Hassanali, A. y Kimani, S. (1998). "Intercropping increases parasitism of pests". *Nature* (388), pp. 631-632.
- KING, F.H. (1911). "Farmers of forty centuries or permanent agriculture in China, Korea and Japan". Recuperado de https://internationalpermaculture.com/files/farmers_of_forty_centuries.pdf

- KLAGES, K.H.W. (1928). "Crop ecology and ecological crop geography in the agronomic curriculum". *Journal of American Society of Agronomy* (20), pp. 336-353.
- KLAGES, K.H.W. (1942). *Ecological crop geography*. Nueva York: McMillan Company.
- KOLMANS, E. (2006). *Construyendo procesos "de Campesino a Campesino"*. Lima: ESPIGAS/Pan para el Mundo.
- KOOHAFKAN, P. y Altieri, M.A. (2010). *Globally important agricultural heritage systems: a legacy for the future*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- KOTSCHI, J. (2013). *A soiled reputation: adverse impacts of mineral fertilizers in tropical agriculture*. Berlín: World Wildlife Fund-Heinrich Böll Stiftung.
- KREMEN, C. (2015). "Reframing the land-sparing/land-sharing debate for biodiversity conservation". *Annals of the New York Academy of Sciences* (1355), pp. 52-76.
- KREMEN, C. y Miles, A. (2012). "Ecosystem services in biologically diversified versus conventional farming systems: benefits, externalities, and trade-offs". *Ecology and Society*, 17(4), pp. 1-40.
- La Vía Campesina (2013). "From Maputo to Jakarta: 5 years of agroecology in La Vía Campesina". Recuperado de <http://viacampesina.org/downloads/pdf/en/De-Maputo-a-Yakarta-EN-web.pdf>
- La Vía Campesina (2015a). "Declaration of the International Forum for Agroecology". Recuperado de <https://viacampesina.org/en/index.php/main-issues-mainmenu-27/sustainable-peasants-agriculture-mainmenu-42/1749-declaration-of-the-international-forum-for-agroecology>
- La Vía Campesina (2015b). *Peasant agroecology for food sovereignty and mother Earth, experiences of La Vía Campesina. Notebook No. 7*. Zimbabwe: La Vía Campesina.
- La Vía Campesina (2016). International Conference of Agrarian Reform: Marabá Declaration. Recuperado de <https://viacampesina.org/en/international-conference-of-agrarian-reform-declaration-of-maraba>
- LAMPKIN, N. (1992). *Organic farming*. Ipswich: Farming Press.

- LANDIS, D.A., Gardiner, M.M., van der Werf, W. y Swinton, S.M. (2008). "Increasing corn for biofuel production reduces biocontrol services in agricultural landscapes". *Proceedings of the National Academy of Sciences* (105), pp. 20552-20557.
- LAPPÉ, F.M., Collins, J. y Rosset, P. (1998). *World hunger: twelve myths*. Nueva York: Grove Press.
- LEFF, E. (1986). *Ecología y capital: hacia una perspectiva ambiental del desarrollo*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- LEFF, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- LÉLÉ, S.M. (1991). "Sustainable development: a critical review". *World Development*, 19(6), pp. 607-621.
- LETOURNEAU, D.K., Armbrrecht, I., Salguero, B. et al. (2011). "Does plant diversity benefit agroecosystems? A synthetic review". *Ecological Applications*, 21(1), pp. 9-21.
- LEVIDOW, L., Pimbert, M. y Vanloqueren, G. (2014). "Agroecological research: conforming or transforming the dominant agro-food regime?" *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 38(10), pp. 1127-1155.
- LEVINS, R. y Wilson, M. (1979). "Ecological theory and pest management". *Annual Review of Entomology* (25), pp. 7-19.
- LEVINS, R. y Lewontin, R. (1985). *The dialectical biologist*. Cambridge: Harvard University Press.
- LI, L., Li, M., Sun, H. et al. (2007). "Diversity enhances agricultural productivity via rhizosphere phosphorus facilitation on phosphorous-deficient soils". *Proceedings of the National Academy of Sciences* (104), pp. 11192-11196.
- LIEBMAN, M. y Dyck, E. (1993). "Crop rotation and intercropping: strategies for weed management". *Ecological Applications*, 3(1), pp. 92-122.
- LIN, B.B. (2011). "Resilience in agriculture through crop diversification: adaptive management for environmental change". *BioScience* (61), pp. 183-193.
- LITHOURGIDIS, A.S., Dordas, C.A., Damalas, C.A. y Vlachostergios, D.N. (2011). "Annual intercrops: an alternative pathway for sustainable agriculture". *Australian Journal of Crop Science* (5), pp. 396-410.

- LOOMIS, R.S., Williams, W.A. y Hall, A.E. (1971). "Agricultural productivity". *Annual Review of Plant Physiology*, pp. 431-468.
- LOREAU, M., Naem, S., Inchausti, P. *et al.* (2001). "Biodiversity and ecosystem functioning: current knowledge and future challenges". *Science* (294), pp. 804-808.
- LOREAU, M. y De Mazancourt, C. (2013). "Biodiversity and ecosystem stability: a synthesis of underlying mechanisms". *Ecology Letters* (16), pp. 106-115.
- LOTTER, D.W. (2003). "Organic agriculture". *Journal of Sustainable Agriculture* (21), pp. 37-51.
- LOWRANCE, R., Stinner, B.R. y House, G.S. (1984). *Agricultural ecosystems*. Nueva York: Wiley Interscience.
- MACHÍN SOSA, B., Roque, A.M., Ávila, D.R. y Rosset, P. (2010). "Revolución agroecológica: el movimiento de Campesino a Campesino de la ANAP en Cuba". En *Cuando el campesino ve, hace fe*. La Habana y Jakarta: Asociación Nacional de Agricultores Pequeños/La Vía Campesina. Recuperado de <http://www.viacampesina.org/downloads/pdf/sp/2010-04-14-rev-agro.pdf>
- MACHÍN SOSA, B., Jaime, A.M.R., Lozano, D.R.Á. y Rosset, P.M. (2013). "Agroecological revolution: the farmer-to-farmer movement of the ANAP in Cuba". Jakarta: La Vía Campesina. Recuperado de <http://viacampesina.org/downloads/pdf/en/Agroecological-revolution-ENGLISH.pdf>
- MÄDER, P., Fliessbach, A., Dubois, D. *et al.* (2002). "Soil fertility and biodiversity in organic farming". *Science* (296), pp. 1694-1697.
- MAGDOFF, F. y Van Es, H. (2000). *Bulding soils for better crops*. Beltsville: Sustainable Agriculture Network.
- MALEZIEUX, E. (2012). "Designing cropping systems from nature". *Agronomy for Sustainable Development* (32), pp. 15-29.
- MARIACA MÉNDEZ, R., Pérez Pérez, J., León Martínez, N.S. y López Meza, A. (2007). *La milpa de los Altos de Chiapas y sus recursos genéticos*. México: Ediciones de la Noche.

- MARRIOTT, E.E. y Wander, M.M. (2006). "Total and labile soil organic matter in organic and conventional farming systems". *Soil Science Society of America Journal*, 70(3), pp. 950-959.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2011). "The EROI of agriculture and its use by the Vía Campesina". *Journal of Peasant Studies*, 38(1), pp. 145-160.
- MARTÍNEZ TORRES, M.E. y Rosset, P. (2010). "La Vía Campesina: the birth and evolution of a transnational social movement". *Journal of Peasant Studies*, 37(1), pp. 149-175.
- MARTÍNEZ TORRES, M.E. y Rosset, P. (2014). "Diálogo de saberes in La Vía Campesina: food sovereignty and agroecology". *Journal of Peasant Studies*, 41(6), pp. 979-997.
- MARX, K. (1946). *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- MCCUNE, N. (2014). "Peasant to Peasant: the social movement form of agroecology". *Farming Matters*, pp. 36-37.
- MCCUNE, N., Rosset, P.M., Cruz Salazar, T. et al. (2016). "Mediated territoriality: rural workers and the efforts to scale out agroecology in Nicaragua". *Journal of Peasant Studies*. DOI: 10.1080/03066150.2016.1233868.
- MCCUNE, N., Reardon, J. y Rosset, P. (2014). "Agroecological formation in rural social movements". *Radical Teacher* (98), pp. 31-37.
- MCMICHAEL, P. (2013). "Value-chain agriculture and debt relations: contradictory outcomes". *Third World Quarterly*, 34(4), pp. 671-690.
- MCNEELY, J.A. y Scherr, S.R. (2003). *Ecoagriculture: strategies to feed the world and save wild biodiversity*. Washington, DC: Island Press.
- MCRAE, R.J., Hill, S.B., Mehuys, F.R. y Henning, J. (1990). "Farm scale agronomic and economic conversion from conventional to sustainable agriculture". *Advances in Agronomy* (43), pp. 155-198.
- MEEK, D. (2014). "Agroecology and radical grassroots movements evolving moral economies". *Environment and Society: Advances in Research*, pp. 47-65.
- MEEK, D. (2015). "Learning as territoriality: the political ecology of education in the Brazilian landless workers' movement". *Journal of Peasant Studies*. DOI: 10.1080/03066150.2014.978299.

- MÉNDEZ, V.E., Bacon, C.M. y Cohen, R. (2013). "Agroecology as a trans-disciplinary, participatory, and action-oriented approach". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(1), pp. 3-18.
- MERCHANT, C. (1981). *The death of nature: women, ecology and scientific revolution*. New York: Harper.
- METCALF, R.L. y Luckmann, W.H. (1975). *Introduction to insect pest management*. Nueva York: Wiley Interscience.
- MIES, M. y Shiva, V. (1993). *Ecofeminism*. Londres: Zed Books.
- MIJATOVIC, D., Van Oudenhovenb, F., Eyzaguirreb, P. y Hodgkins, T. (2013). "The role of agricultural biodiversity in strengthening resilience to climate change: toward an analytical framework". *International Journal of Agricultural Sustainability*, 11(2).
- MOONEN, A.C. y Barberi, P. (2008). "Functional biodiversity: an agro-ecosystem approach". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (127), pp. 7-21.
- MORRIS, R.A. y Garrity, D.P. (1993). "Resource capture and utilization in intercropping: water". *Field Crops Research* (34), pp. 303-317.
- MURGUEITIO, E., Calle, Z., Uribea, F. et al. (2011). "Native trees and shrubs for the productive rehabilitation of tropical cattle ranching lands". *Forest Ecology and Management* (261), pp. 1654-1663.
- MUTERLLE, J.C. y Cunha, L.A.G. (2011). "A territorialização da agroecologia no território rural do Vale do Ribeira, Paraná, Brasil". *Revista Geográfica de América Central*, 2(47E).
- NATARAJAN, M. y Willey, R.W. (1986). "The effects of water stress on yield advantages of intercropping systems". *Field Crops Research* (13), pp. 117-131.
- NEHRING, R. y McKay, B. (2014). *Sustainable agriculture: an assessment of Brazil's family farm programmes in scaling up agroecological food production*. Brasília: International Policy Centre for Inclusive Growth.
- NETTING, R.M. (1974). "Agrarian ecology". *Annual Review of Anthropology* (1), pp. 21-55.
- NETTING, R.M. (1993). *Smallholders, householders: farm families and the ecology of intensive, sustainable agriculture*. Redwood City: Stanford University Press.

- NICHOLLS, C. (2014). *Reflexiones sobre la participación de Socla en el Simposio Internacional de Agroecología para la seguridad Alimentaria y Nutrición en FAO*. Roma: Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología.
- NICHOLLS, C. (2015). *Socla reflexiones sobre la Consulta Multisectorial sobre Agroecología en Asia y el Pacífico, organizada por la FAO*. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología.
- NICHOLLS, C.I., Parrella, M. y Altieri, M.A. (2001). "The effects of a vegetational corridor on the abundance and dispersal of insect biodiversity within a northern California organic vineyard". *Landscape Ecology* (16), pp. 133-146.
- NICHOLLS, C.I., Altieri, M.A. y Vazquez, L. (2016). "Agroecology: principles for the conversion and redesign of farming systems". *Journal of Ecosystem and Ecography*. DOI: 10.4172/2157-7625.S5-010.
- NIEDERLE, P.A., De Almeida, L. y Machado Vezzani, F. (eds.) (2013). *Agroecología: prácticas, mercados e políticas para una nova agricultura*. Curitiba: Kairós.
- O'CONNOR, J.R. (1998). *Natural causes: essays in ecological marxism*. Nueva York: Guilford Press.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2015). *Final report for the International Symposium on Agroecology for Food Security and Nutrition*. Roma: FAO.
- ORTEGA, E. (1986). *Peasant agriculture in Latin America*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- OWENYA, M.Z., Mariki, M.L., Kienzle, J. et al. (2011). "Conservation agriculture (ca) in Tanzania: the case of Mwangaza B CA farmer field school (ffs), Rothia Village, Karatu District, Arusha". *International Journal of Agricultural Sustainability* (9), pp. 145-152. Recuperado de http://www.fao.org/ag/ca/ca-publications/ijas2010_557_tan.pdf
- PACHICO, D. y Fujisaka, S. (eds.) (2004). "Scaling up and out: achieving widespread impact through agricultural research". *CIAT Economics and Impact Series* 3, 340.

- PARMENTIER, S. (2014). *Scaling-up agroecological approaches: what, why and how?* Brussels: Oxfam-Solidarité.
- PATEL, R. (2007). *Stuffed and starved: markets, power and the hidden battle for the world food system*. Londres: Portobello Books.
- PATEL, R. (2013). "The long green revolution". *Journal of Peasant Studies*, 40(1), pp. 1-63.
- PEARSE, A. (1980). *Seeds of plenty, seeds of want: social and economic implications of the green revolution*. Nueva York: Oxford University Press.
- PERFECTO, I., Vandermeer, J. y Wright, A. (2009). *Nature's matrix: linking agriculture, conservation and food sovereignty*. London: Earthscan.
- PETERSEN, P., Mussoi, E.M. y Soglio, F.D. (2013). "Institutionalization of the agroecological approach in Brazil: advances and challenges". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(1), pp. 103-114.
- PHILPOTT, S.M., Lin, B.B., Jha, S. y Brines, S.J. (2008). "A multi-scale assessment of hurricane impacts on agricultural landscapes based on land use and topographic features". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (128), pp. 12-20.
- PIMBERT, M. (2015). "Agroecology as an alternative vision to conventional development and climate-smart agriculture". *Development*, 58(2-3), pp. 286-298.
- PIMENTEL, D. y Pimentel, M. (1979). *Food, energy and society*. Londres: Edward Arnold.
- PIMENTEL, D., Hepperly, P., Hanson, J. et al. (2005). "Environmental, energetic and economic comparisons of organic and conventional farming systems". *Bioscience* (55), pp. 573-582.
- PINGALI, P.L., Hossain, M. y Gerpacio, R.V. (1997). *Asian rice bowls: the returning crisis*. Wallingford: CAB International.
- PINHEIRO MACHADO, L.C. y Pinheiro Machado Filho, L.C. (2014). *A dialética da agroecologia: contribuição para um mundo com alimentos sem veneno*. São Paulo: Expressão Popular.
- POLANYI, K. (1957). *The great transformation*. Boston: Beacon Press.

- PONISIO, L.C., M'Gonigle, L.K., Mace, K.C., Palomino, J., de Valpine, P. y Kremen, C. (2015). "Diversification practices reduce organic to conventional yield gap". *Proceedings of the Royal Society* (B282), pp. 1799.
- POWELL, J.M., Pearson, R.A. y Hiernaux, P.H. (2004). "Crop-livestock interactions in the West African drylands". *Agronomy Journal*, 96(2), pp. 469-483.
- POWER, A.G. y Flecker, A.S. (1996). "The role of biodiversity in tropical managed ecosystems". En G.H. Orians, Dirzo, R. y Cushman, J.H. (eds.), *Biodiversity and ecosystem processes in tropical forests*. Nueva York: Springer-Verlag.
- PRETTY, J. (1995). *Regenerating agriculture*. Washington, DC: World Resources Institute.
- PRETTY, J. y Hine, R. (2009). "The promising spread of sustainable agriculture in Asia". *Natural Resources Forum* (2), pp. 107-121.
- PRETTY, J., Toulmin, C. y Williams, S. (2011). "Sustainable intensification in African agriculture". *International Journal of Sustainable Agriculture* (9), pp. 5-24.
- PRETTY, J., Morrison, J.I.L. y Hine, R.E. (2003). "Reducing food poverty by increasing agricultural sustainability in the development countries". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (95), pp. 217-234.
- PRICE, P. y Waldbauer, G.P. (1975). "Ecological aspects of pest management". En Metcalf, R. y Luckmann, W. (eds.), *Introduction to insect pest management*. New York: Wiley-Interscience.
- RAY, D.K., Ramankutty, N., Mueller, N.D. et al. (2012). "Recent patterns of crop yield growth and stagnation". *Nature Communications* (3), p. 1293.
- REGANOLD, J.P. (1995). "Soil quality and profitability of biodynamic and conventional farming systems: a review". *American Journal of Alternative Agriculture* (10), pp. 36-46.
- REIJ, C. (1991). "Indigenous soil and water conservation in Africa". *IIED Gatekeeper Series* 27. Recuperado de <http://pubs.iied.org/pdfs/6104IIED.pdf>
- REIJ, C.P. y Smaling, E.M.A. (2008). "Analyzing successes in agriculture and land management in Sub-Saharan Africa: is macro-level gloom obscuring positive micro-level change?" *Land Use Policy* (25), pp. 410-420.

- REIJ, C., Scoones, I. y Toulmin, T. (1996). *Sustaining the soil: indigenous soil and water conservation in Africa*. Londres: Earthscan.
- RICHARDS, P. (1985). *Indigenous agricultural revolution*. Boulder: Westview Press.
- RIVERA CUSICANQUI, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rodale Institute (2012). "The farming systems trial: celebrating 30 years". Kutztown: Rodale Institute.
- ROGÉ, P., Nicholls, C. y Altieri, M.A. (2015). "Reflexiones sobre la reunión regional de la FAO sobre agroecología para África subsahariana". Socla.
- ROSSET, P.M. (1999). *The multiple functions and benefits of small farm agriculture. Food First Policy Brief #4*. Oakland: Institute for Food and Development Policy.
- ROSSET, P.M. (2005). "Transgenic crops to address third world hunger? A critical analysis". *Bulletin of Science, Technology & Society*, 25(4), pp. 306-313.
- ROSSET, P.M. (2006). *Food is different: why the WTO should get out of agriculture*. Zed Books.
- ROSSET, P.M. (2013). "Re-thinking agrarian reform, land and territory in La Vía Campesina". *Journal of Peasant Studies*, 40(4), pp. 721-775.
- ROSSET, P.M. (2015a). "Epistemes rurales y la formación agroecológica en La Vía Campesina". *Ciência & Tecnologia Social*, 2(1), pp. 4-13.
- ROSSET, P.M. (2015b). "Social organization and process in bringing agroecology to scale". En *Agroecology for food security and nutrition*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. Recuperado de <http://www.fao.org/3/a-i4729e.pdf>
- ROSSET, P.M. y Altieri, M.A. (1997). "Agroecology versus input substitution: a fundamental contradiction of sustainable agriculture". *Society and Natural Resources* (10), pp. 283-295.
- ROSSET, P.M. y Martínez-Torres, M.E. (2012). "Rural social movements and agroecology: context, theory and process". *Ecology and Society*, 17(3), pp. 1-12.
- ROSSET, P.M., Machín Sosa, B., Jaime, A.M. y Lozano, D.R. (2011). "The Campesino to Campesino agroecology movement of ANAP in Cuba: social process methodology in the construction of sustainable

- peasant agriculture and food sovereignty”. *Journal of Peasant Studies*, 38(1), pp. 161-191.
- ROVER, O.J. (2011). “Agroecología, mercado e inovação social: o caso da Rede Ecovida de Agroecologia”. *Ciências Sociais Unisinos*, 47(1), pp. 56-63.
- SÁNCHEZ, J.B. (1994a). “La experiencia en la cuenca del río Mashcón”. *Agroecología y Desarrollo* (7), pp. 12-15.
- SÁNCHEZ, J.B. (1994b). “A seed for rural development: the experience of EDAC-CIED in the Mashcon watershed of Peru”. *Journal of Learnings* (1), pp. 13-21.
- SÁNCHEZ, P.A. (1995). “Science in agroforestry”. *Agroforestry Systems*, 30(1-2), pp. 5-55.
- SANE (1998). *Farmers, NGOs and lighthouses: learning from three years of training, networking and field activities*. Berkeley: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- SCOONES, I. (2014). “Sustainable intensification: a new buzzword to feed the world?” *Zimbabwe*. Recuperado de <https://zimbabwe.wordpress.com/2014/06/16/sustainable-intensification-a-new-buzzword-to-feed-the-world/>
- SEVILLA GUZMÁN, E. (2002). “A perspectiva sociológica em agroecologia: uma sistematização de seus métodos e técnicas”. *Agroecologia e Desenvolvimento Rural Sustentável*, 3(1), pp. 18-28.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (2006). *De la sociología rural a la agroecología: bases ecológicas de la producción*. Barcelona: Icaria.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (2011). *Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario*. La Paz: Agruco.
- SEVILLA GUZMÁN, E. y Martínez Alier, J. (2006). “New rural social movements and agroecology”. En P. Cloke, T. Marsden y P. Mooney (eds.), *Handbook of rural studies*. Londres: Sage.
- SEVILLA GUZMÁN, E. y Woodgate, G. (2013). “Agroecology: foundations in agrarian social thought and sociological theory”. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(1), pp. 32-44.
- SHIVA, V. (1991). *The violence of the green revolution: third world agriculture, ecology and politics*. Londres: Zed Books.

- SHIVA, V. (1993). *Monocultures of the mind: perspectives on biodiversity and biotechnology*. Londres: Palgrave Macmillan.
- SILIPRANDI, E. (2009). “Um olhar ecofeminista sobre as lutas por sustentabilidade no mundo rural”. En Peterson, P. (ed.), *Agricultura familiar camponesa na construção do futuro*. Río de Janeiro: AS-PTA.
- SILIPRANDI, E. (2015). *Mulheres e agroecologia: transformando o campo, as florestas e as pessoas*. Río de Janeiro: Editora Ufjf. Recuperado de http://www.mda.gov.br/sitemda/sites/sitemda/files/ceazinepdf/mulheres_e_agroecologia_transformando_o_campo_as_florestas_e_as_pessoas_0.pdf
- SILIPRANDI, E. y Zuluaga, G.P. (eds.) (2014). *Género, agroecología y soberanía alimentaria: perspectivas ecofeministas*. Barcelona: Icaria.
- SOUTHWOOD, T.R.E. y Way, M.I. (1970). “Ecological background to pest management”. Presentado en la conferencia Concepts of Pest Management impartida en Raleigh, North Carolina State University.
- SPEEDING, C.R. (1975). *The biology of agricultural systems*. Londres: Academic Press.
- SPEHAR, C.R. y Souza, P.I.M. (1996). “Sustainable cropping systems in the Brazilian cerrados”. *Integrated Crop Management* (1), pp. 1-27.
- STEINER, R. (1993). *Agriculture: spiritual foundations for the renewal of agriculture*. Kimberton: Bio-Dynamic Farming and Gardening Association, Inc.
- STOOP, W.A., Uphoff, N. y Kassam, A. (2002). “A review of agricultural research issues raised by the system of rice intensification (SRI) from Madagascar: opportunities for improving farming systems”. *Agricultural Systems* (71), pp. 249-274.
- STRONZAKE, J. (2013). “Movimientos sociales, formación política y agroecología”. *América Latina en Movimiento* (487), pp. 27-29.
- SWIDERSKA, K. (2011). “The role of traditional knowledge and crop varieties in adaptation to climate change and food security in SW China, Bolivian Andes and coastal Kenya”. Londres: Instituto Internacional para el Medio Ambiente y el Desarrollo. Recuperado de <http://pubs.iied.org/pdfs/G03338.pdf>

- SWIFT, M.J. y Anderson, J.M. (1993). "Biodiversity and ecosystem function in agricultural systems". En *Biodiversity and ecosystem function*. Berlín: Springer-Verlag.
- TILMAN, D., Reich, P.B. y Knops, J.M.H. (2006). "Biodiversity and ecosystem stability in a decade-long grassland experiment". *Nature* (441), pp. 629-632.
- TISCHLER, W. (1965). *Agrarökologie*. Jena: Gustav Fischer Verlag.
- TOLEDO, V.M. y Barrera-Bassols, N. (2009). *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria.
- TOLEDO, V.M., Carabias, J., Mapes, C. y Toledo, C. (1985). *Ecología y autosuficiencia alimentaria*. Mexico: Siglo XXI.
- TOMPKINS, E.L. y Adger, W.N. (2004). "Does adaptive management of natural resources enhance resilience to climate change?" *Ecology and Society*, 9(2), p. 10.
- TONHASCA, A. y Byrne, D.N. (1994). "The effects of crop diversification on herbivorous insects: a meta-analysis approach". *Ecological Entomology*, 19(3), pp. 239-244.
- TOPHAM, M. y Beardsley, J.W. (1975). "An influence of nectar source plants on the New Guinea sugarcane weevil parasite, *Lixophaga sphephophori* (Villeneuve)". *Proceedings of the Hawaiian Entomological Society* (22), pp. 145-155.
- TREACEY, J.M. (1989). "Agricultural terraces in Peru's Colca Valley: promises and problems of an ancient technology". En John O. Browder (ed.), *Fragile lands of Latin America*. Boulder: Westview Press.
- TSCHARNITKE, T., Bommarco, R., Clough, Y. et al. (2007). "Conservation biological control and enemy diversity on a landscape scale". *Biological Control*, 43(3), pp. 294-230.
- UK Government (2011). *UK Government's foresight project on global food and farming futures*. Londres: The UK Government Office for Science.
- UN-ESCAP (2009). *Sustainable agriculture and food security in Asia and the Pacific*. Bangkok.

- UNEP-UNCTAD (2008). "Organic agriculture and food security in Africa". Nueva York: United Nations. Recuperado de http://www.unctad.org/en/docs/diteted200715_en.pdf
- UPHOFF, N. (2002). *Agroecological innovations: increasing food production with participatory development*. Londres: Earthscan.
- UPHOFF, N. (2003). "Higher yields with fewer external inputs? The system of rice intensification and potential contributions to agricultural sustainability". *International Journal of Agricultural Sustainability* (1), pp. 38-50.
- UVIN, P. y Miller, D. (1996). "Paths to scaling-up: alternative strategies for local nongovernmental organizations". *Human Organization*, 55(3), pp. 344-354.
- VAN DER PLOEG, J.D. (2009). *The new peasantries: new struggles for autonomy and sustainability in an era of empire and globalization*. Londres: Earthscan.
- VAN DER PLOEG, J.D. (2010). "The peasantries of the Twenty-First century: the commoditization debate revisited". *Journal of Peasant Studies*, 37(1), pp. 1-30. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/03066150903498721>
- VAN DER PLOEG, J.D. (2013). *Peasants and the art of farming: a Chayanovian manifesto*. Halifax: Fernwood Publishing.
- VAN DYNE, G. (1969). *The ecosystems concept in natural resource management*. Nueva York: Academic Press.
- VANDERMEER, J. (1981). "The interference productions principle: an ecological theory for agriculture". *BioScience* (31), pp. 361-364.
- VANDERMEER, J. (1989). *The ecology of intercropping*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VANDERMEER, J., Van Noordwijk, M., Anderson, J. et al. (1998). "Global change and multi-species agroecosystems: concepts and issues". *Agriculture, Ecosystems and Environment* (67), pp. 1-22.
- VERCHOT, L.V., Van Noordwijk, M., Kandji, S. et al. (2007). "Climate change: linking adaptation and mitigation through agroforestry". *Mitigation and Adaptation Strategies for Global Change* (12), pp. 901-918.
- VON DER WEID, J.M. (2000). "Scaling up, and scaling further up: an ongoing experience of participatory development in Brazil". São Paulo:

- AS-PTA. Recuperado de <http://www.fao.org/docs/eims/upload/215152/AS-PTA.pdf>
- WEZEL, A., Brives, H., Casagrande, M. *et al.* (2016). "Agroecology territories: places for sustainable agricultural and food systems and biodiversity conservation". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 40(2), pp. 132-144.
- WEZEL, A., Bellon, S., Doré, T. *et al.* (2009). "Agroecology as a science, a movement and a practice". *Agronomy for Sustainable Development*, 29(4), pp. 503-515. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1051/agro/2009004>
- WILKEN, G.C. (1987). *Good farmers: traditional agricultural resource management in Mexico and Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- WILLEY, R.W. (1979). "Intercropping: its importance and its research needs. I. Competition and yield advantages". *Field Crop Abstracts* (32), pp. 1-10.
- WOLFENSON, K.D.M. (2013). *Coping with the food and agriculture challenge: smallholders agenda*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- ZHENG, Y. y Deng, G. (1998). "Benefits analysis and comprehensive evaluation of rice-fish-duck symbiotic model". *Chinese Journal of Eco-Agriculture* (6), pp. 48-51.
- ZHU, Y., Fen, H., Wang, Y. *et al.* (2000). "Genetic diversity and disease control in rice". *Nature* (406), pp. 718-772.
- ZOUGMORE, R., Mando, A. y Stroosnijder, L. (2004). "Effect of soil and water conservation and nutrient management on the soil-plant water balance in semi-arid Burkina Faso". *Agricultural Water Management* (65), pp. 102-120.

Índice

SOBRE LOS AUTORES	9
PRÓLOGO A LA SERIE	11
PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO	15
PREFACIO	25
Capítulo 1	
ACADÉMICOS, ACTIVISTAS Y LUCHAS AGRARIAS	29
Las luchas agrarias y la academia.	29
Raíces históricas del debate político sobre lo agrario y el papel de los aliados	42
Raíces históricas del debate político contemporáneo sobre lo agrario	48
Coyuntura actual	60
Capítulo 2	
LA POLÍTICA DE LA TIERRA	67
Introducción	67
La actual fiebre mundial por la tierra	67

Ampliando el alcance de la política de la tierra	72
Movimientos por la tierra	78

Capítulo 3

LA INVESTIGACIÓN ACTIVISTA	91
Estudios sobre la investigación activista	92
La investigación activista en los estudios agrarios críticos	108
Investigación activista e instituciones académicas	113
Investigación activista y activismo político	127

Capítulo 4

¿QUÉ HACER? RETOS DE LA INVESTIGACIÓN

ACTIVISTA AGRARISTA	139
Objetivos: acceso, equidad y autonomía	145
Conocimiento transformador	152
Acción afirmativa	160
Solidaridad e internacionalismo	162

GLOSARIO	169
--------------------	-----

FUENTES CONSULTADAS	171
-------------------------------	-----

Investigación activista y luchas por la tierra

Primer semestre de 2024

Producción
Ediciones Estudios del Desarrollo
Campus UAZ II, avenida Preparatoria s/n
Fraccionamiento Progreso
98065 Zacatecas
Zacatecas

¿Cómo se complementan la investigación activista y las luchas por la tierra para promover la justicia social? La investigación activista es una forma de trabajo que trata de cambiar la sociedad al combinar las mejores características de las tradiciones académicas radicales y del activismo político, pese a las múltiples contradicciones y retos que ello conlleva. Este libro no es ni una exaltación de los logros de la investigación activista ni un conjunto de propuestas prescriptivas sobre cómo «ejecutarla»; en todo caso se trata de explorar las discrepancias y los desafíos a los que se enfrenta. Adicionalmente, se abordan aspectos polémicos, muchos de los cuales rara vez se discuten y cuando no se puede evitar se examinan con cautela y torpeza. Las reflexiones de este pequeño y accesible libro se basan en las experiencias de los autores que trabajan en los tres lugares principales de los circuitos mundiales del conocimiento: las instituciones académicas, las instituciones de investigación independientes orientadas a la política práctica y los movimientos agrarios de izquierda.

SATURNINO M. BORRAS JR. es profesor de estudios agrarios en el Instituto Internacional de Estudios Sociales (ISS) de La Haya, profesor distinguido de la Facultad de Humanidades y Estudios de Desarrollo de la Universidad Agrícola de China en Pekín y asociado del Transnational Institute (TNI). Es coautor con Marc Edelman de *Political dynamics of transnational agrarian movements* (2016).

JENNIFER C. FRANCO es investigadora del TNI, específicamente en el programa Myanmar-in-Focus y en el programa de Justicia Agraria y Medioambiental. Es profesora adjunta en la Facultad de Humanidades y Estudios del Desarrollo de la Universidad Agrícola de China en Pekín. Es coeditora junto a Saturnino M. Borras Jr. de *The Oxford handbook of land politics* (2023).

